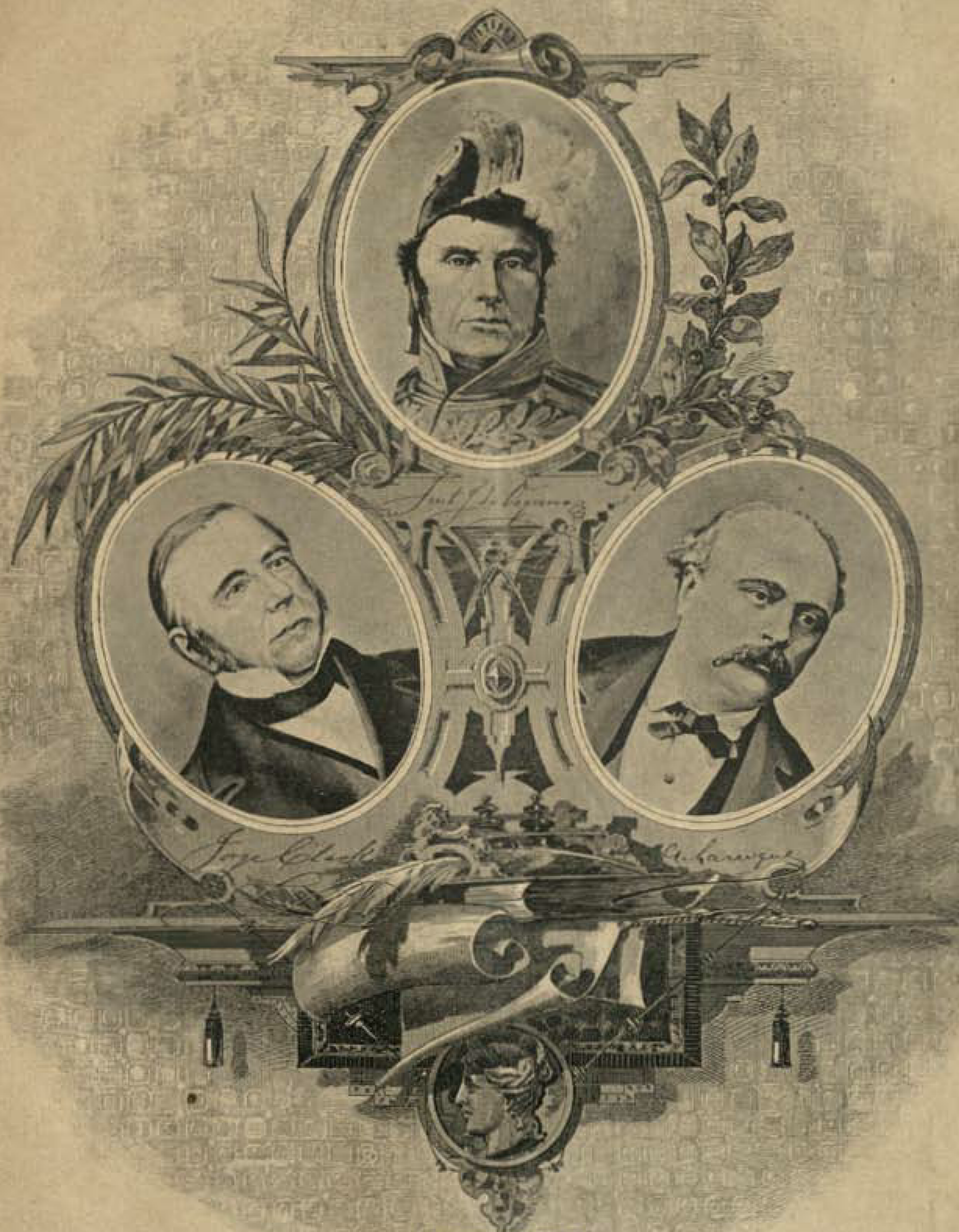
EL
COLEGIO HISTORICO
DEL
URUGUAY



FUNDADOR Y ORGANIZADORES DEL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA

([illegible] de 1801 – 11 de abril de [illegible])

La biografía del capitán general don Justo José de Urquiza, estudiante en Buenos Aires, almacenero en el Uruguay, su pueblo natal, servidor de la tiranía, vencedor de la misma, gobernador de la Provincia de Entre Ríos, fundador del Colegio Nacional de esta ciudad y protector de un ordenado sistema escolar en la campaña de la Provincia que gobernaba, presidente de la Confederación Argentina, vencedor en Caseros y en Cepeda, vencido en Pavón, asesinado en su palacio de San José, no ha sido escrita, ni puede ser escrita aún. Pero basta para su gloria recordar estas cuatro fechas memorables: 28 de Julio de 1849 (fundación del Colegio del Uruguay); 1º de Mayo de 1851 (pronunciamiento contra el tirano); 3 de Febrero de 1852 (victoria de Caseros); 1º de Mayo de 1853 (jura de la Constitución Nacional).

Sean cuales fueren sus errores, y los disculpe ó no la época en que actuaba, esos cuatro hechos bastan para que merecidamente se le discierna con justicia el calificativo de gran servidor de la patria.

Uno solo de ellos, el primero, justifica plenamente la idea, que ha de ser realidad en breve, de elevar su busto, á la par de los de sus dignos ejecutores, los señores Larroque y Clark, en el patio del Colegio que sin él ni hubiera existido, ni hubiese derramado tan abundante y tan fecunda simiente de civilización, de libertad y de progreso por todos los ámbitos de la gran patria, cuya independencia declararon los próceres de 1816 y deseaba él realizar, no por la fuerza de las armas, sino por la omnipotente de la idea, reuniendo á los hijos privilegiados del antiguo virreinato en esta casa de educación que persigue aún y debe realizar el ideal de su ilustre fundador.

J. B. Zubiaur.

INFORME DEL Dr. LARROQUE

[illegible], 30 de Abril de [illegible].

Al Excmo. señor Ministro de Instrucción Pública, Dr. D. Juan María Gutiérrez.

En cumplimiento de las órdenes que me han sido impartidas por ese Ministerio de Instrucción Pública, tengo el honor de remitir á V. E. un cuadro estadístico de las aulas del Colegio del Uruguay, con todos los datos necesarios para poder valorar las modificaciones que han ido introduciéndose poco á poco en este establecimiento literario, bajo la ilustrada influencia del Superior Gobierno Nacional. No me detendré mayormente en mi exposición, porque V. E. conoce las inmensas tareas que gravitan sobre mis fuerzas, y la necesidad en que me hallo de consagrar todas las horas del día á la dirección de la numerosa juventud que se me ha confiado.

Para marchar con algún orden en este trabajo, recordaré cuál era el estado de este Colegio cuando fuí llamado por el Gobierno Nacional á desempeñar el puesto que ocupo.

Todo el programa de enseñanza se reducía entonces á los ramos siguientes: latín, filosofía, matemáticas y francés.

La clase de latín estaba sumamente descuidada. El profesor era hombre retrógrado é incapaz de figurar en un establecimiento de educación. El método empleado en esa enseñanza no hubiera jamás conducido á los alumnos á un conocimiento exacto de esa magnífica lengua, tan útil, sin embargo, y aun necesaria para todos aquellos jóvenes que se dedican á la carrera literaria.

Otro tanto debo decir del curso de filosofía, cuyas doctrinas arrancaban de sistemas y métodos tan anticuados, que de ningún modo podían llenar las exigencias de nuestras sociedades modernas. Esas doctrinas, lejos de estimular y robustecer á jóvenes inteligencias, habrían concluído por retraerlas de ese ejercicio viril del pensamiento humano.

La clase de matemática, aunque dirigida por un profesor de regulares conocimientos, se limitaba á la parte teórica, cuando las necesidades de nuestra época y la altura en que hoy se encuentra esa ciencia, requieren forzosamente un prolijo estudio de su aplicación.

No hablaré de la enseñanza del francés, clase sumamente necesaria, y que por mejor que hubiera sido regentada, no podía completar un programa de instrucción.

Debo también observar á V. E. que la enseñanza del Colegio era uniforme é igual para todos los alumnos, prescindiendo absolutamente de sus aptitudes y vocación.

Todas aquellas inteligencias arrojadas á un mismo molde, debían plegarse á una misma disciplina intelectual. Ese error tan capital en la dirección de la juventud produjo más adelante verdaderos conflictos.

Tal era el estado del Colegio en los primeros albores de nuestra era constitucional.

Mi primera preocupación fué la de elevar este establecimiento á la altura de las ideas modernas, y he aquí las innovaciones que introduje en el plan de enseñanza, de acuerdo siempre con el Gobierno Nacional.

Los estudios fueron divididos en dos secciones distintas; carrera mercantil y carrera literaria.

Mas había muchos alumnos que, aunque iniciados imprudentemente en las altas regiones de la filosofía, carecían hasta de los elementos de una instrucción primaria. Inmediatamente, para cortar abusos que pudieran haber causado graves perjuicios en lo futuro, fundé una clase de estudios elementales, y su desempeño fué confiado á inteligentes profesores.

A consecuencia de esta reforma, quedaron organizados los estudios elementales bajo el programa siguiente:

Lectura, escritura, geografía física con algunos conocimientos de historia, gramática castellana razonada, aritmética, elementos de francés, instrucción religiosa y moral.

Estas clases tienen un profesor y un ayudante.

El profesor es don Baldomero García, alumno de tercer año de jurisprudencia, joven muy capaz, perfectamente versado ya en el conocimiento de la lengua castellana, y que reúne las condiciones necesarias para dirigir los primeros pasos de esas jóvenes inteligencias por el sendero de la ciencia.

El ayudante don Celestino Heguas, ha estado especialmente encargado de las clases de escritura, lectura y de francés, primeras nociones. Mas hoy, como el número de alumnos va creciendo sensiblemente, me veo en la necesidad de confiarle también una sección de gramática, geografía y aritmética, que será la de los jóvenes menos adelantados. Por esta razón es que V. E. notará en el presupuesto general del Colegio una pequeña modificación en el sueldo de este empleado.

La enseñanza religiosa de las clases elementales está desempeñada gratuitamente por el joven clérigo, don Vicente Martínez, alumno de 3er año de jurisprudencia y recomendable tanto por sus virtudes como por su aplicación al estudio. Esta clase tiene lugar dos veces en la semana: el jueves y el domingo. En ella se desenvuelven con preferencia los principios de moral eterna, para que los jóvenes se vayan acostumbrando poco á poco y desde temprano á las bellas inspiraciones de la virtud.

De las secciones elementales salen los alumnos que deben integrar las clases de comercio y las de carrera literaria.

Me ocuparé primero de los ramos que constituyen la enseñanza mercantil.

La aritmética en toda su extensión marcha á la par de la teneduría de libros por partida sencilla y por partida doble.

Viene en seguida la enseñanza prolija del idioma nacional, la de una lengua extranjera, francés ó inglés, la de geografía física é histórica, y en fin la práctica del estilo epistolar aplicado al comercio.

Difícilmente puede presentarse un programa más completo para responder á las necesidades más vitales de nuestro país, que es llamado á desarrollar sus fecundas riquezas por medio de la industria y de la actividad de sus hijos.

El señor don Jorge Clark regenta las clases de aritmética mercantil, teneduría de libros, inglés y correspondencia.

El señor Clark es conocido tanto en Buenos Aires como en las Provincias de la Confederación como uno de los hombres más notables en la enseñanza de los ramos de comercio. Su reputación es bien merecida. Desempeña las clases que se le han confiado con toda conciencia y lucimiento.

La cátedra de geografía física é historia está encargada al señor don Alejo Peyret. He tenido ya ocasión de hablar á V. E. de este distinguido literato, licenciado en *Bellas Letras* de la Universidad de Francia, cuyos escritos son ventajosamente conocidos tanto en Francia como en Montevideo y aquí. El señor Peyret tiene también á su cargo la enseñanza de una de las secciones de francés. No puede menos de desempeñar esa cátedra con relevante mérito, puesto que ha hecho un estudio concienzudo del genio de esa lengua, familiarizándose con los grandes maestros de la literatura francesa.

La cátedra de idioma nacional en toda su extensión y la sección más adelantada de francés, corren bajo el especial cuidado del director del Colegio. Todo domingo de las diez á las doce de la mañana, hay para los alumnos de gramática española un dictado general en que se hacen prácticos los conocimientos de la ortografía. Esta clase es de grande importancia, sobre todo cuando viene cimentada en una enseñanza prolija de principios técnicos.

Los ramos de idioma nacional, de geografía, física é historia y de lenguas extranjeras, son comunes á los alumnos de comercio y á los de estudios literarios.

La carrera literaria abraza las materias siguientes: Latinidad, literatura y elocuencia, matemáticas y dibujo lineal, filosofía, historia, física, derecho civil y mercantil, derecho público y de gentes, derecho canónico, instrucción moral y religiosa.

La clase de latinidad está repartida en tres secciones.

La sección de menores la desempeña el joven estudiante de tercer año de jurisprudencia don Buenaventura Ruiz de Llanos. Ella se limita á la enseñanza de la primera parte de la gramática, agregándole las reglas generales de construcción latina y la traducción de algunos autores elementales.

La sección de medianos comprende la sintáxis en toda su extensión y se dedica especialmente á la inteligencia de los autores clásicos. Esta sección está regentada por don Federico Ibarguren, estudiante aventajado de jurisprudencia, tercer año. Estos dos alumnos se han hecho acreedores á la confianza del director del Colegio, tanto por su conducta ejemplar como por sus buenas aptitudes.

El presupuesto vigente no señala más que 17 pesos á esas cátedras. Pero creo de justicia proponer á V. E. para lo futuro el duplo de esa asignación.

La sección de latinidad mayores se consagra á la traducción de los autores más selectos; abarca el estudio de la prosodia y se ocupa con particular esmero de las bellezas literarias que brotan á cada paso entre los poetas latinos. Esta sección pertenece al director del Colegio.

La clase de literatura y elocuencia es de una utilidad incontestable para los jóvenes que se dedican á la carrera literaria. A ella concurren los alumnos que conocen ya á fondo el idioma nacional.

Esta cátedra es regentada por el director del Colegio.

Las aulas de matemáticas son dirigidas por el señor don Luis de la Vergne, profesor muy competente en la materia. Esta enseñanza abraza la teoría y la práctica, de modo que dentro de poco tiempo podrá disponer el Gobierno de jóvenes sumamente útiles al país.

Las clases de matemáticas se dividen en dos secciones y comprenden: Algebra, geometría, trigonometría y dibujo lineal. Los alumnos no son admitidos al estudio de esos ramos sin tener previamente un conocimiento exacto de la aritmética.

El curso de filosofía, basado en las ideas más nuevas de la escuela espiritualista, ha sido hasta ahora desempeñado por el director del Colegio.

Mas creciendo cada día más esas ocupaciones, V. E. ha tenido á bien exonerarlo por este año del peso de esa cátedra y confiarla al licenciado de la Universidad de Francia y doctor en medicina, don Alfredo Pasquier.

Por lo demás, las clases que corresponden á dicho señor por decreto del Superior Gobierno Nacional, son las de historia y física.

La instalación de estos dos importantes cursos en el Colegio del Uruguay, constituye la prueba más elocuente de la ilustración del Gobierno argentino. Los pueblos se moralizan con el libro de la historia abierto ante los ojos de la

juventud, y se enriquecen con los descubrimientos y la aplicación de las leyes físicas.

Son dos vastos campos donde la juventud argentina es llamada por la Providencia á recoger los grandes elementos del porvenir glorioso de la Confederación.

El mérito del doctor Pasquier se ha hecho conocer durante muchos años en la Universidad de Montevideo, donde á su llegada de Europa fué nombrado catedrático de matemáticas y de física. Allí es también donde ha publicado algunos tratados elementales de ciencias exáctas que le han valido una bien merecida reputación.

Los estudios profundos á que se ha contraido el doctor Pasquier me autorizan para decir que el Gobierno Nacional ha hecho una preciosa adquisición al aceptar los servicios de este ilustrado profesor en el Colegio del Uruguay.

Las tres aulas de jurisprudencia corresponden exclusivamente al director del Colegio. El método empleado en ellas, y la libertad amplia de discusión que se concede á los estudiantes de derecho en las materias que se ventilan, no pueden menos que producir lisongeros resultados. V. E. ha visto ya algunos trabajos que han salido de estas aulas, y habrá formado indudablemente este mismo juicio.

La clase de instrucción religiosa y moral para los alumnos mayores del Colegio, tiene lugar el domingo desde las 8 á las 10 de la mañana, y es desempeñada también por el director.

La exposición sencilla que acabo de presentar á V. E. prueba á toda luz que el programa de estudios ha llegad á un completo desarrollo en el Colegio del Uruguay. He aquí los frutos que producen ya entre nosotros las liberales instituciones de Mayo. Proclamen en horabuena los enemigos exaltados de la Confederación, de su ilustrado Gobierno, que la causa de la civilización sud-americana tiene sus más distinguidos campeones, allá, donde el ojo del filósofo no descubre más que un foco de licencia y de anarquía. Mientras tanto, dejando á un lado el estado más ó menos favorable de la enseñanza pública en Buenos Aires, séanos permitido decir que el Gobierno que se ocupa con tanta consagración del progreso de la juventud, y reune, á pesar de la escasez de sus recursos, tantos elementos de perfeccionamiento para la inteligencia humana, es un gobierno que merece bien de la patria, es un gobierno que va cumpliendo cada día más los graves compromisos del programa político de 1º de Mayo! Los generaciones que se levantan en medio de toda esa atmósfera de ilustración y progreso, tributarán un voto de íntima gratitud al Gobierno constitucional del general Urquiza, digno por tantos títulos de nuestra más profunda estimación!

Pasaré á la enseñanza de los ramos accesorios. Ellos se limitan, por ahora, á la clase de música, que se halla dotada de dos maestros. El primero es don Doroteo Larrauri, y el segundo don Manuel Mallada. Ambos son puntuales en sus tareas y trabajan con loable perseverancia.

Ningún alumno puede pretender la elección de un instrumento, sin haber vencido las principales dificultades de la solfa. Así es que la organizacion de la orquesta se hace siempre entre nosotros con mucha facilidad. Los jóvenes llevan á la práctica del instrumento los elementos necesarios para perfeccionarse casi por sí mismos. La orquesta del año pasado se componía de 24 jóvenes. Hoy está desorganizada por haber concluido sus estudios y retirádose del establecimiento muchos de los músicos que la integraban. Mas los alumnos de canto del año pasado, dentro de tres meses estarán en aptitud de llenar este vacío, y la orquesta del Colegio saldrá de nuevo á luz más brillante que nunca. Este año constará por lo menos de 32 jóvenes.

Entre tanto vamos ya preparando á otros alumnos para el año venidero. Esta combinación de estudios lleva un sistema tan arreglado, que la orquesta es destinada á perpetuarse en este Colegio. Nos faltaban algunos instrumentos para utilizar las buenas disposiciones de algunos jóvenes. Pronto se traerán de Buenos Aires. Con orgullo se puede decir que no hay en la América del Sud un solo establecimiento de educación que pueda rivalizar en este ramo con el Colegio del Uruguay.

He buscado con empeño un profesor inteligente para dirigir la clase de dibujo natural. Mis diligencias hasta ahora han sido infructuosas. He hecho traer, sin embargo, todos los útiles necesarios para instalar esa clase, que juzgo ser el último rasgo de un plan general de enseñanza.

Me permitiré por un momento llamar la atención de V. E. sobre las multiplicadas tareas que absorben todas mis horas. Prescindiendo de las cátedras que desempeño por falta de otros profesores, me hallo también en la necesidad de presidir los estudios, los recreos, las comidas, los paseos, los actos religiosos, los dormitorios, etcétera. En una palabra, estoy constantemente al frente del Colegio, iniciando su marcha sin descansar ni un solo día, ni un solo momento. No me amedrenta el trabajo. Lo sostendré hasta donde me lo permitan mis fuerzas. Mas conviene que para el año próximo el Superior Gobierno se fije en una persona idónea, que bajo el título de *Censor ó Vicerrector*, pueda compartir mis tareas y llevar también todo el peso del establecimiento en caso de enfermedad de mi parte. Tal vez pueda yo mismo ofrecer un sujeto que reuna las aptitudes necesarias para desempeñar este puesto. Mientras tanto, fiel á mis compromisos, haré todos los esfuerzos posibles para colocar el Colegio del Uruguay á una altura digna de las nobles aspiraciones del Gobierno Nacional. En confirmación de lo que llevo expuesto, bástame decir que la correspondencia del Colegio, es hoy por sí sola una grave tarea, capaz de llenar casi todas las horas de un empleado, que fuera exclusivamente dedicado á ella.

Para dejar cumplidas las órdenes de V. E. réstame entrar en algunas observaciones sobre la administración del Colegio.

Hay un ecónomo que se ocupa de las compras y del recuento de los efectos necesarios al establecimiento.

Este ecónomo, que lo es el anciano don Felipe Argento, da cuenta de todas las operaciones y recibe órdenes del señor don Jorge Clark, encargado desde este año de la contabilidad de toda la administración. Esa contabilidad encierra un trabajo sumamente minucioso, que no puede escapar á la penetración de V. E., desde luego que el Gobierno Nacional provee á todas las necesidades de los jóvenes educandos. El señor Clark consulta todas las medidas que cree conveniente tomar con el director del Colegio, quien se entiende directamente con el Ministerio de Instrucción Pública. Las órdenes generales para modificar la marcha de la administración emanan del director.

La administración se ocupa prolijamente del servicio interior del establecimiento, de su limpieza y mecanismo. Vigila los trabajos de la chacra, á la que se va á dar toda la importancia que merece. Es indudable que sus productos disminuirán sensiblemente los gastos de la administración.

Las clases están surtidas con regularidad de los textos adoptados para la enseñanza del Colegio. El papel y demás menesteres nunca faltan á los alumnos, de modo que no pueden alegar el menor pretexto para eximirse del cumplimiento de sus deberes.

Las salas de estudios son cómodas. Cada discípulo tiene su escritorio independiente.

Los dormitorios están comprendidos en tres vastos salones bien ventilados y aseados. Los alumnos internos reciben del Colegio una cama de fierro y hasta ahora poco un colchón. En estos momentos se mandan fabricar 50 camas más, por requerirlo así el número crecido de alumnos.

El Colegio tiene una caja de depósito general y un tesorero. Cada discípulo, al entrar al establecimiento, está en la obligación de entregar el dinero que trae de su familia, y percibe semanalmente lo que sus padres ó director determina. Por lo general, son 3 ó 4 reales. De este modo se cortan los abusos y se moraliza también la juventud. El tesorero nombrado es D. Ramón Frias, estudiante de jurisprudencia, tercer año, y recomendable por su honradez y aplicación.

La sastrería del Colegio está satisfactoriamente atendida por el maestro D. Juan B. Laboulard.

El servicio del comedor es modesto, pero completo. Reina en él mucha limpieza. Los alimentos son sanos y abundantes. Los criados inspiran á la administración la más entera confianza.

En estos días va á organizarse la enfermería del Colegio. El señor médico, D. Vicente Montero, cada día más se hace digno de toda recomendación. Llena sus deberes profesionales con empeño y puntualidad.

Lo único que requiere un aumento de gastos es el gabinete de física. El juego de instrumentos no está completo. Con un desembolso de 600 $ más, nada faltaría. La consideración de este punto es de urgente necesidad, para poder afianzar por todos los medios posibles los adelantos de esta juventud.

Antes de cerrar este trabajo, creo de mi deber proponer á V. E. la creación de una cátedra de economía política. La ilustración que distingue á V. E. me releva de extenderme sobre la importancia de este estudio. El país se levanta recién del caos de la guerra, y sería desconocer nuestros propios intereses si descuidásemos la ciencia que debe propender al fomento de los principios creadores, y á la explotación de todas las riquezas que proporcionarán más tarde al Gobierno de la Confederación valiosos y abundantes recursos. Estas jóvenes sociedades han llevado hasta ahora la vida agitada de la revolución, é impulsadas por las pasiones de los partidos no se han acordado de los grandes tesoros que Dios en su bondad había profusamente sembrado en las entrañas de sus gigantescos cerros. Es tiempo ya que al ruido de las armas fratricidas, suceda el trabajo pacífico y que la República Argentina se muestre á los pueblos del mundo como la hija predilecta y afortunada del continente Sud-Americano. Ese porvenir de gloria y de engrandecimiento, porvenir que sólo puede afianzar la paz, depende, es muy cierto, de la influencia que la educación general ejerza sobre las masas; pero tal vez dependa también de los poderosos agentes que pongan en movimiento la ciencia de la economía política.

Los discípulos de derecho, llamados á ocupar más adelante los puestos más distinguidos de la administración, dejarían de ser útiles al país y no responderían á sus elevados destinos, si no tuviesen ideas exactas en materia de tanta trascendencia.

V. E. podría, de consiguiente, decretar que el próximo año escolar de 1857 fuese dedicado á la práctica del derecho, y á un curso de economía política.

Esto no impediría que los estudiantes de jurisprudencia presentasen, entre tanto, sus exámenes generales y se dispusiesen á recibir los grados que por la naturaleza de sus estudios les corresponde.

El Superior Gobierno valorará en su ilustrado consejo el peso de esta indicación y resolverá lo que más convenga á los intereses del país y al crédito de este establecimiento.

He concluido, señor Ministro, y deseo que estos apuntes, que rápidamente he trazado en medio de mis ocupaciones, llenen los altos fines que V. E. se ha propuesto.

Dios guarde á V. E. muchos años.

ALBERTO LARROQUE.

EL DR. ALBERTO LARROQUE

(PÁRRAFOS DE UN BOCETO BIOGRÁFICO)

El doctor Alberto Larroque era francés. Pertenece, pues, á esa falange de hombres ilustrados á quienes la América Latina, y en especial la República Argentina, la más cosmopolita de las nacionalidades constituidas por las que fueron colonias españolas en el continente descubierto por Colón, debe inestimables servicios, sin excluir los que exigen el precioso contingente de la sangre, que han prodigado, á la par de los nacionales, los que, como Brown, Brandzen y muchos otros, desde la epopeya heroica que pusiera el sello á nuestra emancipación política, han constituído una tradición que reverdece á medida que entramos más hondamente en la senda del progreso y practicamos mejor el régimen de libertad á cuyo amparo se ejercitan los derechos que aun desconocen ó niegan las instituciones de los pueblos del viejo continente. Ese desconocimiento ó limitación del ejercicio de los derechos del hombre y del ciudadano, á la par de la legítima ambición de buscar en países vírgenes campos más vastos de acción para la actividad exuberante que se siente comprimida por una educación viciosa ó deficiente, por una constitución social decrépita ó un rutinarismo opresor de las manifestaciones más naturales, no sólo en el órden político y social, sino en el meramente especulativo, han obrado de consuno para atraer al seno de nuestras jóvenes nacionalidades el precioso concurso del saber y de la energía de muchos hijos predilectos de la naturaleza.

Larroque, á la par de tantos otros, entre los que bastaría citar al filósofo *Jacques*, á quien

le cupo, como á él, la gloria de vincular su nombre á un célebre instituto de enseñanza, y *Peyret*, su colega y amigo, de cuyos servicios aun disfruta el país, para no citar más que hijos de la gloriosa Francia, no obstante que no haya quizás ninguna nación europea á quien no seamos deudores de contingente tan valioso, ha sido uno de los *pionners* esclarecidos, no sólo de nuestros progresos morales, cuyo manantial fecundo es la educación, sino de los políticos, los sociales y los económicos que son su consecuencia natural.

Hijo de padres acomodados, que eran católicos fervorosos, fué destinado para la carrera eclesiástica; pero renunció á ella tan luego como su espíritu rompió la venda impuesta por la autoridad de sus educadores. Sintióse con alas para alzar su vuelo hácia regiones más elevadas y más conformes con el vigor de su naturaleza rebosante de energía. Arrojó, pues, á un lado el hábito que pretendía separarlo del mundo que exige la acción continua para sumergirlo en el limbo de la meditación en que vive á menudo el sabio; pero en el cual se retrae, también, impotente el soberbio, el egoísta, el avaro, en una palabra, el vicioso....

Nacido en 1819, pisó por primera vez las playas argentinas á los 22 años de edad, en época, por desgracia, poco propicia para la consecución de propósitos puramente especulativos.

Rosas, y su manifestación más genial y típica, la mazhorca, estaban en todo su apogeo. Torció de rumbos y se dedicó al comercio, en el que no pudo prosperar. Entregóse entonces de lleno á la enseñanza, asociándose sucesivamente con los directores de dos establecimientos de instrucción que funcionaban en Buenos Aires, y fundando, por fin, el Colegio del Plata, que congregó en su seno un grupo numeroso de la juventud más distinguida de aquella ciudad.

Allí se reveló el educacionista ilustrado, enérgico á la vez que bondadoso, cuya palabra grandilocuente despertaba verdadero entusiasmo en los que estudiaban bajo su dirección. Al mismo tiempo que maestro era discípulo, en cuya categoría se colocó para conseguir el diploma de abogado, que obtuvo dando exámenes libres y lo habilitó más tarde para dictar algunos cursos universitarios en la Facultad de Derecho de Montevideo, en cuya ciudad dirigió también un centro de estudios demostrativos de que había fijado definitivamente su rumbo dedicándose á la educación de la juventud.

El general Urquiza, que tenía el raro don de conocer á los hombres y estaba empeñado en convertir al Colegio que había fundado en esta ciudad en lo que fué más tarde, el establecimiento escolar más importante del país, solicitó su concurso, brindándole una cátedra que, á poco, y no obstante su resistencia, se convirtió en el Rectorado que desempeñó durante una década, la década gloriosa comprendida entre los años 54 y 64.

Disuelta la Confederación que tan decididamente había protegido su Colegio y disminuida, en gran parte, la importancia de éste, debido á la protección que se le dispensaba al de Buenos Aires, centro de las nuevas autoridades nacionales, se trasladó á esta ciudad, dedicándose á las tareas del foro para ganar su sustento y el de la familia argentina que había formado, porque, en aquella época, no se había descubierto el secreto, que ojalá muera con su despreciable autor, de hacer fortuna á la sombra de una casa de educación.

El educacionista se eclipsa desde entonces: satisfecho de haber arrojado á manos llenas semilla de ciencia, de entusiasmo y de patriotismo en el alma de los miles de alumnos que se habían sucedido en el Colegio durante los diez años de su dirección, no quiso amenguar su fama prestando su concurso á alguna obra escolar menos importante que la que había absorbido la mejor savia de su vida, y esperó tranquilo la florescencia de las tiernas inteligencias y corazones que él había modelado, como espera el labrador que la lluvia y el sol fecunden la semilla que arroja en el surco con que rasga el seno de la tierra.

Vivió lo suficiente para saborear la grata satisfacción, el placer inmenso de ver que sus predicciones no salían erradas; frutos opimos producía la simiente arrojada, y la trompeta de la fama llenaba los ámbitos del país y del mundo con los nombres de muchos que él había ungido por ser lo que fueron: ¡grandes!

Él escuchó, satisfecho y enternecido, el jubiloso clamor de ese clarín que ensalzaba á sus hijos predilectos; él recibió de viva voz el testimonio de gratitud de esos hijos y las alabanzas que la patria prodigaba á su padre intelectual; él contempló desde su modesto bufete de abogado escalar á uno de ellos la magistratura del país y á los otros los ministerios, las senadurías, las diputaciones, los puestos más expectables y las posiciones más culminantes, en fin.

Pudo morir tranquilo ya; pero quiso hacerlo en su puesto de maestro de escuela.

Desempeñando funciones escolares en las que el ilustre Sarmiento «tuvo el placer de admirar y reconocer las cualidades de su carácter, que la modestia y la afabilidad no alcanzaban á ocultar» en el puesto de miembro de la Comisión Nacional de Educación, que le diera su discípulo el general Roca, Presidente entonces de la República, quien dijo de él «que su nombre figuraría siempre con brillo como el de uno de los más entusiastas apóstoles de la instrucción pública en nuestro país», se extinguió su vida el 8 de Julio de 1881 á los 62 años de edad. Vivió honrado y murió bendecido; sobre su tumba se congregó lo más notable de Buenos Aires: el Presidente de la República, ministros, jueces, senadores, diputados, hombres distinguidos por su saber ó por su posición, casi todos discípulos suyos y alumnos del Colegio que, debido á él, lleva merecidamente el calificativo de histórico, rodearon su modesto féretro, que cubrió de galanas flores la palabra elocuente de Onésimo, Leguizamón, de Sarmiento, de Peyret, de Daireaux, de Navarro Viola, de José Francisco López, de Carlos Guido y Spano.

El doctor Larroque era ciertamente un obrero de la educación, y lo ha probado su propio fin—dijo uno de los panegiristas;—después de una vida entera consagrada al magisterio, la muerte le ha sorprendido todavía en el seno del Consejo Nacional de Educación, viviendo en la familiaridad del niño, que era su deleite, y departiendo amigablemente con los maestros, como si la enseñanza de la juventud fuese la única pasión de aquella naturaleza bondadosa. El doctor Larroque tenía, en verdad, la genuina vocación del magisterio, equiparada, con razón, en todas las épocas, á la sublime vocación por el apostolado que conduce hasta el sacrificio.»

Un hecho incontestable resalta apenas se dedique alguna reflexión á la misión desempeñada por el doctor Larroque en la dirección del Colegio del Uruguay: su perseverante energía para realizar el propósito que le sugiriera su ilustre fundador y el concepto que él mismo se formara de este plantel de la educación que congregó en su seno un grupo numeroso como selecto de la juventud argentina en cuyas manos estarían más tarde los destinos de la patria aun no completamente despejada del manto místico de la perversa educación de la metrópoli.

Estamos políticamente emancipados: la espada vencedora de Caseros acababa de abatir el nefasto régimen de la tiranía; el país había jurado una constitución libérrima; la hidra de la anarquía no levantaba ya su ensangrentada cabeza, pero fermentaban gérmenes de descomposición en todas partes por exceso de personalismo en algunos y exceso de idealismo en otros.

El pueblo apenas sacudido el yugo extranjero que no abrió escuelas temeroso de que á su sombra surgiesen ansias de libertades, cayó bajo la coyunda del caudillaje, que perpetuó su ignorancia, exaltando, no obstante, el instinto de libertad que despertó la codicia inglesa y consolidó el triunfo de la campaña emancipadora.

Dominaba, pues, la ignorancia más completa en las masas populares, y eran pocos los que habían leído los libros que permitía la suspicacia del fanatismo religioso y el recelo del despotismo público. Sólo existía, en consecuencia, una democracia nominal, y, por excepción, hombres capaces de dirigirla.

Mientras las masas afilaban de nuevo sus lanzas ó se despedazaban en luchas fratricidas, era necesario preparar la clase dirigente, saturándola de los principios modernos, para que, practicándolos y predicándolos, se despertase en las muchedumbres la necesidad de conocerlos, hasta que la escuela primaria, la inmigración y el predominio de los principios económicos los encarnasen en la conciencia pública. Tal fué la obra que se propuso realizar, y que realizó, el doctor Larroque en esta casa de educación.

Inteligente, ilustrado, enérgico, perseverante, conocedor de la historia humana y no ajeno á la nuestra, que se había desarrollado, por así decirlo, á su propia vista, en su época más luctuosa, en la que, á la par de los horrores de la mazhorca, había presenciado los delirios del triunfo contra el tirano, se dió cuenta perfecta de las necesidades del momento psicológico en que actuaba, y de instrumento escolar se convirtió en el auxiliar más poderoso del general Urquiza, cuyo ideal respecto del Colegio se resume en esta frase célebre que debe perpetuar el bronce:—¡Mi heredero es el Colegio del Uruguay!

La misión del Colegio fué, pues, formar una falange intelectual impregnada de liberalismo y destinada á dirigir los destinos del país; así lo quiso su fundador; así lo realizó su organizador y director más ilustre. Los hechos han corroborado esta pretensión.

Los hijos intelectuales del Colegio han dirigido los destinos de nuestra patria durante una época histórica, han prestado y siguen prestando su valioso concurso al progreso del país, y hasta las naciones limítrofes, como la República Oriental, el Paraguay y Bolivia, cuentan entre sus más preclaros servidores á ex-alumnos del colegio histórico. Puede, no obstante, asegurarse que tan alta misión hubiera quedado en la condición de simple teoría, de mera aspiración si á su servicio no se hubiese puesto un hombre de las condiciones relevantes del doctor Larroque, en quien se realizaba el consorcio inapreciable de una inteligencia robusta, una sólida ilustración, un ca-

ráctes íntegro y una energía tan activa como perseverante.

Por lo demás, creador y ejecutor, Urquiza y Larroque, se apreciaban y se completaban mutuamente: «Conozco, decíale Larroque al general Urquiza, las aspiraciones del ilustre fundador del Colegio Nacional del Uruguay, y me he propuesto cumplirlas, aun cuando imponiéndome sacrificios más allá de mis deberes»; á lo que contestaba éste: «Felicito á V., cuyos nobles y empeñosos esfuerzos en cumplimiento de la elevada misión que le ha sido confiada, están á la altura de las esperanzas que se concibieron en sus reconocidos méritos y aptitudes. Si la fundación y protección de ese establecimiento es un honor que me enorgullece, toca á V. una gran parte de la gloria que el país recogerá de sus trabajos.»

Disponiendo de tan amplias facultades para desempeñar misión tan importante como patriótica, ya que la más importante y patriótica hubiera consistido en formar masas ilustradas y no grupos dirigentes, puso á contribución la ilimitada buena voluntad del fundador del Colegio para convertirlo, mediante la ayuda de auxiliares poderosos que nunca faltaron, en un conjunto tan complejo como armónico, hasta el punto de que el niño ó joven que en él ingresaba, salía convertido en artífice de la idea que él encarnaba, sea que ostentase las borlas de doctor, sea que adquiriese el título de profesor ó bachiller, ó se convirtiese, según sus disposiciones naturales, en poeta, en político, en diplomático, en militar, en músico ó en simple artesano: que á todo proveía este múltiple instituto único en su género en el país.

Diez años bastaron para formar la falange gloriosa, ¿Quién puede decir lo que la patria y la humanidad han perdido con la decadencia de este Colegio á causa de la salida de Larroque?

En el proceso de la evolución humana, demoler es retroceder, si no se tienen preparados los materiales para reemplazar lo que se cree vetusto.

El renacimiento del Colegio Nacional de Buenos Aires con el filósofo Jacques á su frente no justifica la casi muerte de este instituto histórico, que sin menoscabo de la grandeza ni de la gloria de aquél, debió haber continuado, con los naturales cambios que la experiencia y el progreso exigiesen, bajo su antiguo plan, y con su ilustre organizador al frente.

Los que al través de 30 años de distancia hemos venido á continuar, en la limitada esfera que nos corresponde, la misión iniciada en este Colegio, creemos que nada podemos conseguir si no vinculamos su presente con su glorioso pasado, si no nos inspiramos en el ejemplo de su ilustre organizador.

Por eso es que los que tenemos el honor de dirigirlo y de enseñar en él, nos esmeramos en devolverle alguno de los elementos que contribuyeron á su gloria, y acariciamos la grata ilusión, que ojalá se convierta pronto en una hermosa realidad, de que de su seno puedan salir otra vez, si no abogados, que ya abundan en el país y cuya acción eficiente es, si no netamente perniciosa, cuando menos muy discutible, á la par de artistas y artesanos, otros diplomados más útiles y más indispensables para el mejoramiento, no sólo de nuestro deficiente y defectuoso organismo escolar, sino de nuestra propia sociabilidad, que de la anarquía producida por la ignorancia, está amenazada de ser devorada por la anarquía que nace del cosmopolitismo, que deslustra sentimientos, y que bajo el pretexto de exaltar la idea de la patria universal, empequeñece la de la patria en que se nace y á que se ama.

La Escuela Normal Superior que forme profesores argentinos de instrucción secundaria, los únicos que pueden dar la educación nacional que exige imperiosamente un país tan cosmopolita como el nuestro, es, si no la verdadera realización, el coronamiento de la gran obra iniciada por el general Urquiza, y llevada espléndidamente á cabo por el doctor Larroque.

Formulemos votos porque, á la par de la Biblioteca que inauguramos el año antepasado, bautizándola con nombre tan esclarecido y cuyos estantes ostentan ya no menos de quinientas obras de muchos que fueron sus hijos intelectuales, del monumento que perpetúe su memoria, la del fundador de este Colegio y sus dignos auxiliares, cuya piedra fundamental colocaremos en breve, nos sea dado asistir á la fundación de la Escuela Normal Superior que tiene su local apropiado y el ambiente necesario para su progresivo desarrollo en esta localidad que pretende, con justo título, agregar á las páginas ya gloriosas de su historia el 28 de Julio de 1849, fecha de la fundación del histórico Colegio, y el 1º de Mayo de 1851, en que, en una de sus plazas, se dió el grito de libertad contra el tirano, la de albergar en su seno una institución escolar tan necesaria como la Escuela Normal mencionada.

La mejor manera de honrar á los buenos servidores de la humanidad, no consiste en elevar monumentos á su memoria, sino en seguir sus huellas y cultivar las ideas, cuyos gérmenes ellos arrojaron en el surco de la vida, á fin de que produzcan mejores frutos.

J. B. Zubiaur.

HOJEANDO RECUERDOS...

Buenos Aires, Mayo 10 de 1894

Señor Director del Colegio Nacional del Uruguay

Como si se tratase de una convocación solemne de familia, esparcida en los cuatro horizontes por los vientos de la vida, y que no admite, por baladí, ninguna excusa fundada en la posición social ó pobreza relativa de sus miembros, reconozco el deber, tan austero como agradable, en que se encuentran colocados los alumnos de ese famoso establecimiento ante la plausible circular de V., invitándolos, en alma y en recuerdo escrito, á un santo peregrinaje en derredor de aquel hogar inolvidable de sus inteligencias y de sus afecciones...

Mi pluma se suspende aquí en la dulce vaguedad de los paisajes lejanos, á donde el viajero quisiera penetrar en busca de frescas y silenciosas grutas, donde apacible somnolencia y al abrigo del sol abrasador, conceda á sus miembros traqueados algunas horas de reposo. Luego, arrebatado por la contemplación risueña de un desdoblamiento de mi ser y de mi vida, del ser y de la vida de mis antiguos compañeros, me compenetra, como un fluido inyectado, de encanto incomparable.... me siento mecido sobre las alas blancas y juguetonas de los ensueños infantiles, frescos y perfumados como las rosas entreabiertas; me acarician músicas celestes, como un beso sobre los ojos, aquellas que me turbaron por primera vez, hablándome misteriosamente de las mil visiones que me esperaban, seductoras y buenas, en las futuras etapas, visiones de triunfo todavía rebujadas en nieblas de oro impalpable....

Y al prestigio creador de éxtasis tan delicioso, contemplo el desfile fantástico de mis condiscípulos, ya graves, los rostros pálidos como las hojas de otoño, flácidos ó estriados por la acción áspera y marchitante de los desencantos.... marchando hacia aquel hogar querido, cada uno seguramente con la esperanza de recibir el beso mágico, húmedo de savia de primavera, de su otro yo, del yo célula, de aquel otro yo rebosante, muchacho retozón, terso y rosado como las cerezas maduras, donde dientes ávidos morderán un día para dejar su veneno.

Al trazar las primeras líneas de esta carta, no sospechaba siquiera, no obstante el poderoso prestigio de las imágenes retrospectivas, dejarme deslizar por las ficciones rosadas, y, enervado por la seducción, me siento sin fuerzas para desprenderme del hechizo, fuerzas que no faltan para la lucha angustiosa de las pesadillas. Y continúo viendo desarrollarse las largas hileras de los peregrinos, ahora dobles hileras y yo también entre ellos, cada uno llevando al lado á sí mismo, hombre vacilante, socavado por el trabajo, hastiado con el presentimiento sordo, alguno, de la parálisis, de la anemia cerebral, codeándose con el mismo hombre, niño, firme, animoso y flexible, dejándose conducir á un lugar retrospectivo de descanso. Como llamas desprendidas de un foco de incendio, del hombre-colegial se escapan irradiaciones de luz, en corrientes galvánicas, que van á fulgurar bajo la piel del hombre gastado, especie de trasfusión de almas como fluidos protoplásticos. El niño arrastra al viejo, no al reposo del nirvana, sino al de la resurrección de la vida, al de un paraíso, donde, si se le contempla con la amargura romántica del bien perdido, las alegrías son melancólicas, como los serenos crepúsculos otoñales, un rosado pálido y tibio; pero que, de todos modos, las aceptamos como suprema venturanza de esta vida humana, en la que nada es absoluto sino esta verdad misma.... Y así vamos caminando hacia un espejismo, que parece realidad ó lo es en efecto, la vuelta en recuerdo á la juventud primera, convencionalismo, si se quiere, como la vida en acción del teatro, de la novela, pero resurrección de vida psicológica, quizá más bella porque es ilusoria, deidad revestida de encajes vaporosos de luz, y cuya voz son cantos de exquisita é ideal dulzura. Pero, la belleza suprema de la existencia ¿no está en el pasado para el hombre y en el porvenir para el niño, en la esperanza á realizarse ó en la esperanza que se realizó? ¿Existe el presente? ¿No se reduce todo á otra cosa que á una sucesión de ilusiones, cuya realidad es convencional, traducción á nuestra lengua humana?.... ¡Lo que será la verdad del mundo en la mente soberana de su Creador!.... acaso un simple movimiento de moléculas, como se dice del color, vibraciones eléctricas la luz, según Hertz!....

Yo continúo viendo, con la intensa claridad, con la expresión gloriosa y conmovedora de apoteosis escénica, á mis condiscípulos.... Me veo á mí, á *Francisquillo*, marcado indeleblemente con este mote por el cariño deferente que me profesaba el *viejo* Larroque, el día aquel, en que no contando yo sino 16 años, y siendo de proporciones infantiles aún como de escasa preparación, me presenté inopinadamente en la clase, y preñados los ojos de lágrimas por el presentimiento de un rechazo, cruel é injusto, á mi vez, le supliqué con expresiones poco modestas, que me inscribiese en su curso de filosofía. Con la sonrisa irónica, pero espiritual y sana del francés, le estoy oyendo exclamar, mientras sus dedos alisaban mis cabellos habitualmente revueltos: «¡Pero, si eres todavía un Francisquillo!» La corriente nerviosa de hilaridad mal contenida que recorrió la clase, como por el reóforo de una pila, fué un aura de indulgente disposición, que me otorgaba los sufragios. La recibí como una bocanada de oxígeno, que me arrancó un suspiro amplio y sibilante, como si el fondo de mi ser arrojase á bocanadas todo el carbono de una inmensa angustia. A la par del llanto del niño que llora, yo no encuentro una expresión más dominadora que el de la sonrisa del niño á través de las lágrimas, como el rayo de sol cuando no se han evaporado aún las últimas gotas de la lluvia sobre los pétalos. Después del suspiro, miré al profesor sonriendo, la sonrisa del triunfo seguro. Después supe el móvil serio de mi admisión: comprobar si el estímulo moral puede producir un suplemento de edad y de comprensión, resorte fundamental de la pedagogía del Colegio, no sólo en la cultura intelectual sino también en la de las tendencias emocionales y afectivas.

En estos desdoblamientos del yo maduro hacia el yo infantil, que el mago Edison con su próximo Kinetograph se propone hacer posible la reproducción, se destilan goces tan íntimamente deliciosos, que se me perdonará haber permitido á mis canas mecerse tanto tiempo en esos primaverales espejismos. No creo, por otra parte, que haya jueces contrarios para movimientos del espíritu, que se producen fuera de la actividad voluntaria. Considerando estos recuerdos, sus caracteres de eterno verdor y persistente encanto, que hasta en la edad decrépita orean nuestra frente, como las ninfas mitológicas soplaban

brisas de inmortalidad sobre la frente de Prometeo, me pregunto, si en aquella edad, semillero de todos los gérmenes, una mano prodigiosa no deposita, en el pliegue más profundo de la vida y de la conciencia, el grano de perfume, que conténia escondiéndose, para salvarnos más de una vez de la asfixia prematura, esos átomos odoríferos hasta la tumba, sin que se note pérdida de peso y de volumen, como del almizcle afirma el procedimiento de Mr. Mesnard. Sea lo que sea el misterio, ante la poesía ó comprobaciones fisiológicas... ¿quién no ha desplegado las velas de su esquife á las frescas y embalsamadas brisas de los crepúsculos, y se ha dejado deslizar sobre las ondas de aquel lago azul, cuyas encantadas orillas se llaman infancia y colegio, dos paisajes alegres de un mismo panorama!...

Sin cerrar este poema, sin dejar de oir la canción lejana, reanudemos, mi amigo, el primer párrafo al desarrollo de conceptos más positivos.

Adivino su propósito, vasto é interesante. El monumento escrito que vá á levantar á ese benemérito Colegio, resultará no solamente una apoteósis, una inmortalización legendaria, bajo los esplendores de aurora boreal de reconocidos talentos... ¿acaso Andrade, Beti, etc., no concurrirán á la cita, para formar el foco? ¿y Peyret (para citar un profesor), nodriza de leche robusta inagotable, alma inmensa de una generación sedienta de libertad y de ideales humanos?... La concurrencia á la cita no se reducirá tampoco á un simple y estéril peregrinaje de forma, para encontrarse el mismo día, ligados por la misma fe y amalgamados en el mismo crisol, ante aquel hogar común, donde nacieron tantos espíritus á la vida de la intelectualidad. Saborearemos los frutos de toda una exploración psicológica, en selva virgen aún, de caracteres personales argentinos, en su período embrionario comparado con el modelado definitivo, siguiendo las evoluciones sucesivas del desarrollo y de la evolución, bajo las influencias modificadoras de los medios y de los sucesos, descubriendo así la clave de más de un acto, de una actitud política inexplicable ó calumniada por la pasión ó las preocupaciones; una exploración también sobre los principios, experiencias y demás circunstancias que concurrieron á establecer el cliché é impulsar el desarrollo de la educación en aquel Colegio, á la formación de su contextura peculiar é índole que imprimió á sus alumnos, como la función imprime al órgano, ó como un mecánico articula su máquina para una función... acaso todo un espécimen de profunda enseñanza, una palabra de la desesperante esfinge de los educacionistas: cómo el colegio puede sustituir á la familia; y en países nuevos y cosmopolitas, el desideratum más milagroso aún: cómo puede sustituirla con ventaja.

Verdad es que si todos los que contesten á su circular no sobrepasan mi capacidad, no se presentaría la vara mágica que haga brotar el raudal de tan vivificadores estudios. Pero, estoy muy lejos de los vaticinios pesimistas; y pienso más bien que vamos á poder leer en ese libro, porque será un libro, análisis finos, síntesis comprensivas y profundas sobre aquellos puntos, que no dicen menos con la pedagogía de la enseñanza secundaria, planes y programas de estudios, incomparable internado dulce y severo de familia, que con la educación de la inteligencia y la sensibilidad en relación con los destinos del individuo y de la patria. ¡El estudio que sobre tan complicados tópicos podrían escribir un Spencer Gérard, Martin, Bigot! ¡La galería de retratos que nos presentaría Macaulay, explicando á los hombres públicos, desde sus primeros contornos, como el caudal de los ríos se explica por sus afluentes!

Sin duda, la edad de oro educacional no resplandece en aquel tiempo ni en aquel Colegio, incógnita eterna, no se encontrará jamás sino en ese vago infinito del ideal, aspiración consoladora, sin embargo, faro guiador. Pero, el Colegio del hogar de Larroque y Clarck, verbo el primero, patriarca moderno el segundo, cumplió una gran misión de su tiempo, y, por consiguiente, una misión de porvenir: Con ideas, tendencias, caracteres, individualizados, típicos, esparcidos en todo el suelo de la patria, salidos de todos los hogares, estos casi en completo aislamiento aún, mal articulados á una comunidad política, en una época viril de nerviosidades irritadas, desequilibrada, por la convulsión permanente de la guerra civil y la lucha sorda de la duda escéptica con la ebullición de anhelos ardientes... constituir con esos elementos una verdadera familia entre cientos de alumnos, con lazos morales é intelectuales, con vínculos casi sanguíneos, con solidaridades de hermanos, vínculos resistentes, que se manifestarían siempre como por ley de herencia, ante las influencias contrarias. ¡Vigorosa matriz donde se fecundaron gérmenes robustos!

Cada provincia argentina, aún la más apartada, á lomo de mula, en viajes largos y penosísimos, enviaba sus infantiles inteligencias distinguidas, también hijos de caudillos militares, de personalidades políticas, hasta el hijo de un cacique, la mayor parte para no regresar sino hombres á sus hogares. No entraban al Colegio para recoger de paso el polen de los conocimientos, para perder diariamente lo mejor de sus granos sobre la corriente de la vida social, prematura, de los espectáculos sensacionales, de los clubs políticos tempestuosos, fabricando su espíritu, desarrollando de un modo enfermizo ó excesivo su sistema nervioso, en perpetuo desequilibrio la inteligencia y el organismo.... Entraban allí y se fundían, se asimilaban, vigorizándose, bajo la resultante de influencias benéficas, en el seno de un internado sin tacha, de una potencia modeladora incontrastable. La política, aún la militante, no descendía á los grupos de los mayores sino revestida con el amplio manto estrellado de la filosofía de la historia y con el coturno trágico. El aspecto que presentaba el país, devorado por sangrientas luchas de caudillaje justificaba el concepto estrecho de Lingard sobre la historia, «cuadro de miserias infligidas á la multitud por las pasiones de algunos hombres»; pero, sin caer en el fatalismo, más bien como un Líbano que en vez de arrastrar masas inertes les infunde un espíritu y las lanza, conscientes y libres á la conquista de sus destinos eternos, se contemplaba en la eucaristía de Bancroft: «el orden del universo, desde toda eternidad, es un poema divino, que no pueden manchar las interpolaciones humanas.» Arcángel de luz y de fuego, encendía en las jóvenes y ya meditativas almas la aspiración suprema de la unidad nacional, la unión y autonomía federal de las provincias, para constituir una Nación grande y próspera, ya que no necesitaba ser más gloriosa por la epopeya.

Cierto, no se formaban eruditos, ni naturalistas, ni químicos. No se robaba espacio á ideas fundamentales argentinas, á atrofiar los tiernos cerebros, con la medida, cantidad y proporciones de los *glóbulos rojos* que se precipitan por las arterias del elefante, del lagarto, de la rana, etc., etc. Los programas eran sobrios, concentrados; el alumno aprendía á estudiar, á obtener el mejor fruto del tiempo, á no disciplinar menos la inteligencia que el corazón, sino suprimiéndolas derivando hacia el bien las modalidades nerviosas nocivas desarrollando y disciplinando las tendencias útiles, lo que será en todo tiempo, en las sociedades más ilustradas, el objeto de la educación moral en armonía con la del espíritu; se formaban, en fin, hombres y ciudadanos, encarnando, como verbo concreto y tangible, la fraternidad política de pueblos argentinos sobre la ancha base de la fraternidad humana, se modelaban caracteres é inteligencias dotándoles de la capacidad para ser patriotas y pensadores. Era lo que necesitaba el país.

La Dirección y el profesorado, una firmeza dulce, una bonhomía solícita, clarovidente y discreta, padres, profesores y psicólogos á la vez, tomaban al niño, como una pieza de dirección, desde las bancas primarias (perfeccionamiento de la lectura, etc.,) y se le acompañaba hasta que era abogado, comerciante, militar, músico ó artesano.... primera semilla entre nosotros de la Escuela de Artes y Oficios. *Mister* Clarck razonaba su curso embrionario de comercio con sutiles problemas morales, para deducir enseñanzas de probidad en el futuro industrial, mientras Mr. Peyret, en la clase de geografía y de historia, desplegaba el panorama grandioso de las naciones del globo y hacía marchar las sociedades impulsadas por los vientos de la libertad hacia cumbres colosales; y el doctor Larroque nos estremecía de orgullo con los cantos de la epopeya patria, que se escapaban como gritos de trompeta de su boca elocuente!

Antes de apuntar el día penetrábamos al gran salón de estudio, alumbrado á vela de sebo. El primero que se encontraba allí, sobre su tarima y mesa de pino usado, con su fisonomía dulce y expresiva, que no conseguía agriar el fruncimiento sistemático de su frente amplia de cielo sereno y luminoso...era el *francés* Larroque, que, en tres horas, durante todo el estudio, no levantaba la cabeza de sobre los libros, sino para, de tiempo en tiempo, por hábito, reclamar silencio con un *pu*, que retumbaba como el eco de una campana, porque el silencio era tan profundo que nunca lo encontré igual en los mismos templos religiosos.

No había más que una forma, una voz, de festejar los días patrios: larga alocución histórico-filosófica, sobre el suceso inmortal, pronunciado desde lo alto de la tribuna, que caía como lenguas de fuego sobre nuestras cabezas, y pintorescas evoluciones de batallón en la plaza; los alumnos correctamente uniformados y adiestrados por el táctico y caballeresco coronel Fontes en las horas del recreo; pero comandados por el mismo Director el día de la exhibición pública. Si después de las evoluciones quedaban algunas horas desocupadas, se nos declaraba *soldados francos*, sólo hasta las cinco de la tarde. ¡Aquello era un encanto!... los *chiquilines* se armaban con carabina á guisa de fusil; el batallón tenía su banda de música propia, como no he oído otra mejor, y se comprende, formada voluntariamente y por vocación, lo mismo que la orquesta, que en la noche de esas grandes festividades, ejecutaba, en la vereda del Colegio, en medio de las familias, partituras de los maestros en boga.

A más de los ejercicios militares, la gimnasia, ya entonces muy considerada, consistía en bailes, con música de tres ó cuatro instrumentos, que estrechaba los vínculos y predisponía á la benevolencia, entreteniendo la rica armonía que reinaba en la *familia*. Los jueves y domingos, por la tarde, en hileras militares correctas (¿pues no éramos el batallón sagrado de la patria ideal?), con el Director al flanco (siempre él, de cuerpo presente en todos los actos colectivos!) recorriendo la columna como un general, lanzando alguna observación, como si dijera: *¡vista á la izquierda!*... Así llegamos al paseo, en la alta y ondulada pradera, que se extendía á las orillas del *puerto de las piedras*. *¡Rompan... filas!* Entonces combinábamos grupos: los unos bajaban al ribazo, á tomar *mate* entre los matorrales ó hueco de una peña; otros, á beber la libertad salvaje en correrías desenfrenadas, ó á saber defenderla con la vida en juegos militares, en simulacros de batallas, descalabradas con abrazos efusivos, repitiendo la bella y célebre frase del fundador del Colegio: ¡NO HAY VENCEDORES NI VENCIDOS!

Casi todos los profesores habitaban en el Colegio, se mezclaban con los alumnos, accesibles, se daban en comunión, sin que las familiaridades menoscabasen en lo mínimo, cimentándolo más bien, el principio de autoridad.

Un contorno más del Director, que se complementa con aquel del profesor de filosofía, que en otra parte he trazado en un incidente á mi respecto. Las primeras representaciones dramáticas que ví, en vacaciones, en el teatro del Paraná, impresionaron fuertemente mi fantasía de adolescente con el doble hipnotismo del arte y de la belleza de la *Duclos*, á la que no le faltaba el prestigio de una honestidad infranqueable. Más que todo ó mezclado todo, como dos esencias embriagantes, las dos bellezas compenetraron lo hondo de mi ser, allí donde duermen los gérmenes de las ideas y de los gérmenes, y la Circe se apoderó de mí con tan incontrastable sutileza, que, so pretexto de ponerme á trabajar para no ser una carga á la familia, resolví no volver al Colegio, resolución que demoraba presentar á mis padres, presintiendo un competente rechazo. El doctor Larroque tuvo inmediato conocimiento de mi locura, causándole una verdadera pena. No se dirigió á mis padres, como se comprende. Comenzaron á llegarme cartas de su puño y letra, largas, de un pliego, letra pequeña, replicando mis argumentos, llenas de reflexiones y de un rebosante y doloroso sentimiento, el lenguaje de un padre para el hijo pródigo. Al fin de una carta me asestó el golpe de gracia en mi famoso atrincheramiento, ofreciéndome darme trabajo remunerado dentro del mismo Colegio, conciliable con mis estudios, profesor de unas clases elementalísimas y especie de celador, *in nomine* este puesto, con un sueldo, total, creo que de 20 pesos bolivianos, una enormidad, que no sabía que hacer de ellos, si no era comprar libros para atraerme con regalos la consideración de los muchachos serios y de talento. La conducta delicada y discreta, á la vez que interesada del Director, llenó de turbaciones y rubores mi conciencia, como un despertar brusco del hombre. Invadido por una marea de ternura reflexiva, de gratitud y de arrepentimiento, que bonificó como un bálsamo todo mi ser, fuí á caer en los brazos de aquel inolvidable amigo. Así procedía con todos sus alumnos.

Mister Clark, vice-rector y administrador, de silueta gigantesca y erguida, cabeza nevada y fino, algo semítico, tan grave de expresión y austero de vida como niño en su sencillez y candor, alma trasparente, inagotable de caridad, una especie de San Francisco de Paula, pero con

inflexibilidades aristocráticas en puntos de honor, agotaba su sueldo en dádivas á sus hijitos; —¡más de quinientos!—que él elegía entre los más pobres y más diablos ú holgazanes. Tratándose de estas dos últimas especies, con el regalo iba una homilía, que terminaba con este fanfarrón apóstrofe:—«Y si V., mi hijito, no estudia ó no trata de proceder como un verdadero hombre y un ciudadano digno de su patria..... mire, mi hijito, que se lo voy á contar al Dr. Larroque..... y si el Dr. Larroque no lo mete á V. en vereda, mire, mi hijito, que le voy á romper las piernas y los brazos, y en seguida me tiro del mirador abajo». Era incapaz de tocar en un cabello á ninguno de sus hijitos aquel respetado y querido abuelo, por quien le hubiéramos hecho revolución á Urquiza. No así respecto del suicidio, que lo hubo de efectuar una vez, que no encontraba el error de un balance; felizmente apareció la cifra y el honor del profesor de comercio quedó limpio.

Nunca he concebido una estatua para el doctor Larroque sin su gemela, la de Mr. Clark, allí, en el centro del gran patio del Colegio. Sería también la voluntad de los muertos, entre quienes, nunca desmentida, existió la estimación más profunda y el más sincero y respetuoso afecto.

La síntesis más trascendente del Colegio del Uruguay, fué la formación de un apostolado, en pensamiento y en acción, de la unidad nacional. Numerosas inteligencias, surgidas de aquel semillero fecundo, se derramaron por la República, llevando como deber y como lábaro, la misma doctrina de la fraternidad y de la igualdad de los pueblos argentinos al hogar paterno, al que en breve constituirían ellos mismos, á las corrientes de la sociabilidad política, donde tendrían oportunidad de hacerla efectiva ó predicarla por la palabra, por el periódico, por el libro ó por la espada.

La evolución de la idea, y sobre todo del sentimiento de la unidad nacional argentina, no es otra cosa que la evolución en la conciencia pública de la idea y del sentimiento de la fraternidad y de la igualdad entre los ciudadanos y entre las colectividades autónomas. La acción de ese apostolado considerado en conjunto, influencia diluída en el inmenso caudal de la opinión; pero algunas veces hemos visto sus efectos, fulgurantes como aurora, como rayo, tronando ó rumorosa corriente subterránea, que no se sabe de donde viene ni á donde va, pero que se infiltra y fecundiza. La Buenos Aires rebelde, separatista, no se conquistó definitivamente por las armas de Urquiza ni de Roca. El terreno fué preparado por aquel evangelio de provincianos, que trajeron su palabra y su acción á esta Roma absorbente, á la que sólo le faltaba, para merecer la hegemonía ambicionada, la nivelación de su orgullo en el ara de la igualdad y confraternidad de los pueblos hermanos. Lejos de mí la intención siquiera de menoscabar á ninguno de los demás factores de nuestras evoluciones políticas. Me limito á consignar una gloria, modesta, sin duda, pero no menos eficiente.

Cuando el gobernador de Entre-Ríos fundó el Colegio del Uruguay, ¿descendió á su espíritu la visión clara de esa misión nacional que atribuyó á la belosa falange? ¿Fundó el Colegio en vista de su obra? En 1849 el general Urquiza no había concebido su cruzada libertadora, sino como una aspiración vaga de éxito imposible. Solicitado por el Brasil, pero no contaba con los Virasoros ni con Cáceres de Corrientes.

Después de la victoria de Caseros ¿tuvo la sospecha conciente de la colaboración que podía aportar el colegio del Uruguay á la consolidación del orden constitucional? Si se llegara á demostrar afirmativamente, tendríamos que agregar á la figura del guerrero intrépido el rasgo de perspicaz pensador. Me limito á plantear el problema, sin tiempo para las investigaciones que demanda, y sin que me lo permita el carácter de estudio á vuelo de pájaro y en giros irregulares que vengo haciendo del mecanismo educacional y resultados de aquel Colegio célebre..... verdaderamente, *hojeando recuerdos* muy lejanos. Dejaré, sin embargo, consignado, que si la idea del general Urquiza no fué tan profunda, tan amplia y patriótica, se propuso miras personales de caudillo, buscando para su influencia bases más sólidas y duraderas, lo que revelaría en él á un sagaz político, instrumento histórico de altas miras...

No desearía que se me juzgase iluso *rimador*, embriagado con los mirajes retrospectivos de un ciclo educacional que se teme someter á minucioso análisis, como aquellos que no hallando la perfección ideal en el presente, vuelven los ojos hacia una edad de oro, imaginaria; ó que sintiendo la decadencia de la fe ortodoxa, se precipitan con dolorido clamoreo en el elogio ignorante de los vergonzosos fanatismos é irritantes imposturas de la Edad Media. Profeso el sublime dogma del progreso, que todo lo explica é infunde las grandes audacias para buscar á su Dios y á sus leyes; pero sí, irrefutablemente, el progreso implica atraso en el pasado, no es el atraso absoluto, y una filosofía de la historia sabia y discreta reconoce agradecida los esfuerzos de las generaciones pretéritas, sin los cuales las conquistas del presente serían imposibles. Por más que sean reales los adelantos educacionales obtenidos en nuestra época actual, aquel Colegio permanecerá el primer modelo de la instrucción secundaria argentina de su tiempo, sin imitación quizá después, por muchas circunstancias concurrentes, en punto á internado, á enseñanza moral, á disciplina, á la formación de caracteres para la vida pública y del trabajo, en la preparación de un apostolado de fraternidad, cuyos deberes no han olvidado nunca sus miembros, cualesquiera que haya sido la eminencia personal ó situaciones políticas en que se hayan encontrado, como se recuerda y guarda un depósito de familia.

Soplando un poco sobre la ceniza del tiempo, aparece rutilante la verdad enunciada, toda una filosofía elocuente y profunda: el Colegio del Uruguay realizó su obra perentoria y precisa; y llegada la hora final de su ciclo, dejó el testamento de continuarla en la proyección infinita de los destinos nacionales.

Yo me complazco, y también creo que cumplo un deber serio de patriotismo, engolfándome en este orden de observaciones, encaminadas primordialmente á la meditación de la juventud, y como un recuerdo á aquellos que pueden influir en los fines educacionales del país. Constituída y reglamentada fundamentalmente la patria, á aquella generación, con su fórmula se ha sustituído la actual con la suya, más vasta, más amplia, respondiendo á una sociabilidad desenvuelta, á un organismo más completo, de articulaciones más complicadas y flexibles, cuya potencia debe aplicarse á necesidades distintas.

La educación es el suelo, no sólo el suelo químico, sino también el clima, el ambiente, donde germinarán las nuevas semillas, crecerán y desplegarán su follaje y sus frutos las plantas nacientes, destinadas á nutrir en calidad y cantidad de sustancias, ese organismo real en la hora presente, ideal en la hora prevista. La educación en su sentido concreto como en su sentido general, no se propone exclusivamente reprimir las malas tendencias y estimular los buenos hábitos, sino también crear tendencias nuevas y proporcionar medios de realizar fines sociales. Pero, ¿sobre qué base se formará el criterio para solucionar esos problemas? No hay otra base que las necesidades y fines mismos de la sociedad, en cuyo seno la educación opera, dentro de los fines generales del gran conjunto humano, determinados por la ciencia, por el arte y por la filosofía. La educación del Colegio del Uruguay fue sabia, porque se inspiró y fortaleció en su misión, sin desvirtuarla en plagios serviles, inconscientes de otras sociedades distintas, lo que hubiera traído la esterilidad, por la anarquía, el cansancio, la manía.

Aprovechando de la experiencia nuestros educacionistas, y me dirijo á usted que forma en la primera fila, tendrán que limitar la educación secundaria y la profesional del abogado y del médico, para crear y ampliar otras ramas, las escuelas de agronomía, las de artes y oficios, las industriales, las normales de mujeres, destinadas no solo á ser maestras didácticas sino también á esposas y madres de ciudadanos, porque el hogar doméstico es el corazón en la circulación de la sangre social, la organización de una escuela superior para el profesorado (que usted tanto acaricia), no solamente nutrido en la ciencia sino también constituyendo el organismo institucional de la sociedad argentina...; reformas urgentes, que deben realizarse por más que cuesten una revolución en las preocupaciones y gastos al tesoro público.

La educación se inspira en el presente, pero va al porvenir. El trabajo del estadista y del legislador es de previsión. Si la higiene fuera sabia y se cumpliese no tendríamos enfermedades, que matan, enloquecen ó legan el dolor implacable. La misión fundamental de los poderes públicos es educar bien; no debe vacilarse en este propósito, por más que él exige abnegación en pasiones, en intereses egoístas, grandeza de alma bastante para sacrificar parte de las fruiciones voluptuosas del presente á la suerte de las generaciones venideras.

No se ha pronunciado frase más profunda que aquella de Leibnitz: dadme la educación de la juventud y os respondo del porvenir del mundo. Es por la educación que se desarrollará vigoroso nuestro organismo social y político; por ella lo prevendremos contra las enfermedades de las sociedades seniles. La democracia argentina, en formación aun, se desenvuelve con exigencias especiales y muy delicadas: quiere y debe conservar su genio y su misión característica dentro de la ley de armonía de los pueblos de la tierra, y tiene, sin embargo, que formarse y alimentarse de elementos cosmopolitas diversos, satisfaciendo aspiraciones ansiosas, derechos ahogados, instintos extraviados, clases que buscan redención, músculos robustos que buscan trabajo, enfermos que acuden de los cuatro puntos del horizonte á pedir la vida á la joven República, desbordante de savia y de consuelos. Es por la educación que hemos conquistado nuestra civilización patria; pero, no basta á nuestro deber, á nuestra gloria ni á nuestra conservación cumplir una misión nacional; es necesario que también sea humana.

Con la presente carta, aunque de tan mal pergeñadas digresiones, sírvase darme por presentado en la bella y solemne fiesta del aniversario, y con un efusivo apretón de manos á mis antiguos profesores y condiscípulos, de quienes ninguna barrera podrá separarme, hago votos porque usted realice las inspiraciones que le evoque el legendario Colegio del Uruguay.

FRANCISCO F. FERNÁNDEZ.

(Poeta y literato.)

AL DR. ALBERTO LARROQUE

Paso á la educación, paso á la ciencia,
faros de luz del pensamiento humano,
que irradiando del pueblo en la conciencia
al pueblo lo levantan soberano.

Paso á la educación, verbo é idea,
cruzado, apóstol, redentora, santa,
libre pendón que la razón flamea,
himno que el triunfo del progreso canta.

Paso á la ciencia que á los cielos sube
del sabio Franklin en el genio osado,
y arrebata del seno de la nube
el rayo que las nubes han forjado;

que llega hasta Colón en blando giro
y su celeste inspiración inflama,
ó le remeda el virginal suspiro
de la América virgen que lo llama;

que á Galileo los secretos cuenta
de cómo gira sin cesar el mundo,
ó hace surgir los plomos de la imprenta
de Guttenberg en el taller fecundo;

que con rando vapor los barcos mueve
y el porvenir de las industrias labra,
¡ó da vida en el siglo diez y nueve
á Edison que aprisiona la palabra!

Paso á la educación que dignifica
al niño, al ignorante, al desvalido,
Jordán que igualitario purifica
y con bautismo santo deja ungido.

Ella nivela en código severo
á todos con la Temis de la ciencia,
y sólo reconoce un solo fuero:
el fuero de la clara inteligencia!

Ella eleva sus templos soberanos,
y los libros son biblia en sus altares,
los niños son allí todos hermanos,
y los maestros son genios tutelares.

Ella dice al infante sé virtuoso
que es premio la virtud, y sé creyente,
porque el mundo que ves ser tan hermoso
es la obra de un Dios omnipotente.

Ella forma valientes ciudadanos
con el cincel tallados del civismo,
enemigos de estúpidos tiranos,
cruzados contra el torpe oscurantismo!

Y esta fué tu misión, maestro caído
después que terminaste la jornada
y dejaste tu nombre bendecido
y tu vida dejaste inmaculada.

Esta fué tu misión, misión fecunda
de apóstol y mentor inteligente,
que eterniza tu fama, y que circunda
con el laurel del bienhechor tu frente.

El árbol que plantaste tan prolijo
en el abierto surco del Colegio,
la mano de la ciencia lo bendijo
y se levanta con sus frutos, regio.

Su nombre lo repiten con tu nombre,
rodeados de la aureola del cariño,
con su oración de gratitud el hombre,
con su plegaria inmaculada el niño.

El Colegio recuerda tu figura
llena de noble majestad honrada;
y en las aulas parece que fulgura
como brilló otro tiempo tu mirada.

Parece que resuena persuasiva
la frase que brotaba de tu labio,
y los nuevos espíritus cautiva
con la serena autoridad del sabio.

Ciencia y educación, ellas tocaron
tu frente con la unción del elegido,
un noble apostolado te confiaron
sublime apostolado que has cumplido.

En el concierto que en tu pro estalla
tan solo un himno falta á tu memoria:
el bronce falta con que el genio talla
un perdurable pedestal de gloria.

Y el bronce surgirá! Donde otros días
se oyó tu voz y resonó tu acento,
el consorcio de francas simpatías
ya levanta un eterno monumento.

MANUEL N. UGARTECHE.



COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY — FRENTE DEL EDIFICIO — BATALLON DE ALUMNOS — 1887

COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

Cuando se recorren las páginas de la historia educacional de esta ciudad del Uruguay desde su primera Escuela en 1822, para detenernos en el presente, el alma se extasía, el corazón siente y el pensador se inclina ante el coloso cuya estampa reproducimos en homenaje á los dos grandes hombres que le dieron vida en días de luto y desolación para la patria de los argentinos. Urquiza fué el atleta que arrancó á la montaña del despotismo imperante el block informe, colosal, ciclópeo, que había de animar con el cincel de artista eximio el incomparable doctor Larroque. Si el General Urquiza no presentara á la posteridad otra gloria que la fundación del histórico Colegio del Uruguay y el doctor Larroque entre sus triunfos el haberlo llevado á su más grande apogeo, tranquilos podrían reposar unidos por ese nudo gordiano que no cortará jamás en la historia el doble filo de la ingratitud y del olvido.

Ahí está de pie el coloso desde 1849. Más de 9.000 escolares rindiéronle tributo de admiración y de respeto.

El Colegio del Uruguay cuya construcción data de aquel año es históricamente el tercero de la República y también, por una singular coincidencia, el tercero en el número de sus educandos en la actualidad.

Grande fué su importancia bajo la dirección del doctor don Alberto Larroque, pero no es menos cierto que el eximio educacionista contaba con la decidida protección del General Urquiza, que no contento con prodigar un número considerable de becas para sostener más de 400 internos, quiso que, á la vez de la instrucción general, se facilitasen los medios de adquirir un arte ú oficio á todos aquellos niños que en la provincia mostrasen aptitudes especiales. Así pudieron contarse bien pronto ciudadanos sobresalientes en las ciencias, en las artes y en las letras, formándose al par del futuro ingeniero, el experto carpintero; al par del recto jurisconsulto, el hábil calígrafo; al par del músico inspirado, el militar aguerrido; al par del poeta eximio, el zurcidor de ropas viejas; al par del artista dramaturgo, el pintor de brocha gorda! ¡Qué hermoso concierto de inteligencias en una educación integral!

Ese fué el pasado de nuestro histórico Colegio.

No tenía entonces las proporciones materiales que presenta el grabado que encabeza este ligero bosquejo, ni su interior la majestad de sus salones, de su biblioteca, de su museo y de sus gabinetes; pero, felizmente, no es para ostentación y lujo que se exhiben aquellos gabinetes y museos: hoy la enseñanza del histórico Colegio

es más especulativa que teórica; sus profesores en ciencias físico-matemáticas, en ciencias naturales como en las sociales, demuestran prácticamente lo que enseñan, se identifican más con la naturaleza de las cosas, si así puede decirse, ejecutan y enseñan; de aquí las excursiones escolares de reciente creación, de aquí los análisis y las manipulaciones en los gabinetes, de aquí el desarrollo físico al par del desarrollo intelectual, de aquí, por fin, la reciente instalación de sus trabajos manuales según el método implantado en los establecimientos de Naãs por Otto Salomón, los talleres de taracea, los juegos atléticos al aire libre (Foot-ball cricket, lawntennis, rounders, remar, natación) y ejercicios militares que vuelven á dar á nuestro histórico Colegio la importancia de sus mejores tiempos, con más perfección aún y más en armonía con los adelantos de la ciencia pedagógica moderna, y por último, como faro trascendentalísimo en el momento histórico en que estas líneas escribimos el haberse abierto sus aulas á la mujer, ocupando por vez primera en la República la tribuna del catedrático, y alumnos de ambos sexos los escaños de sus aulas.

El grabado que representa el hoy Colegio Nacional del Uruguay ocupa una manzana de 4830 metros cuadrados y su frente mira á la plaza General Ramírez, una de las más pintorescas del litoral, en cuyo centro se levanta la pirámide eregida en 1848 en honor del caudillo uruguayo que el futuro historiador ha de juzgar en su día cuando no quede de las generaciones que encendieron la guerra civil, ni el polvo de las pasiones que se encierran en sus sarcófagos.

El Colegio del Uruguay, más que un recuerdo en el tiempo, es una idea en el espacio; más que una idea en el espacio, es una entidad viviente; más que una entidad viviente, es una gloria imperecedera en la historia educacional de la República.

B. T. Martínez.



LA FRATERNIDAD — CASA DE INTERNOS

LA FRATERNIDAD

(SOCIEDAD EDUCACIONISTA)

En 1876 los gobiernos de la Nación y de la provincia costeaban en el Colegio Nacional cerca de 60 becas, sosteniéndose con tal motivo un internado del que no siempre disfrutaban los desheredados de la fortuna pero ricos de inteligencia.

Una mera cuestión política, insignificante de suyo, cambió el sistema proteccionista á los educandos pobres. Intrigas de mala ley llegaron hasta las alturas presidenciales, y el internado concluyó y hasta los pocos pobres que gozaban de una beca fueron despojados de ella!

Pero la juventud produjo otra explosión más trascendental y formidable: fué la explosión del entusiasmo que trasmitió instantáneamente al pueblo del Uruguay primero y á todas las provincias después, para fundar una institución llamada *La Fraternidad* que ofreciese á los desheredados de la fortuna un asilo y un colegio en que pudiesen apagar el hambre y la sed de ciencias y de saber que se les negaba.

El 15 de Mayo de 1877 aquella juventud se reunía en el Uruguay, en el Teatro 1° de Mayo, sellaba con su voto unánime la aspiración de todos y nacía la Sociedad Educacionista *La Fraternidad*. Allí estaban Barroetaveña, Zubiaur, Arteaga, Casacuberta, Otaño, Lara, Peyret, Lucero, Marchini, Pietranera, Spangemberg, Medina, Avila, Warren, Naveyra, Coronado, Ortiz, Miguez, Solveyra, Alvarez M., Alvarez J., Villagra O., Hurcades E., Hurcades C., Ruiz Moreno E., Marchini E., Hermelo, Parera, Reinafé, Ortiz T., Ruiz Moreno C., Comaleras, González, Zamora, Paredes, Vidart, Esquivel L., Esquivel A., Morón, Vivanco, Muñoz, Barreyro, Méndez A., Coronado M., Otero, López M., Velázquez, Herrera, Leguizamón M., Palacent y Grané, fundadores todos de la hermosa institución.

Hecha carne la idea, no faltaba más que darle vida, movimiento, y todos aquellos jóvenes escolares se multiplicaron en sus tareas para procurar de la manera más rápida y eficaz el concurso de los pueblos de la provincia.

De una casa de techo pajizo, que en 1877 albergaba *tres* becados, pasó á la actual llamada *Casa de Internos*, en 1882, bajo la presidencia del Dr. Parodié y que permitía contar en 1884 con un número de 103 internos, de los cuales eran becados *21*, medio-becados 7, tercio-becados 1. Se comprenderá fácilmente la simpática acogida que la institución había tenido en su gestación y en los primeros años de su desarrollo, tan lento como laborioso, hasta llegar á ser un colosal instituto en 1893.

Hoy la *Casa de Internos*, como lo representa el grabado, es un verdadero palacio que ocupa una manzana cuadrada. Hecha expresamente para un numeroso internado, cuenta con amplios salones, patios espléndidos y pequeños jardines en su frente y costados laterales. Su arquitectura, aunque sencilla y sin obedecer rigurosamente á ningún orden arquitectónico, ofrece una vista agradable, y el edificio está hecho con todo esmero y de los mejores materiales, consultándose á un tiempo las condiciones necesarias de solidez é higiene que deben primar en obras de esta naturaleza y á tal objeto destinadas.

La Fraternidad, en perpetuo maridaje con el *Colegio Nacional*, es su compañera en el desarrollo intelectual de la juventud, prestándose mutua protección y ayuda: ella no viviría sin su existencia; él llevaría una vida anémica sin el concurso de su compañera.

La Fraternidad contribuyó desde su fundación con un 38 % de población escolar en el Colegio Nacional; pero si tomamos las sumas por agrupaciones de años, determinantes de su progreso gradual, tenemos que desde la creación del internado contribuyó con un 49 % alumnos al Colegio; en los últimos cinco años, con un 55 % y en el año 93 con un 61 %.

Como se ve, el progreso es inmenso.

Aquí merece recordarse la serie de los presidentes que tuvieron la honra de presidir los destinos de esta humanitaria y filantrópica institución.

Años	Comité	Nombres
[illegible]	1°	Sr. José B. Zubiaur.
[illegible]	2°	» José B. Zubiaur.
[illegible]	3°	» F. Barroetaveña.
[illegible]	4°	» F. Barroetaveña.
[illegible]	5°	» A. Parodi.
[illegible]	6°	» J. B. Zubiaur.
[illegible]	7°	» M. F. Leguizamón.
[illegible]	8°	» Amadeo J. Taibor.
[illegible]	9°	» E. Baeyra.
[illegible]	10°	» Aldolo Parodi.
[illegible]	11°	» Ramón Costa.
[illegible]		» Carlos de Elía.
[illegible]	12°	» Ramón Parodi.
[illegible]		» C. D. Urquiza.
[illegible]	13°	» C. D. Urquiza.
[illegible]	14°	» A. J. Taibor.
[illegible]	15°	» Alberto Ugarteche.
[illegible]	16°	» A. Ugarteche.
[illegible]	17°	» Máximo Alvarez.
[illegible]	18°	» A. Ugarteche.
[illegible]		» A. Ugarteche.
[illegible]	19°	» Francisco Quesada.
[illegible]	20°	» Darío del Castillo.
[illegible]	21°	» O. Mabragaña.
[illegible]	22°	» O. Mabragaña.
[illegible]	23°	» Luciano Quesada.

Esos comités, aparte del Reglamento de la Sociedad sancionado en 1877, promulgaron la reforma de 1878. Reglamentaron la Casa de Internos el 20 de Enero de 1892; dictaron las bases de la *Escuela Preparatoria* el 1° de Mayo del mismo año; confeccionaron y sancionaron el *Reglamento especial* de la Casa de Internos el 9 de Febrero de 1893, y en Diciembre último el de la Ropería y las modificaciones referentes al ingreso de los pensionistas.

JORGE CLARK

Mister Clark, el padre de los alumnos que se educaron en el histórico Colegio Nacional desde 1854 hasta 1867; D. Jorge Clark, como le llamara la culta sociedad del Uruguay, nació con los albores del siglo diez y nueve en la populosa Albión, y como tantos otros extranjeros distinguidos, se trasladó á las playas americanas, ya madura su inteligencia y con un valioso caudal de ideas útiles y no menor bagaje de conocimientos científicos.

Nombrado Rector del Colegio, en propiedad en 1854, el afamado educacionista Dr. Alberto Larroque, trajo á su lado en el mismo año al Sr. Clark, confiándole la clase de Comercio con la contabilidad general del establecimiento y la vigilancia interna del mismo.

Espíritu esencialmente activo, nuestro biografiado, á la vez que llenaba las múltiples tareas que estaban á su cargo, daba clases gratuitas de inglés á varios alumnos, y entre éstos al doctor Eduardo Wilde, por quien tenía predilección marcada; y era el depositario de los fondos de todos los jóvenes internos.

El afecto entrañable que Clark profesaba á los alumnos, recibía la mejor reciprocidad de parte de éstos; y el día del cumpleaños del querido profesor, el 30 de Agosto, la banda de música del Colegio, acompañada de todos los internos, lo saludaba con una entusiasta manifestación que terminaba con los amistosos consejos del maestro padre, saturados con el sentimiento de la gratitud más profunda y muchas veces con lágrimas de paternal y de filial cariño.

Los educandos de aquel tiempo tienen presente un hecho que demuestra cuánto era el afecto que el inolvidable maestro les profesaba.

En el día de uno de sus cumple-años, el Colegio había recibido una de esas penitencias comunes en los fastos estudiantiles: se trataba de quedar todos sin salida, una fiesta, ¡un treinta de Agosto nada menos!

Los penitenciados pidieron la conmutación de la pena al Rector, y éste se mostró inexorable.

¿Qué hacer entonces?

Allí estaba mister Clark, el padre de los niños, y al padre recurrieron los hijos diligentes.

Clark se negó al principio; pero impetrado nuevamente, hizo suya la causa de los penitenciados, y declaró al Dr. Larroque que si la pena no se conmutaba, se arrojaría del mirador del establecimiento, frase favorita del excelente inglés. El Dr. Larroque cedió entonces, y los alumnos salieron en corporación, en medio de vítores y de entusiastas aplausos.

Muchos de los recursos de que disponía el viejo profesor, eran repartidos entre sus *queridos hijitos*, nombre que daba á los alumnos, llegando el caso frecuente de verse obligado á pedir dinero en préstamo á su íntimo amigo el Sr Augusto Wessel para llenar esas liberalidades que en su alma generosa eran consideradas como un deber.

Los ex-alumnos recuerdan la figura simpática de nuestro biografiado, perfecto tipo del gentleman inglés, que á pesar de su carácter de suyo grave, tenía á cada instante una frase de afecto para todos y para cada uno de los internos.

Consecuencia de ese mismo cariño, era sin duda alguna la crítica que hacía á los jóvenes llegados de las provincias mediterráneas, imitándoles con sorna el tonillo poco musical que traían, y del que le quedó esa misma tonadilla que formaba contraste en él, sobre todo cuando se expresaba en su patrio idioma.

Clark era en el Colegio el brazo derecho del Dr. Larroque, era el guardián celoso de la justa fama y de la prosperidad del establecimiento; y es así como con toda justicia ha podido decir uno de los distinguidos ex alumnos de esta casa educativa:

«Nunca he concebido una estatua para el Dr. Larroque, sin su gemela la de mister Clark, allí en el centro del gran patio del Colegio. Sería también la voluntad de los muertos, entre quienes nunca desmentida existió la estimación más profunda y el más sincero y respetuoso afecto.»

Después de trece años de asidua y fructífera labor; después de trece años de servicios valiosos á la noble causa de la educación argentina, de la que es precioso galardón el histórico Colegio Nacional del Uruguay, las brumas del suicida envolvieron, el 30 de Agosto de 1867, la existencia sin tacha del querido profesor de contabilidad; y los alumnos todos y toda la sociedad de la entonces capital de Entre Ríos, cubrieron de coronas la lápida de la tumba que se abría para guardar el cuerpo inanimado del que en vida fué un modelo de acrisolada honradez.

Entre las plegarias de la niñez y el llanto de la juventud y de sus innumerables admiradores, ascendió á la eterna morada el espíritu libre de las ligaduras terrenas, dejando un vacío difícil de llenar en el Colegio, y la obligación imperiosa á las pasadas y presentes generaciones que en éste se educaron y se educan, de perpetuar con el bronce ó con el mármol un recuerdo que el tiempo no ha borrado en los corazones.

Esa obligación va á ser cumplidamente llenada por la actual Dirección del Colegio, y el monumento va á levantarse en el gran patio del establecimiento con el concurso eficiente de todos los que hacen de la gratitud un culto y uno de los más justos de los deberes.

RECUERDOS

Como viajero que vuelve á lugares consagrados por la religión de los recuerdos, al llegar ha pocos días á la Concepción del Uruguay, quise darme el placer de visitar su histórico Colegio, en cuyas luminosas aulas templé mi espíritu para las luchas de la vida, en unión de numerosos jóvenes que de todos los ámbitos de la República convergían á aquel centro, para desarrollar sus energías intelectuales.

Penetré al antiguo edificio sumergido en el arrobo de inefables memorias, y con los ojos del corazón vueltos á aquellos plácidos tiempos de nunca olvidadas alegrías.

Por un momento llegué á creerme dominado de extraña alucinación, y á semejanza del monje de la leyenda que pasó dos siglos oyendo embebecido el canto del ave del Paraíso, me figuraba oir, en el amplio patio en que me encontraba, poblado á la sazón de alumnos que se divertían durante las horas de descanso, el regocijado clamoreo de mis viejos condiscípulos.

Parecíame que aquel delicioso espectáculo que presenciaba, era el mismo espectáculo que yo había visto en otros venturosos días; que aquellos niños que correteaban alborozados, eran los mismos compañeros de mis tiempos de colegio.

Así, á medida que adelantaba mi paso, recorriendo los conocidos lugares de mis años juveniles, perdía el sentimiento de la realidad y mi espíritu se aposentaba en el mundo de las quimeras, en la región de las visiones, en la esfera de los ensueños.

Palpitante de emoción creía escuchar, no la armonía de las celestes esferas que Pitágoras decía oir, sino algo como las blandas vibraciones de una música regalada y lejana; algo como un batir de alas, quizá de los misteriosos gnomos del aire que guardan en aquel recinto, como rico tesoro, los encantadores ecos de un pasado inolvidable.

Parecíame ver surgir, como evocada por un conjuro, esa fulgurosa constelación de aprovechadísimos jóvenes, selección de lo selecto, que resumían y representaban la entidad científica del Colegio, llegando á ser más tarde gala y ornamento de la República.

Parecíame que vagaban por aquellos extendidos corredores, como las sombras poéticas del antiguo Elíseo, Fermín del Río, brillante esperanza segada en flor; Federico Ibarguren, carácter austero é inteligencia madura que no tuvo infancia; Onésimo Leguizamón, personalidad saliente de extensa ilustración y de gallardas dotes oratorias; Matías Behetti y Aurelio Herrera, ejemplares inconfundibles de la raza de Edgard Poe; Eusebio Gómez, habilísimo periodista nutrido de conocimientos sólidos; Juan Mantero, talento descollante y de primer orden, pero también organización *incansable para el descanso*; Clodomiro Cordero, corazón noble lleno de levantados sentimientos; Vicente Martínez, sacerdote de ardiente vocación, alma devorada por la fiebre de lo infinito; Eduardo B. Legarreta, espíritu caballeresco con la firmeza épica de la altivez romana; Olegario V. Andrade, hijo predilecto de las musas, águila caudal que ensayaba su vuelo dentro de los muros del Colegio, extrayendo de la alquitara maravillosa de su genio, riquísimas esencias poéticas, que tomaban la forma de endechas petrarquistas y de cantos heroicos.

Pareciame, además, ver aquí, emparejando sus disgustos con sus satisfacciones, aquellos grupos de chicuelos traviesos y alborotadores, pero de índole mansísima, y en los que campeaban *No me chache*, *Tranquera*, *La mecha* y el *Zorro guasquelas*, cuyo cuerpo avellanado y menudo parecía *formado de raíces*, como el de San Pedro Alcántara.

Pareciame ver más allá aquellos entretenidos juegos de *marías*, en los que *chicos y grandes* tomábamos parte, sobresaliendo Taylor y Chorroarín por sus jarretes de cotro; aquellas partidas de pelota en las que no siempre resultaban triunfantes los *mayores*, llamados así por su madurez relativa; aquellas travesuras y marañas urdidas por tracistas de la piel del diablo, por muchachos vivos como pólvora, movedizos como rabo de lagartija, cuyas ocurrencias daban ocasión á sabrosos entretenimientos y á escenas regocijadas; aquellas famosas *mateadas* á hurtadillas, donde se fumaba en grande y se hacía derroche de espiritual agudeza; aquellas hazañas de escalar la despensa de las provisiones y de tomarle astutamente *el lado* al bueno de don Felipe Argento, para atraparle una torta ó una rosca, llegando á ser estos éxitos el ápice de la felicidad; aquellos madrugones de invierno en que más de uno andaba arrecido de frío y con *goteros nasales*, convertidos en verdaderas estalactitas; aquellas comidas y cenas superiores sin duda en abundancia y calidad á las del licenciado Cabra; pero cuyos *tasajos y zoquetes* con intersecciones tendinosas, había que trasformar en sinapismo, á fuerza de mostaza y de encurtidos, para poderlas pasar.........

Todo, todo, en fin, cuanto conservo de mis reminiscencias de estudiante, se me representaba á lo vivo en mi visita al Colegio, durante la cual, debo confesarlo, experimentaba mi alma la tónica virtud de la calma y del contento, eco dulce porque borra del corazón el dejo de desabridas y acedas impresiones.

Y al verme allí, olvidado de las aciagas realidades de la vida, en medio de tantas y tan cariñosas remembranzas, respirando el aire que vibró bajo la elocuente palabra de Larroque, eximio educador de dos generaciones; al verme allí, digo, en el espacio que circundan aquellos muros y pisando la misma tierra que pisó mi planta de niño, no podía menos de exclamar con Juan Clemente Zenea:

[illegible]

Pero no; hay que resignarse á las mudanzas de los tiempos y de la naturaleza, reconociendo, sin embargo, cuánta melancólica verdad encierran aquellos tiernos versos de Manrique:

¡Cualquiera tiempo pasado fué mejor!

FLORIANO ZAPATA.

[illegible]

EL COLEGIO HISTORICO

(SILUETA)

I

Por una asociación de ideas, cimentadas en la común fama, como centros históricos, en la propaganda de una idea, siempre que pienso en ese Colegio que fué mi cuna intelectual, me acuerdo espontáneamente de la Escuela de Alejandría, situada como por designio providencial, y para la mejor difusión de su luz, en el punto de junción y carretera comercial de tres mundos antiguos; de la escuela de donde salieron Plotino y Jamblico mandada cerrar por el déspota Justiniano, por la oposición que hacía al fanatismo católico de la Edad Media.

Me acuerdo asimismo de la gran biblioteca, que los frailes quemaron, y que inculparon torpemente á los hombres que hicieron el Corán y la Alhambra, y como si el criterio histórico verdadero no hubiera de ser suficiente, por sí solo, para descubrir la impostura.

Me acuerdo y con razón de aquel foco de propaganda, destruído por la mísera orden de un tirano vulgar, é incendiado en su archivo, por manos fanáticas; pues si aquella escuela resumió y divulgó las ideas filosóficas del mundo antiguo, anteriores á Cristo, éste sostuvo y propagó en un mundo nuevo las ideas políticas de la filosofía moderna, no menos importantes, sino más, que aquéllas, en una región no menos vasta, ni rica, ni menos extensa, ni de menor porvenir. Difieren, no obstante y diametralmente, en la suerte que les cupo. Nuestros profesores se suceden en éste, completando su obra día á día; mientras que los ilustres académicos de aquélla, fueron dispersados antes del cumplimiento de su misión, sin haber sido jamás repuestos, no sin habernos legado muchos de los tesoros de la famosa biblioteca de 40.000 volúmenes, que sin ellos se habrían perdido, como se habría perdido necesariamente y para siempre, muchas conquistas de la inteligencia allí depositadas. El nuestro en tanto, continúa luchando para desvanecer por do quiera las sombras de la ignorancia: por la patria, por la civilización.

Acuartelado en un rincón de América, lanzando á todos los vientos legiones de apóstoles, que desde el hogar á la calle, á la plaza pública y hasta á la remota y miserable cabaña del gaucho, de palabra ó por escrito, han de llevar siempre y han llevado ya, la palabra redentora del siglo del trabajo y del progreso; del siglo del vapor y de la química; de la democracia y del saber, del siglo XIX.

Apóstoles que hasta en lo futuro trabajarán incansables para extirpar de la faz de la tierra, hasta la memoria del anatema bíblico, que como una nube de vergüenza, cubre el rostro todavía, de la malhadada prole de Adán: «solo serás un vil esclavo de tu semejante, de tu ignorancia y de tus errores. El hombre mismo será tu más fatal enemigo, y todo tu esfuerzo y anhelo lo gastarás en vano para librarte de su sangrienta garra.»

II

La historia del Colegio del Uruguay en un sentido más estricto y particular, es la historia de los hombres del Uruguay. Son dos entidades que se complementan recíprocamente; y la historia de Entre Ríos, y la gran parte de la de la República, es la de esas dos entidades. Suprímase una y otra, y Entre Ríos no tendrá historia propiamente dicha.

La historia de Entre Ríos, es la historia de ese puñado de 5.000 habitantes, perdido entre los bosques floridos, y entre las islas de uno de los mayores y más hermosos ríos de América; de la émula y rival, de la opulenta metrópoli de la independencia en la organización interior de la República. La cuna del caudillaje inteligente, que empieza con Ramírez y termina con Jordán; y con Píriz, cuando muere como un león en Paysandú, luchando por una causa que cree justa, y renovando las hazañas de Viriato, de Héctor y de Aquiles.

Rival de la ciudad que tuvo la más grande parte en la independencia argentina y americana, aunque Corrientes le enviara á San Martín, y Córdoba á Paz. Y digo de la América entera, aunque todavía no haya querido averiguar si los triunfos de Bolívar se deben á sus colombianos ó á la introducción en sus filas, y hasta qué punto, de nuestra sangre, de nuestros jefes y soldados—del ejército veterano que le diera, y victorioso, San Martín en el Perú, y que lo acompañó hasta Ayacucho.

Buenos Aires tiene la gloria de haber sido la iniciadora y factor principal en la emancipación; gloria ésta, que solo para custodiar y honrar dignamente los anales en que se encierra, ni hoy ni jamás será lo suficientemente populosa; y es muy chico el título de opulenta, conque se la moteja actualmente.

Pero cometió el error de creer, que así como había sido la primera en la independencia, debía serlo también en nuestra organización interna. Y lo hubiera sido, y le pertenecía la primacía, si hubiera acertado á despojarse de la idea política de centralización, que á ese efecto eligió desde el primer momento.

¡Errores de todos los tiempos y de todos los pueblos! Leyes históricas y naturales, que no nos permiten llegar á la realización de un ideal, en un solo día, y en un ensayo y esfuerzo.

Ni hoy mismo lo conseguiría en un lustro, con la nueva idea política, aunque pudiera atraer toda la inmigración necesaria, la industria y capitales europeos desocupados, y sembrara la República de colonias, escuelas, colegios y talleres.

Volvamos al asunto. Apenas se planteó el problema disintió con el pensar de la metrópoli. La idea de centralización, además de sus peligros, y numerosos inconvenientes, llevaba en sí la idea de desigualdad y de dominio, debido en especial, á la diferente densidad de la población en las diversas provincias.

Mientras que la idea federativa no era, por el contrario, y sin tener en cuenta sus demás é incalculables ventajas y su ningún inconveniente, más que una forma de la igualdad, de la justicia, y por consecuencia, de la libertad.

Y esta idea la tomamos en su verdadera acepción política y administrativa: de localidad y de nacionalidad, como la planteó el pueblo norteamericano, y la entendieron los mismos caudillos, al rechazar de plano todas las constituciones unitarias, y aceptar sin observación, la de confederación del 53. Luego, entre nosotros, no fué ésta, obra de la casualidad ni de transacciones, entre el federalismo y el unitarismo puros, sino que así se había entendido desde el primer instante, como lo comprueban infinidad de testimonios. El sentimiento de nacionalidad era fuerte desde su origen, y también el de igualdad política, y no fué el fruto casual de la lucha.

Eran también estas ideas, la consecuencia lógica y el fruto de las ideas mismas de la revolución de Mayo y que ella misma había propagado en toda la América. No faltaba más que interpretarlas y aplicarlas al régimen doméstico; y aunque no hubiera sido más que por el prurito de amor propio, los hombres de Chacabuco y de Maypú, y sus descendientes, debieron tratarse mutuamente como iguales, después de la victoria, como absolutamente iguales, ó hundirse en la anarquía, como se hundieron, en caso contrario.

Al verlos lanzarse á una guerra bárbara y fratricida, parece uno ver que aquellos hombres conceptuaron más humillante, el ser subordinados de un igual, compañero de sacrificio y de causa, que del mismo extranjero, que al fin no tendría más deberes que los de humanidad; si no viéramos obrar, á la confianza en la entereza de su causa, en los unos, y á la buena fe y patriotismo de los otros, que luchaban por un principio erróneo, al que creyeron el único capaz de conservar la integridad de lo que á tanta costa y para tanta gloria se había obtenido.

III

Vamos á nuestro colegio: Ramírez que levantó la bandera federal, como el lema entrevisto del gobierno del porvenir, fué el precursor de Urquiza, y ambos también del Colegio, porque esa idea, necesitaba la sanción y el bautismo de la ciencia, que le diera grande y numeroso séquito, y carta de personalidad distinguida.

Urquiza pues, le dió esa Academia. Entonces lo era realmente, y á la par de las mejores del mundo. La lista de los sabios que allí predicaron, lo comprueban; y también la Escuela de Jurisprudencia, clausurada el 87 en esta ciudad, donde se la trasladó con la capital, segregándola de ese Colegio, y en la cual el infrascrito fué su último alumno y asistió á su exhumación y funerales.

Así, pues, cuando aquel pensamiento político, aún rústico, se vió autorizado por una cátedra, se quitó el chiripá, se puso toga, borla y guante blanco, se hizo patrocinar por abogado de talla, y en su cortejo formaron también poetas célebres que debían cantar sus victorias; y con una juventud briosa y armada, desafió á la República entera, y la embistió luego. A la misma República Oriental volvió á poner en jaque, y aun se dice que tenía anotado en su libreta de guerra, y para cuando concluyera en casa, el derrocamiento de un Imperio negrero, y la integración al Vireynato, de las provincias segregadas de él.

Ensueños! Ni una ni otra cosa había de ser enteramente. En el reto y en la pelea, consiguió la constitución del 53, hermosa profesión de fe, que honra al pueblo que la hizo, pero que desgraciadamente no ha podido imponerse, degenerando en una mera proclamación de principios, que muy pocas veces se han observado en la práctica.

Y se explica: los campamentos habían de corromper necesariamente á sus actores, y la fuerza moral é inicial de la idea propagada por la guerra, debía convertirse como se convirtió, en violencia é imposición.

Algunos han acusado de prematura, la contienda promovida por los caudillos, cuando aun teníamos nuestras fronteras patrias amenazadas por el enemigo común, y por lo tanto, de torpe y antipatriótica.

Suponiendo que así fuera, la responsabilidad del delito, cabe tanto al agresor como al agredido, al asaltante como al que lo rechaza.

El éxito obtenido sobre el extranjero, en ese interregno, prueba que el peligro no era real, y que los caudillos al resistir armados la idea unitaria, no era por falta de civismo, sino porque aquel peligro lo consideraban muy pequeño, para resistir en cualquier tiempo, y en caso necesario y último, á la patria unida. ¿Acaso no veían eso mismo los asaltantes? ¿Se negaban ó se negaron alguna vez las provincias (si exceptuamos al Paraguay) á prestar siempre y cuando se les pidió con verdad, los contingentes que se necesitaban?

¿Cuántos millares de gauchos provincianos, jefes y soldados, no peleaban simultáneamente en estas luchas civiles, en los más remotos confines de América, por hacerla libre?

Esto solo, prueba, que el instinto del gaucho sabía que el enemigo no era tan fiero, y que tal especie era demasiado abultada para darle crédito.

Pero este no es nuestro tema, prosigamos.

IV

Hay en los anales de ese Colegio, dos periodos, que aunque idénticos por lo que respecta á la tradición política, difieren no obstante en otros órdenes.

La primera época se extiende hasta el año setenta; la segunda, del setenta en adelante. En cada una de ella se refleja más ó menos la acción de los tiempos y las ideas de sus hombres principales.

En la primera, la guerra y la diplomacia juegan casi todo el rol. El éxito de la causa, llevada á la categoría de un dogma ó axioma, lo subordina todo, y no hay que fijarse en la elección de los medios: fé ciega é intolerancia respecto de política. El que no es creyente es hereje, y por lo tanto, enemigo. La ortodoxia de su gran fundador Larroque, no tuvo poca parte en esto, y se infiltró en los actos públicos de sus hombres.

La segunda época, es la posterior á Larroque. Aquí ya no hay jesuitas ilustres por su firmeza y por su saber—y entre la larga lista de los profesores distinguidos que la caracterizan, podríamos citar principalmente á Peyret.

La Etica de Balmes que dominaba con Erausquin es suplantada por la de Damirón y Julio Simón, y la teología y el silogismo escolástico, por la sátira volteriana y la lógica del álgebra.

El racionalismo domina la cátedra, de donde ha salido tanta juventud descollante.

La tradición política es revisada y analizada de nuevo, y se la encuentra buena, pero se la viste con su propia ropa, con la única que le sienta, la propaganda por la palabra y por la prensa, las armas solo para el último extremo. El fin no justifica los medios. La moral prima sobre la política: es como su axioma ó primer principio, y sus leyes deben gobernar los actos públicos de los hombres y de los pueblos, con mayor vigor que las leyes de la Física, gobiernan la tierra y el cosmos.

No mas escolástica—no se acepta lo que no se ve, se siente ó se prueba.

La verdad en todo y ante todo.

En política, el caudillo no es más que un soldado distinguido por sus servicios; un obrero aventajado á quien se retribuye arreglado á lo que produce; desaparece su antigua personalidad y aparece en su lugar la personalidad de la doctrina, principio ó idea: la idea política pierde su rusticidad y se hace filosófica.

Esto mismo está pasando en el resto del país, á excepción de los institutos clericales, en que todo se acepta como verdad, menos la verdad misma.

En nuestro periodo siempre se dijo la verdad en voz alta y públicamente sin reticencias de ningún género, y las amonestaciones de algunos Presidentes y sus amenazas de expulsión y destitución, no pudieron contener en su camino, ni á profesores ni á alumnos.

Aquello era un mundo aparte y opuesto al que le rodeaba, cuando ya el federalismo había degenerado en anarquía, odio, venganza, imposición y despilfarro. Tal es el caso, para no citar otro ejemplo—de aquella manifestación política disuelta desde los balcones del Colegio.

V

Pero, prescindamos tratar de los sucesos del 80, consumados ó dirigidos por algunos exalumnos de ese Colegio, en momentos en que la Provincia del unitarismo, invocaba y defendía sus fueros más indiscutibles; prescindamos también de la corta del 53, y de la propaganda política y atendamos solamente á la divulgada, en las demás esferas de la actividad intelectual, por los innumerables bachilleres y hombres de ciencia, que hasta Bolivia, Chile y provincias más remotas, ha mandado ese Colegio.

¿A qué suma de capital intelectual y civilizador alcanza el que ha desparramado (léase derrochado, y con lujo oriental), con sus hombres, desde su fundación (1849) hasta el presente?

¡Seguid tu empresa civilizadora, difundiendo la verdad por el mundo, fiel igualmente á tu tradición política iniciada con el trapo levantado por Ramirez, allá en el fondo de la selva primitiva, como enseña de la división del trabajo y del poder, de la igualdad, de la justicia y de la libertad!

Con la enseña de la confederación, como la fórmula mas acabada y única de plantear la democracia; como el medio más eficaz de cercenar el poder, evitando la tiranía, y como el modo más evidente de robustecerlo al propio tiempo, y de una manera poderosa, al extremo de ser el único camino de conciliar la libertad, con la existencia y prosperidad de las grandes nacionalidades.

Con la idea que empieza por proclamar: la autonomía individual (inmunidades, garantías: el hombre, objeto y sujeto del derecho); la del departamento ó ciudad (Municipio: primera reunión de hombres); la de los estados, ó primera reunión de Municipios (Provincia); la de la Nación (Soberanía: reunión de estados); para concluir en lo porvenir con la confederación de las Naciones: República Universal ¡Fraternidad, Justicia, Dios!

¡Proseguid tu camino civilizador, fábrica ilustre de bachilleres, por el camino de tu segunda edad y con tu primera tradición, y no temas porque la razón no miente ni extravia jamás!

Anteriormente fuiste grande, es cierto, pero como al diamante en bruto, te faltaba la talla y pulimento, para ser perfecto.

Pedro L. Ramos.

Paraná, Mayo de 1894.

OLEGARIO V. ANDRADE

Olegario Victor Andrade nació en el año 1841, en la Concepción del Uruguay, en cuya iglesia parroquial se conserva su partida de bautismo, según uno de sus biógrafos, y en la ciudad de Gualeguaychú, según otros; pero en uno ú otro caso no es menos cierto que la cuna del eximio cantor de la Atlántida se meció en la provincia de Entre Rios, y no en la República Oriental del Uruguay ni en el entonces Imperio del Brasil como algunos lo han asegurado.

Deseando el General Urquiza, fundador del Colegio histórico, ver representadas en dicho establecimiento á todas las ciudades de la provincia con niños que debieran su educación á la ayuda oficial, así lo dispuso; y en su consecuencia, Andrade, niño de trece años, vino asociado á otro compañero como enviado por el Departamento de Gualeguaychú, captándose al corto tiempo el afecto de sus profesores y mereciendo el cariño del General Urquiza que lo tomó bajo su decidida protección.



OLEGARIO V. ANDRADE

Aquella cara de esfinje, incolora, irregular, sin expresión ni movilidad, como la llama Mérou, era el semblante de un poeta en la acepción más alta del vocablo; aquel cuerpo poco elegante, casi encorvado como el de Leopardi, encerraba un alma llena de candor, abierta á todas las expansiones generosas, y de una exquisita sensibilidad; y aquella frente poseía una ardiente imaginación y un cerebro privilegiado que guardaba los gérmenes fecundos del estilista notable y del gran cantor americano.

Sus primeras poesías son de naturaleza subjetiva. El joven poeta ensayaba sus alas de futuro cóndor del Parnaso, arrancando al son de la cítara moduladora de la elegía, las lágrimas arrancadas por la temprana muerte de su condiscípulo y amigo Benito Marichal, ó por el fin inesperado del virtuoso sacerdote don Gregorio M. Céspedes.

El sentimiento de la gratitud hallaba también particular cabida en el pecho de Andrade,— y sus poesías el «9 de Agosto», «Mi Patria» y otras demuestran que el nombre de su benefactor el vencedor de Caseros, brotaba con frecuencia de sus labios con la unción del respeto y del agradecimiento.

Pero el niño se hizo hombre, y al serlo empezó para él esa lucha diaria y encarnizada de la existencia. Casado ya y con vástagos á los cuales tenía que mantener, la pobreza, rayana en la miseria, golpeó más de una ocasión las puertas de su hogar excesivamente modesto.

Ansioso de horizontes más vastos que los que le presentaba su provincia natal, fué á buscarlos á Buenos Aires, sin éxito inmediato, no obstante que enriqueciera con ese motivo sus cortas amistades con la muy distinguida de uno de sus futuros biógrafos, el doctor Mariano A. Pelliza, y con la de uno de sus protectores, el doctor Nicolás Avellaneda.

Volvió Andrade á Entre Rios, y después de nuevas vicisitudes pudo, merced á los sucesos políticos desarrollados entonces, ocupar una desahogada posición. Infelizmente, nuevos sucesos le privaron de ella, y la lucha por la vida se presentó al carácter brioso del poeta con más exigencias que antes.

Entre tanto, su lira resonaba, unas veces con largos y otras con cortos intervalos, siendo recibidas sus poesías con eco simpático en la orgullosa y activa metrópoli, ó produciendo en algunos casos la crítica estrecha de estrechos discípulos de Hermosilla.

Mejorada su situación pecuniaria en el desem-

peño de empleos públicos que le fueron confiados más tarde, Andrade trasladóse de nuevo á Buenos Aires, y allí, á la vez que ocupaba una banca en el Parlamento Nacional como representante de Entre Ríos, colocaba su nombre á la mayor altura como periodista de estilo y de originalidad.

Esa época de su existencia fué, sin duda alguna, la más feliz y la más fructífera para la literatura nacional.

Entonces fué cuando de su cítara encordada con bordonas de oro y de acero, brotaron los más excelsos cantos, *los versos tallados en el molde del Amazonas y del Plata*, y fué entonces también que colocó sobre su frente pensativa la más alta corona que se adjudicó en 1881 en los juegos florales celebrados en la gran Capital.

«El Nido de Cóndores», «El Arpa Perdida», «San Martín», «Prometeo» y «Atlántida» forman, entre otras, la corona inmarcesible del gran poeta. Todas esas composiciones han sido juzgadas ya por maestros del arte sublime, como Guido Spano y García Mérou, y por escritores como Estrada, Goyena, Larrain, Matienzo y Argerich, mereciendo siempre favorables conceptos.

El gran poeta sud-americano falleció el 30 de Octubre de 1882 víctima de una penosa enfermedad; y la muerte que lo sorprendió en la radiosa plenitud de su talento, según la frase de uno de sus biógrafos, privó al Parnaso de América de nuevas é inapreciables joyas artísticas.

Las poesías de nuestro biografiado fueron publicadas en un hermoso volumen en Octubre de 1887 por el doctor Benjamín Basualdo en cumplimiento de una ley nacional que dispuso dicha publicación. De las mismas obras se ha editado además otro volumen en Santiago de Chile con una extensa noticia biográfica y crítica escrita por el doctor Jacob Larrain.

El Colegio histórico que albergó en su seno al hijo predilecto de las musas lo recuerda siempre en sus fiestas literarias, y los versos del gran poeta, confiados á hábiles intérpretes, arrancan el aplauso entusiasta que inspira la más profunda y sincera gratitud.

MANUEL N. UGARTECHE.

ONÉSIMO LEGUIZAMÓN

El doctor Onésimo Leguizamón, una de las inteligencias más vigorosas que ha producido nuestro histórico Colegio, nació en el departamento de Gualeguay, provincia de Entre Ríos, el 15 de Febrero de 1839.



Doctor ONESIMO LEGUIZAMON

Desde muy niño manifestó un ardiente deseo de educarse, por lo cual el general Urquiza, que ha sido el protector de una generación cuyos luminosos destellos se han extendido por todo el territorio de la patria y que cuenta sus años por los servicios prestados á ésta, le trajo al Colegio del Uruguay.

Su paso por las bancas de este establecimiento dejó gratísima impresión en sus maestros, que vieron ya en él un talento poderoso, un pensador profundo y un escritor elegante y preciso, y en sus compañeros, que distinguían en Leguizamón un carácter severo, una voluntad inquebrantable y un espíritu que necesitaba de la labor activa, para la cual parecía formado.

Conocidas estas cualidades por el general Urquiza, le agregó, muy joven aún, y antes de terminar sus estudios de jurisprudencia, á la misión diplomática confiada al doctor Campillo ante el Vaticano.

De regreso desempeñó varios puestos en la administración provincial, entre otros, el de Secretario del Consejo de Instrucción Pública y el de Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno, de cuya cartera fué encargado interinamente algún tiempo por ausencia del titular. Para completar sus estudios hechos en la clase de jurisprudencia de nuestro Colegio, se trasladó á Buenos Aires en 1862, y la Universidad de esa capital le confiere el título de doctor en el mismo año. Su tésis sobre *Derecho de sucesión de los hijos naturales reconocidos*, aunque es un trabajo breve, revela los conocimientos amplios del autor en la ciencia del derecho.

Desde esa fecha hasta 1868, en que fué elegido diputado á la Legislatura de la provincia, ejerció la abogacía en esta ciudad, ocupando también cargos honrosos en la administración judicial.

En 1869, dictó las clases de filosofía y literatura en el mismo establecimiento, donde pocos años antes había sido alumno aventajado. Los sucesos del año 70, por una parte, y más que todo la necesidad que sentía su espíritu de actuar en un centro más en relación con su actividad y con su fuerza intelectual, le decidió á abandonar su provincia natal para fijar su residencia en Buenos Aires.

Allí ingresó al periodismo, y sus escritos en *La Prensa*, de la que fué redactor en jefe, constituyeron una verdadera revelación y abrieron los rumbos de su carrera nacional.

En 1872 obtuvo la cátedra de Derecho Internacional de la Universidad.

En ese mismo año, que fué para él uno de los de más labor, el pueblo de Entre Ríos lo eligió su representante al Congreso Nacional, y escribía en unión del doctor José O. Machado, un volumen intitulado *Instituta del Código Civil Argentino*, obra de mucho valor para los estudiantes y en donde se hallan resumidos los principios generales y las explicaciones doctrinarias de la larga y difícil materia del derecho civil.

Proclamado el nombre del doctor Avellaneda para presidente de la República, se alistó en el número de sus partidarios, trabajando por su triunfo con incansable actividad.

Victoriosa esa candidatura y ocupada la presidencia por el doctor Avellaneda en 1874, éste llamó en seguida al doctor Leguizamón para compartir con él las tareas del gobierno, confiándole la cartera de Justicia, Culto é Instrucción Pública.

Su paso por ese Ministerio constituye uno de los períodos de mayor adelanto educacional y su obra puede condensarse en los siguientes hechos: Adopción de un plan general para la educación común, señalando como bases esenciales del mismo, la instrucción obligatoria, el fondo escolar independiente y la secularización de la enseñanza.—Reorganización y creación de varias escuelas normales.—Reglamentación de las escuelas agronómicas.—Organización del Registro Oficial desde 1810.—Impulso dado á la codificación nacional.—Sostenimiento del derecho de patronato como atributo del Estado.—Sus memorias que son «verdaderos libros de pedagogía fundamental» llamaron la atención del país y de todos los hombres consagrados á la educación popular, mereciendo justicieros elogios de distinguidos escritores europeos.

De allí ascendió á las regiones serenas en que se administró justicia, sentándose en su más alto tribunal, en el que permaneció desde 1877 hasta 1882, pero «cuya atmósfera apacible no pudo retenerlo mucho tiempo, pues su temperamento activo y su organización robusta, lo arrastraban á la lucha en las elevadas regiones de la política nacional».

La tribuna parlamentaria era, en efecto, su verdadera vocación, y fué allí donde dejó mejor diseñadas sus prendas intelectuales.

Abandona, pues, aquel alto destino para volver por voluntad del pueblo á representar á su provincia en la Cámara de Diputados de la Nación. En la fecunda labor legislativa de 1882 á 1886, corresponde un lugar distinguido al doctor Leguizamón, que incorporó sus vastos conocimientos y las luces de su saber á la legislación nacional.

Fué allí además el ardiente propagador de las ideas avanzadas y el temible campeón de la libertad de la conciencia.

Aún está latente el recuerdo de la encarnizada lucha sostenida en el Congreso, con motivo de la cuestión religiosa y en que el empuje de las ideas liberales obligó á sus opositores á defenderse desesperadamente.

El doctor Leguizamón, que por su ilustración, su talento y su elocuencia, era reconocido como el jefe del grupo liberal, fué el último en hablar; pero su discurso que debe contarse entre las piezas magistrales de la oratoria argentina «fué el golpe de gracia descargado por una mano de atleta sobre la frente oscura del clericalismo agonizante».

A diferencia del doctor Mantero, otro de los valiosos hijos de nuestro Colegio y de quien uno de sus compañeros dice que era «incansable en el descanso», el doctor Leguizamón había nacido para la vida del movimiento: la lucha, la agitación y el trabajo eran una necesidad de su organismo y una tendencia de su espíritu.

Fué por eso que á sus tareas de legislador, abogado y jefe de familia, agregó la pesada carga del periodismo, fundando y dirigiendo *La Razón*, desde cuyas columnas sirvió al partido en que se hallaba afiliado.

Sus conocimientos en materia educacional lo llevaron á la Presidencia del primer Congreso Pedagógico Sud-Americano, celebrado en Buenos Aires en 1882.

Era además, miembro honorario y corresponsal de importantes sociedades científicas y literarias de ambos mundos.

En Febrero de 1886 había sido reelecto diputado por nuestra provincia.

A pesar de su robustez aparente, tanta actividad destruyó tempranamente su físico y precipitó su muerte, falleciendo el 20 de Agosto de ese mismo año á los 47 de edad. Ocupaba, cuando ocurrió aquélla, el cargo de Vicepresidente 1º de la Cámara Nacional de Diputados y acababa de ser proclamado candidato á la gobernación de Entre Ríos.

Su tránsito por este mundo, aunque breve, ha sido suficiente para dejar huellas luminosas de su saber y de su talento allí donde el doctor Leguizamón se ha encontrado.

Su fecunda actividad intelectual se condensa de este modo:

Orador galano y correcto, cuya voz penetrante y sonora, fué escuchada siempre con cariño, especialmente en la tribuna parlamentaria, en que tuvo que luchar más de una vez con adversarios acostumbrados á las lides de la elocuencia y de la oratoria. Tuvo bajo este aspecto la suerte de ser aplaudido más de una ocasión por sus mismos enemigos políticos y de que nadie haya osado manchar su nombre con una sospecha ni enlodarlo con una indignidad.

Escritor fecundo, en cuyos trabajos se revela la profundidad de su espíritu y la fuerza de su inteligencia.

Periodista erudito, culto y elevado, de estilo sobrio y de hermosa frase, en la que se deja ver su temperamento fogoso.

Profesor elocuente, con vasta preparación y cuyas lecciones impresionaban á la juventud que le oyó derramar los raudales de su ciencia.

Magistrado recto y laborioso, cuyas opiniones en el alto tribunal de la nación fueron siempre respetadas, revelando gran competencia en materias constitucionales.

Abogado, cuya preparación jurídica nadie pone en duda y en cuyas producciones del foro hace revelación, en hermosas formas literarias, de sus conocimientos en derecho civil y penal.

Y, finalmente, ciudadano austero y cuyas virtudes públicas y privadas viven en el corazón de sus conciudadanos como enseñanza y ejemplo.

RECUERDOS

Me encuentro en el número de los más viejos ex-alumnos del Instituto histórico llamado Colegio Nacional del Uruguay, y puedo dar verdadero testimonio de las múltiples y variadas faces que se han operado en su seno, de sus prósperos y sus aciagos días; porque ese Colegio debido á la época en que tuvo su nacimiento (1849) y el estado intelectual y moral, casi podría decirse, embrionario, en que se encontraba el pueblo de la República, en general, se ha visto forzado á recorrer paso á paso y pacientemente, pero con inquebrantable fe, todas las dificultades insuperables á veces, las vicisitudes diversas que naturalmente hay que atravesar desde la adolescencia hasta la edad viril que por fin alcanzó.

El estudiante del Colegio del Uruguay, sin dejar de serlo en toda su amplitud, desempeñó los distintos papeles que las circunstancias del momento le imponían.

Fué portero, ecónomo, músico, poeta, soldado, trovador, hombre de estado, etc., etc., y todo lo ejecutó con singular destreza.

A falta de libros, folletos ú otra producción literaria, artística ó científica, ya que se trata de mantener vivos é indelebles por las ideas y los sentimientos los vínculos de confraternidad entre los alumnos de ayer con los de hoy y los del porvenir, me comprometo á enviar para el siguiente aniversario de ese Colegio, algunos recuerdos que aun conservo sobre los *paseos en comunidad*, los *juegos* y el *traje* del tiempo que se invoca en la circular, sobre los *bailes* al aire libre, *el batallón, la banda de música*, la *revolución* llevada á cabo contra el ex-Rector, Presbítero don Manuel Irausquín, cuyo puesto ocupó el doctor Larroque, que era la aspiración de los insurgentes, las *veladas*, los *apodos*, etc., etc., y otros rasgos característicos de aquella época.

El Colegio del Uruguay brindaba entonces franca y cordial acogida á todos los jóvenes que buscaban allí la nutrición espiritual. Los había de toda la República y de fuera de ella; y todos los porteños, santafecinos, salteños, etc., etc., lo mismo que los entrerrianos de cada departamento de la provincia ingresaban llevando cada grupo con más ó menos acentuación, la representación típica de su procedencia y origen; y todos también sin excepción, así que lograban desprenderse de eso que se podría llamar el pelo de la dehesa, si es permitida esta expresión, eran dominados por un espíritu común, una misma alma parecía animarlos, revelando iguales tendencias y anhelando propósitos idénticos. ¡Y cuánta tarea emprendida no siempre lograba hasta llegar á ese punto amalgamar, concentrar, encaminar toda esa suma de fuerzas contrarias hacia un objeto único! Para todas las inteligencias la investigación y el conocimiento de la verdad; para todas las facultades volitivas, el amor, el cumplimiento del deber; y para todos los sentimientos el placer de vivir en estrecha hermandad, dentro y fuera del Colegio.

El porteño, por ejemplo, era decidor, ligero, festivo y emprendedor, aunque no siempre la ejecución correspondiera al pensamiento. El salteño, serio, grave, reposado, enemigo convencido de toda anarquía, caballeresco y concentrado. El tucumano, inquieto, soñador, chispeante, expansivo, bullicioso é insaciable de impresiones fuertes, inteligencia clara, aunque un tanto apática, predominancia de la imaginación sobre el pensamiento, al contrario del anterior. El correntino bastante asimilable, en especial los fronterizos, pendencieros, intolerantes, bravíos, los de Concordia y Federación, se entendían en guaraní con los correntinos. El paranaense, culto, amanerado, alardeando cierta prosapia, místico como sus vecinos del otro lado del río. Los de Gualeguay, Tala y Nogoyá, algo selváticos como nacidos bajo la influencia de «Montiel» ásperos y modestos, tímidos al parecer, pero una vez adoptada una resolución, la llevaban á sus últimas consecuencias; igualitarios y demócratas hasta el exceso, no aceptaban nada superior, ni en lo físico, ni en lo moral. El cordobés estirado, ampuloso, docto, etc., etc.

Pero veo, que sin pensarlo, me extiendo y molesto demasiado.

Perdóneseme, aun cuando más no sea que en gracia de los inolvidables y tiernos recuerdos que despierta en mi espíritu el solo nombre del Colegio del Uruguay.....

PRÁJEDES E. MIGUEZ,
(Abogado.)

BARTRINIANAS

JUSTICIA

Sócrates bebió cicuta
Por pensar bien; Jesucristo
Bebió la hiel con vinagre
Y murió por su altruismo.
Y Alejandro, que á millones
Mató por reinar él sólo,
En festines opulentos
Bebió Chipre en copas de oro....

DERECHO

«*Si vis pacem para bellum*,»
Ultima ley del derecho,
Non plus ultra de la ciencia,
El *extractum* del Progreso....

RAZÓN

Primero triunfan las picas,
Después triunfan las espadas
Y después los remingtones.
Resumen: á altos destinos
Se dirigen las Naciones.

MÉRITO

«*Natura non facit saltus*»
Ley tan bien interpretada
Que hoy alcanzan á las cumbres
Sólo aquellos que se arrastran.

A. BARCUGLIA,
(Ingeniero.)

Gualeguaychú, 1894.

EL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

1849 – 1894

Nuestra patria, como casi todas las naciones del mundo, ha tenido en los primeros tiempos de su existencia un largo período de opresión y tiranía.

Rosas, cual genio del mal, abusando del poder que en un momento de flaqueza se le había concedido, y gobernando á medida de su voluntad omnímoda, tenía en sus manos la suerte de la Nación. Para afirmar más su poder, favorecía y provocaba las luchas civiles y ponía obstáculos á toda clase de progreso, especialmente en lo que se refiere á la instrucción. A causa de esto la ignorancia abrumaba la inteligencia de los argentinos. Y no era posible sucediera otra cosa dado el estado de la República: las constantes luchas que mantenían entre sí los caudillos levantados en la mayor parte de nuestras provincias, tenían en continua conmoción á todos los habitantes: á unos, porque tenían que tomar las armas en favor de determinados caudillos; á otros, por el malestar é incertidumbre que reinaba en esos momentos de agitación é inseguridad general: todo esto hacía imposible se dedicaran al cultivo de la inteligencia.

No es de extrañarse, pues que la generación que se levantaba fuera, puede decirse, casi ignorante.

Era, por tanto, necesario educarla, y así se encontraría en condiciones favorables para gozar de los beneficios inmensos de la libertad que pronto iba á tener.

El general Urquiza, en cuya mente se había ya bosquejado el plan de la caída del tirano, sabía muy bien que era necesario educar al pueblo antes de tratar de aniquilar la tiranía, porque para ello se necesita un pueblo preparado que secunde los esfuerzos generosos de los hombres grandes; conocía también la insuficiencia de la fuerza para destruir aquel régimen oprobioso durante veinte años dueño del poder.

Llevando al terreno de la práctica sus ideas, funda el Colegio Nacional del Uruguay, y tan convencido estaba de su importancia futura, que dijo sería su sucesor en la empresa de la regeneración de la República.

Esta predicción se ha realizado, y para probarlo ahí están tantos hombres distinguidos que han pasado por las simpáticas aulas de ese colegio, que actualmente ocupan puestos sobresalientes en las diversas manifestaciones de las ciencias y de las artes bellas, y figuran en primera línea entre los miembros dirigentes de la sociedad argentina.

Los resultados obtenidos por la juventud que se educó en el Colegio Nacional del Uruguay, contribuyeron á darle gran renombre, pronto extendido por todo el país; de ahí proviene esa gran afluencia de estudiantes procedentes de todas las provincias argentinas, de esta capital y aun de las naciones limítrofes. La fama bien sentada del colegio histórico atrae con fuerza poderosa esas inteligencias ávidas de conocimientos y deseosas de oir las conferencias llenas de ciencia de sus distinguidos profesores.

Reconcentrando en sus aulas estudiantes que proceden de tan diversos puntos, reune sus diferentes tendencias, les imprime por medio de la educación que proporciona, el verdadero y uniforme carácter nacional. Ardua tarea de la cual no es el único encargado, pero que no por eso deja de contribuir en gran parte á su realización, y que ahora más que nunca es provechosa, pues, dada la gran corriente de inmigración que afluye á nuestro país, parece que ese carácter tendiera á desaparecer.

Durante los muchos años que lleva de existencia, siempre ha tenido á su frente notables educacionistas, como Larroque, Clark, Scapatura y otros; almas nobles dedicadas con afán á la enseñanza de la juventud, cuyos nombres no se borran ni podrán borrarse nunca del corazón de los estudiantes, pues la gratitud los ha grabado con caracteres eternos, y pronto el buril del artista los grabará en un monumento destinado á perpetuar la memoria de tan esclarecidos benefactores.

Debido á ellos es que siempre ha sido uno de los primeros en aceptar los progresos de la educación. En los últimos tiempos se han introducido en él mejoras de suma importancia.

Entre ellas tenemos el establecimiento de los trabajos manuales: le cabe el honor al Colegio Nacional del Uruguay de haber sido una de las primeras casas de educación que los han adoptado.

Esta clase, bajo la competente dirección de un profesor normal que ha hecho de ellos su especialidad, ha dado los resultados que eran de esperarse, llamando con justicia la atención pública. Allí no se enseña con el único objeto de que los alumnos sepan fabricar pequeños instrumentos de madera, lo que tal vez fuera útil para unos pocos, sino más bien para desarrollar en los jóvenes los hábitos de laboriosidad y al mismo tiempo desenvolver armónicamente sus facultades, es decir, se enseña de acuerdo con los últimos adelantos de la ciencia de la educación.

Los juegos atléticos, practicados al aire libre, no pueden menos que influir poderosamente en el desarrollo físico de los que á ellos se dedican en la época de la vida en que el cuerpo tiende á tomar su volumen natural; constituyen otra de las importantes iniciativas de la Dirección.

Los paseos escolares, realizados con el doble fin de instruir con los estudios é investigaciones que bajo la dirección de los profesores se efectúan, examinando la composición de los terrenos, los restos que contienen, la flora de los mismos, etc., y al propio tiempo dar expansión al espíritu del estudiante que muchas veces desfallece ante el cúmulo de materias exigidas por el actual plan de estudios, representan otro de los progresos de la educación que el Colegio del Uruguay ha sido el primero en adoptar.

Vemos, pues, que en el histórico Colegio se pone en práctica el gran principio de *instruir deleitando*, lo que contribuye á hacer más atrayente el estudio y da por resultado la mejor preparación de los estudiantes, pues aumentando los muchos atractivos del estudio, es natural que aumente también la dedicación, y por lo tanto, se obtenga más provecho.

La concurrencia á las clases es proporcionalmente mayor que en los demás colegios de la República, y esto sucede porque los estudiantes saben que en él se encontrarán con excelentes profesores que los iniciarán en las ciencias y al mismo tiempo les inculcarán los grandes principios de moral y de carácter.

¿Cómo no recordar entonces las sabias lecciones y consejos que nos han dado en esa época en que nos han tenido bajo su dirección?

¿Cómo no recordar con gratitud y cariño á los autores de tantos beneficios recibidos?

Es muy cierto que después de ese «ser querido que va despertando, estimulando y armonizando á son de lesos las facultades del espíritu y los sentimientos de nuestro corazón» de niño, á nadie se recuerda con más veneración y gratitud que á los maestros dedicados con afán á enseñarnos el camino que debemos seguir en nuestra peregrinación por el mundo.

Al hablar del Colegio del Uruguay, no puedo menos que mencionar á su coadyuvadora en la obra de la educación de la juventud: la Sociedad Educacionista «La Fraternidad», «sueño de niños», como fué calificada al principio, que condolidos de la suerte que esperaba á muchos compañeros después de la supresión del internado en el Colegio Nacional, creyeron era su deber constituir una sociedad protectora que neutralizara los males causados por aquella supresión.

Sus escasos recursos no le permitieron al principio favorecer á muchos; pero andando el tiempo su manto protector se extendió de tal manera, que hoy pueden cobijarse bajo él todos los jóvenes que deseen ser «útiles á sí mismos, á la patria y á la humanidad», pensamiento noble que revela la elevación moral de su autor.

Los inmensos beneficios que reportó á la juventud estudiosa hicieron que el «sueño de niños se convirtiera en poco tiempo en «realidad de gigantes», como más tarde se dijo.

El Colegio Nacional del Uruguay, secundado por la humanitaria asociación «La Fraternidad», contribuyó á preparar muchos de los hombres que ocupan un sitio de honor en las diversas ramas del saber humano. Reunir las producciones del mayor número posible de ellos, es presentar los títulos que lo hacen acreedor á la consideración pública.

Esto se ha hecho últimamente, reconcentrándo en una Biblioteca especial, que lleva el nombre del organizador y primer Rector del Colegio, las obras de los ex-alumnos.

Como esas obras sólo están al alcance de los que visiten la Biblioteca, se ha creído era conveniente, aprovechando para ello el 45° aniversario de la fundación del Colegio, hacer una publicación especial con artículos ó pensamientos referentes al mismo, para poder presentar así, aunque en menor escala, un producto de los ex-estudiantes del Colegio Nacional.

Yo, uno de sus más humildes ex-alumnos, considero un deber moral expresar mi gratitud hacia el histórico establecimiento; y en el aniversario glorioso de la patria, cuando millones de hombres exclaman:

> Se levanta á la faz de la tierra
> Una nueva y gloriosa Nación.

uno mi voz á la de aquellos para ensalzar la memoria de uno de los que aumentaron las glorias de la patria, rompiendo las cadenas tiránicas: el ilustre general Urquiza, fundador del histórico Colegio Nacional del Uruguay.

AMADEO PONS.
(Estudiante de Derecho.)

Buenos Aires, Mayo [illegible] de [illegible].

AL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

También la estrofa es, del arpa mía,
Tus limpias glorias á entonar, osada;
¿Quién no canta con notas de alegría
Un noble triunfo de la Patria amada?

¿Quién no pulsa el laud con presta mano
Al fuego intenso de tu intensa gloria,
Cuando al caer el trono del tirano
Te alzaste con las dianas de victoria?

Y allí en tus aulas resonó el acento
Del sabio maestro de palabra austera,
Que echó prolijo el eternal cimiento
De tu fama por siempre duradera.

Allí el cantor de Atlántida soñada
Tendió las alas con secreto anhelo;
Y la prensa, la música y la espada
En ti ensayaron su naciente vuelo.

Grande es tu fama, templo sacrosanto,
Y brillará por siempre tu memoria,
Como hoy brilla en los pliegues de tu manto
La luz intensa de tu regia historia.

GREGORIO F. DE LA PUENTE,
(estudiante de 3er año)

Paraná.

RECUERDOS DE MI TIERRA

(DE UNA OBRA PRÓXIMA Á APARECER)

XV

El tañido áspero de la campana del Colegio puso en movimiento á los estudiantes que dormían plácidamente en sus camas tendidas en dos filas simétricas. El celador batía las manos apurando á los remolones que se ocultaban con pereza entre las sábanas tibias. Después desfilaron con las toallas en el pescuezo, soñolientos, desgreñados, encogiendo los brazos, hasta el fondo del dormitorio donde sobre una plancha de mármol se veían los lavatorios en larga fila. Terminada la operación y á un nuevo toque de campana penetraron á la sala de estudio, fría y desmantelada como una celda claustral.

Seguía aquellas evoluciones, aturdido, sin darme cuenta de nada; maquinalmente entré al salón y fuí á colocarme medroso en los últimos asientos, junto á una ventana por entre cuyas rejas se alzaban cortando el horizonte, las altas paredes de la Iglesia.

A mi izquierda se sentaba un alumno con quien muy pronto entablé relación y fuímos desde ese momento compañeros inseparables. Era un tucumano, feo, de boca grande que reía siempre, de rostro moreno y ojos picarescos, famoso en los partidos de numas por su ligereza y flexibilidad en las gambetas; era, además, un gran bailarín de gatos y zamacuecas; y en las noches de primavera, sentados en amplia rueda bajo el corredor, — como si despertaran en su alma los recuerdos de la tierra natal, — le oíamos cantar esas vidalitas de armonía cadenciosa, llenas de quejidos y sollozos, que es el sello característico de la poesía popular en las provincias del interior.

Fué mi primer camarada, el que me inició en los secretos de la vida estudiantil, haciéndome llevaderas aquellas horas que tenían las punzantes amarguras de una prisión. En la clase, en el recreo, hasta en los días de reclusión siempre era el amigo bondadoso que confortaba mi espíritu abatido. Juntos rimamos, — penetrando furtivamente al aula desierta, — los primeros versos inspirados por alguna beldad imaginaria, pero que de seguro tenía blonda cabellera y pupilas azules como el mar en calma! Versos hidrópicos de un sentimentalismo romántico, que no lograron conmover el corazón de la embrionaria amada, hasta que al fin, curados de la neurosis poética, renegamos de las divinas moradoras de Helicona, soltando al alado Pegaso á que pastara tranquilo en los castálios llanuras!...

El Colegio seguía su marcha regular, cuando de pronto la tarea cuotidiana fué interrumpida por un acontecimiento inesperado. Una mañana uno de los externos trajo un boletín donde se daba cuenta que la Provincia había sido invadida por el norte y que en el interior algunos caudillos prestigiosos, de acuerdo con los invasores, amenazaban derrocar al Gobierno. Una hora más tarde una banda de clarines y tambores recorría las calles tocando generala; á la noche la guardia nacional estaba acuartelada y la ciudad en pie de guerra aprestándose á la defensa. Se levantaron trincheras en las boca-calles centrales, se formaron cantones; la misma azotea y el mirador del Colegio fueron ocupados por un destacamento.

Nuestras clases empezaron á funcionar con irregularidad; los alumnos mayores estaban en los cuarteles ó habían escapado para ir á alistarse en las filas revolucionarias. Vivíamos en una alarma contínua. El enemigo aparecía frecuentemente en las cuchillas cercanas, merodeaba en los alrededores de la población; de pronto se oían los tiroteos de las guerrillas entre las quintas, y algún pobre soldado iba á ocupar un lecho en el hospital ó á descansar olvidado en la fosa común sin una cruz siquiera que indicara su último asilo!...

Reinaba un invierno inclemente; los días nublados, lluviosos, de fríos intensos se sucedían; las calles eran profundos fangales que chapoteaban los soldados marchando en silencio á ocupar sus puestos, empapados por la lluvia que entumecía sus carnes, ó por las heladas cuya escarcha veíamos blanquear por la mañana sobre los tejados como si hubiera llovido ceniza.

El sitio se prolongó durante algún tiempo, hasta que una noche las avanzadas de la plaza sostuvieron un reñido tiroteo con los sitiadores que fueron rechazados; al día siguiente se vieron los fogones apagados en el campamento donde vivaqueaban; las tropas habían desaparecido.

La comunicación con el interior de la Provincia se restableció, pudimos al fin tener noticias. Cuando llegaba el correo era un día de júbilo para los estudiantes; algunos compañeros rebosaban alegría al recorrer, con el corazón palpitante y la mirada empañada por las lágrimas, la carta tan largamente esperada! Otros, inclinaban la frente entristecidos sobre la página

empezada sin valor para terminarla. Era que el padre, el hermano, algún ser querido, había caído para no alzarse más, y sus restos insepultos, —confundidos entre los sangrientos despojos de la batalla,—reclamaban un rinconcito de la tierra sagrada, junto á la tumba de los suyos, allá en el solitario cementerio de la aldea lejana!...

M. Leguizamón,
(Abogado)

Buenos Aires, Mayo de 1894.

JUAN A. MANTERO

El Dr. Juan A. Mantero, contado en la generación de alumnos del Colegio que se formaron bajo la austera dirección del inolvidable Dr. Larroque y cuyas irradiaciones de luz y de saber han dado tanto nombre al establecimiento de donde salieron, pertenece á una clase distinguida de hombres que jamás buscaron las alturas del poder y que llegados á él, por la voluntad popular y por sus merecimientos, las abandonaron así que comprendieron que su permanencia en el mismo era contraria á su dignidad y á sus condiciones de ciudadano probo y honrado.

No debemos, por tanto, buscar al Dr. Mantero en las esferas del gobierno y de la administración, de las cuales se mantuvo casi siempre alejado, desde que obtuvo el título científico que poseía y cuyo breve paso por las mismas, en 1870 y 1883, constituye un accidente de su vida y en los que, especialmente en la segunda época señalada, fué digno conservador de sus tradiciones políticas, levantando con su actitud resuelta la simpatía de los hombres de bien de nuestra Provincia.

Estudiémosle en sus condiciones de ciudadano y de abogado, en esta última con particularidad, que formó siempre el único sostén de su apreciada familia y en la que nunca le faltó trabajo por sus sólidos conocimientos jurídicos, en derecho civil sobre todo, por su conducta honrada y por su celo en el cumplimiento estricto de los deberes de su profesión.

Hagamos, sin embargo, antes de pasar adelante, una pequeña biografía de este ciudadano meritorio, desde su ingreso á nuestro Colegio, en donde fué siempre alumno sobresaliente, hasta la época en que devuelve en una nota, que evidencia su carácter, el Ministerio que desempeñó solo cincuenta días por serle imposible aceptar, sin mengua de su dignidad y de las finanzas de su provincia, las proposiciones desdorosas que se le hicieron, y veremos que en todas partes ha sido el soldado resuelto de la causa popular y el amante sincero de la felicidad y grandeza de su patria.

Nació el Dr. Mantero en la ciudad del Paraná en Octubre de 1840. Niño todavía, pues solo contaba 12 años, hizo su ingreso al Colegio Nacional de esta ciudad, terminando sus estudios preparatorios con honrosas clasificaciones y matriculándose en la clase de jurisprudencia dictada por el Dr. Larroque, jurista notable y cuyas hermosas conferencias, salpicadas á cada instante con oportunos consejos, destinados á formar el carácter de toda una generación, recuerdan sus alumnos con cariño y entusiasmo.

El General Urquiza, protector decidido del Colegio del Uruguay y amante como pocos de la ilustración de sus conciudadanos, estableció una academia militar anexa á ese establecimiento, cuya dirección fué concedida al Coronel Fontes y entre cuyos alumnos se encontró Mantero.

Las desavenencias entre la Confederación y Buenos Aires, que no pudiendo arreglarse en el terreno pacífico de la discusión, se resolvieron por las armas, no fueron extrañas para Mantero y con el grado de Subteniente del Batallón Palma asistió á la batalla de Cepeda, en cuyo cuerpo se distinguió como pocos.



Doctor JUAN A. MANTERO

De regreso de esa campaña, prosiguió sus estudios interrumpidos; pero al corto tiempo la contienda de Pavón exigió su concurso nuevamente, recibiendo á la terminación de ésta los despachos de Capitán del Ejército Nacional.

En 1862 desempeñaba el puesto de oficial 1° del Ministerio de Gobierno, compartiendo con Onésimo Leguizamón, entonces Oficial Mayor, las tareas de la administración y teniendo ambos á su cargo el despacho de ese importante departamento.

Doctorado Leguizamón, hizo abandono de su puesto, y entonces el General Urquiza dió á Mantero el derecho de optar entre el oficialato mayor y el archivo de la Provincia, aceptando al fin este último.

En 1863 realizó sus aspiraciones y obtuvo el título de abogado, pero continuando siempre en el archivo.

Las elecciones de 1864 le tuvieron del lado de la causa popular, trabajando con entusiasmo por el triunfo de los candidatos de ésta.

Esa actitud independiente le costó su destitución y se le separó por un decreto en cuyos considerandos se aseguraba que el archivero general había dejado de merecer la confianza del Gobierno y al que contestó con entereza impugnando con altura el fundamento invocado y demostrando que su destitución no era más que una venganza por su actitud en las elecciones.

Sobrevinieron al corto tiempo las luchas populares de nuestra Provincia y el Dr. Mantero se alistó en la causa de los oprimidos, lo que importa decir en la buena causa, poniendo al servicio de ella toda la energía de su carácter, que no consiguieron doblar las promesas halagadoras de los hombres del gobierno y comenzando á formarse desde entonces la reputación de patriota honrado, que gozó con verdadera justicia y que constituyó una de las páginas más puras de su vida.

El trágico desenlace de la agitación entrerriana de 1870, produjo el nombramiento del General Lopez Jordán para gobernador provisorio. Este designó al Dr. Mantero para desempeñar uno de los ministerios, en el que permaneció desde el 14 de Abril hasta el 21 de Mayo, en que tuvo que salir de esta ciudad por haberla ocupado las fuerzas nacionales.

Terminada la campaña con mal éxito para los partidarios de Jordán, Mantero se expatrió á Buenos Aires, hasta que pacificada la Provincia pudo regresar á esta localidad para atender su estudio, seriamente interrumpido por esas contrariedades.

Apenas regresado, el gobierno de Duportal le nombró miembro de una comisión encargada de revisar las cuentas de la administración y los contratos que con ella celebró el Sr. Fragueiro. El Dr. Mantero devolvió inmediatamente ese nombramiento en un extenso documento en que comienza por desconocer la legitimidad del gobierno que ha sido impuesto al pueblo de Entre Ríos por las bayonetas del Ejército Nacional y pinta, en una página llena de virilidad, el cuadro desconsolador de nuestra Provincia, en la que han desaparecido, dice, las garantías individuales, impera la voluntad arbitraria de unos pocos, se asesina y se roba á las puertas de la ciudad, y cuando vez, son sus palabras «más de 4.000 entrerrianos que no han sido llamados por el Gobierno, porque cometieron el *horrendo* delito de defender con bizarría, denuedo y patriotismo los derechos de la Provincia».

Para combatir el gobierno del Dr. Echagüe y preparar el camino de la nueva revolución, se fundó en esta ciudad *El Eco de Entre Ríos* á cuya dirección perteneció el Dr. Mantero y desde cuyas columnas defendió con su argumentación nutrida y su sátira jamás vencida la causa de su simpatía.

A esa propaganda hostil contestó el gobierno con persecuciones de todo género, empastelándose por dos ocasiones la imprenta por donde aparecía la publicación referida. Los calabozos se abrieron también para ahogar así la voz de los opositores.

Producida la revolución del 73, el Dr. Mantero, que no era extraño á ella, vióse obligado á emigrar al Estado vecino, pudiendo regresar al Uruguay recién á principios de 1874.

Tantas contrariedades le decidieron á abstenerse de la política, para atender con regularidad su interrumpido estudio. Sin embargo, proclamada la candidatura popular del Dr. Churruarín, violó aquella resolución y prestó á ella su nombre y su influencia, que era ya poderosa.

Ahogado el voto del pueblo por la imposición oficial, el Dr. Mantero vivió ocupado durante la administración de Antelo en su profesión y en dictar la clase de derecho civil en la Escuela de Derecho.

Aproximándose la elección de un nuevo gobernante, el Dr. Mantero, que había desdeñado el poder, trabaja activamente por el triunfo de la candidatura del General Racedo y llegado este al gobierno, lo llama para ocupar uno de los ministerios.

Es bien conocida la conducta del Dr. Mantero en la emergencia de 1883 y demasiado sabido, que apenas el gobernante á quien el pueblo del Uruguay acababa de recibir en sus brazos, declaró que traía el propósito de remover la cuestión capital para despojar de ese rango á esta ciudad, hace renuncia del Ministerio, en términos elevados y enérgicos cual correspondía al ciudadano que había vivido siempre huérfano de los favores del gobierno, produciéndose entonces el raro ejemplo en la práctica institucional de nuestro país, de la destitución de un ministro que renuncia por no continuar prestando sus servicios en un puesto que compromete su dignidad.

Retirado de las esferas del poder, se incorporó resueltamente á la causa del pueblo de la Capital histórica y sus servicios en esa campaña fueron tan importantes y memorables, que á pesar del tiempo transcurrido, nadie los ha olvidado todavía.

El Uruguay agradecido á su conducta y la defensa sincera que hizo de su derecho, le obsequió con un álbum, donde no falta la firma de un solo hombre de bien de esta localidad.

Consumada la traslación de las autoridades provinciales, esta ciudad entró en un período de paralización, que obligó al Dr. Mantero á fijar su residencia en la capital de la República, pero sin

perder jamás por ello su cariño al pueblo donde se había formado y donde había lucido las bellas cualidades de su carácter.

Abierto allí su estudio encontró trabajo bien pronto, pues las hermosas condiciones del hombre y del abogado eran también conocidas en aquel gran centro.

Fué representante del Gobierno Nacional en el arbitraje de un asunto con el Ferrocarril del Rosario, misión que cumplió con esmero.

El Dr. Mantero, que vivió siempre del solo fruto de su profesión, se encontró más de una vez en apuros financieros; era entonces cuando su ingenio esclarecido se revelaba claramente olvidando por un momento el fárrago enfemosiado del procedimiento y produciendo redondillas de buen gusto literario; como prueba de ello publicamos las que dirigió á su inolvidable compañero de colegio Dr. Wilde, entonces Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública, reclamando el pago de los diez mil pesos en que fueron regulados sus honorarios por la comisión á que antes hicimos referencia y que mereció de éste, una de aquellas contestaciones, donde se revela toda la originalidad de su estilo.

Dice así aquella: Pasó Marzo, pasa Abril—Mayo también pasará—Solamente quedará—Mi crédito de diez mil.—Hasta cuando no lo sé—Árbitro es hoy V. Excelencia—Que acibara la existencia—Del que antes su árbitro fué.—El remedio es esperar—Y estoy por ello esperando—Pero si no sé hasta cuando—Me voy á desesperar.—Si tu ingenio esclarecido—No encuentra á mi mal remedio—Me habréis partido por medio—Con todo *el tiempo perdido*.

A pesar de vivir con desahogo en la capital de la República, su preocupación de todos los días era regresar á Entre Ríos, que lo atraía irresistiblemente con sus encantos.

Es por eso que lo vemos al poco tiempo trasladarse al Paraná, contra la opinión de sus mejores amigos que le exigían su permanencia en Buenos Aires.

Apenas establecido en la Capital Provincial, la opinión general lo señala para ocupar el puesto de Administrador del F. C. C. E. R. y el Gobernador Basavilbaso, haciendo justicia á esa designación popular, le confió, aunque interinamente, tan importante cargo.

Allí dió pruebas el Dr. Mantero de ser excelente administrador de la cosa pública, consiguiendo con sus medidas oportunas regularizar un servicio desquiciado.

Por desgracia duró poco en ese puesto y al corto tiempo, tal vez porque sus manifestaciones políticas no eran favorables á la situación que acababa de iniciarse, se le comunicó que otro había sido nombrado para ocuparlo definitivamente.

Con sus pocos ahorros adquirió en compañía de su yerno Sr. Seró un campo en la estación 1° de Mayo, donde se levanta hoy la floreciente Villa Mantero y realizándose así los deseos de su vida, de afincarse en nuestro departamento, ya que no le era posible establecerse de nuevo entre nosotros.

La muerte le sorprendió en un viaje de visita á su propiedad el 9 de Abril de 1892, trasladándose sus restos al cementerio de esta ciudad y cumpliéndose de esa manera su voluntad, tantas veces manifestada á su familia y á sus amigos, de que se sentiría dichoso concluyendo su existencia en el Uruguay.

Así terminó á una temprana edad la vida del hombre, cuya fisonomía simpática atraía irresistiblemente; que consagró su talento y su inteligencia al bien del pueblo, cuya felicidad constituía una de sus mejores aspiraciones y tuvo la gloria, que pocos alcanzan, de bajar de las alturas del poder rodeado del aprecio de sus comprovincianos por no haber claudicado jamás de sus convicciones políticas.

Eduardo Tibiletti.

EL PRESBITERO VICENTE MARTINEZ

1833 — 1879

El presbítero D. Vicente Martínez, nació en San Pedro, pueblo de la provincia de Buenos Aires, el 5 de Febrero de 1833.

Puede establecerse como una regla general, que si los niños descubren desde sus más tiernos años y sin darse cuenta de ello, sus inclinaciones y tendencias, con más generalidad se cumple esta verdad en los servidores del altar. Esta propensión se notó muy marcadamente en el presbítero Martínez, en quien desde muy niño ya se pudo conocer su inclinación á consagrarse al santuario y á las cosas de Dios. Inclinación natural que se despertaba en él hasta en sus juegos y entretenimientos inocentes: todas sus afecciones eran encaminadas á este fin. Con estas inclinaciones cúpole al joven Martínez la gloria de ser de los primeros alumnos del Colegio del Uruguay.



Presbítero VICENTE MARTINEZ

Desde el primer momento, Martínez hizo saber su vocación al Rector, presbítero D. Manuel Erausquin, hombre rígido y de costumbres á la antigua española. Tal vez por esta razón los estudiantes estaban descontentos de él.

Martínez no sólo sufría sino hasta respetaba la parte que á él le alcanzaba de los rigores de aquel hombre excesivamente severo, y siempre trataba de calmar á sus compañeros cuando querían sublevarse.

La *revolución* de estudiantes vino en seguida y con ella la separación del Rector Erausquin, reemplazándole el célebre Dr. D. Alberto Larroque. Martínez no tomó parte alguna en dicha revolución; pero creyó prudente retirarse al lado de su familia, pues pensó que no estando sus estudios dirigidos por un sacerdote, no podría seguir su carrera.

Con esta ocasión empezó á comunicarse con un fraile dominico, primo suyo, fray Agustín de Taybo, que residía en el convento de Buenos Aires. Pretendía continuar sus estudios en aquel convento y el Padre Taybo hacía las diligencias para que pudiera ingresar. En estas circunstancias recibió cartas de varios de sus condiscípulos aconsejándole volviera al Colegio, y hasta el mismo Rector Larroque le escribió diciéndole que no demorase en volver al lado de sus compañeros, que allí podría estudiar derecho civil y canónico, y que él, como todos, podrían seguir la carrera que gustase, y, que si él quería la eclesiástica nadie le sería hostil.

¡*Generosas palabras del Dr. Larroque que así llamaba á los jóvenes á nutrirse de ese pan del alma que se llama educación!*

Martínez sabía perfectamente que sus amigos le harían oposición por sus ideas y que tratarían de hacerle desistir de su vocación eclesiástica á la cual él se sentía profundamente inclinado. Hay que tener presente también, que el Colegio no era un Seminario donde todo es espiritual y donde todo está encaminado á preparar á los que se dedican al sacerdocio. Debió, pues, disponerse á luchar con las contradicciones y hasta con las burlas; y sin vacilar un momento, dispuesto á sufrir siempre todas las contrariedades, resolvió volver al Colegio del Uruguay.

Allí tuvo por protector y amigo al malogrado cura D. Gregorio Céspedes, quien en vista de sus escasos recursos, le proporcionó medios á fin de que realizara sus deseos y hasta un cuarto en su casa para que pudiera estudiar con más retiro y donde pasaba largas horas, recorriendo siempre á las luces de tan digno como ilustrado sacerdote. Pero desgraciadamente el señor Céspedes pereció ahogado bañándose en el Uruguay. (1854).

Esta muerte fué un golpe terrible para el señor Martínez, pues perdía un protector. Nunca le olvidó y siempre lo recordó con respeto y gratitud.

Pero el hombre virtuoso nunca fué desamparado; y en efecto, la Providencia abre á favor de la orfandad del joven Martínez otra puerta donde encuentra un corazón no menos noble y generoso.

Don Domingo Ereño, sacerdote español, que ocupó la vacante del cura Céspedes y era á la vez Vicerector del Colegio del Uruguay, continuó la obra del Sr. Céspedes protegiendo á Martínez; sabía que era pobre y como adivinando sus necesidades se apresuraba á remediarlas con la mayor delicadeza.

Durante todo este tiempo se consagró á los estudios con aplicación y constancia: habiendo cursado todos ellos sin interrupción, obtuvo premios muy distinguidos, entre ellos una medalla de oro; mereció el aprecio de sus profesores y amigos que ya estaban persuadidos de que sería sacerdote y ya no le dirigían aquellas burlas, ni contradecían su vocación comprendiendo la apremiante necesidad de que se aumentara el reducido número de sacerdotes del país, que fuesen dignos de suceder á un Álvarez (Francisco Dionisio), á un Acevedo y tantos otros verdaderos ejemplares del sacerdocio por su austeridad y desprendimientos nunca desmentidos.

Por fin, el Sr. Martínez había llegado á la meta de sus deseos y aspiraciones, no sin haber antes luchado con muchas contrariedades y zozobras y la escasez de sus recursos. Estaba ya coronado con el feliz resultado de sus estudios, faltábale prepararse para recibir la unción de los ministros del santuario.

El momento decisivo llegó y habiéndose trasladado á Buenos Aires, recibió las sagradas órdenes sacerdotales de manos del Ilustrísimo señor Obispo de Buenos Aires Dr. D. Mariano José de Escalada. (Arzobispo en 1865).

Inmediatamente fué al Uruguay para celebrar allí su primera misa. La celebró con mucho fervor y lágrimas el 8 de Diciembre de 1857, siendo sus padrinos el señor delegado eclesiástico don Miguel Vidal y el Excmo. General D. Justo J. de Urquiza, y predicó en el acto de la misa el señor cura D. Domingo Ereño. Asistieron sus profesores, sus condiscípulos, sus discípulos, amigos y una numerosa y escogida concurrencia, que fué todo aquello un testimonio del aprecio hacia el joven presbítero D. Vicente Martínez.

Aquel día fué de fuertes emociones para él y sus lágrimas corrieron en abundancia, cuando terminada la misa abrazó con gratitud y cariño á sus profesores y amigos. Allí estaba el Dr. Larro-

que y el hombre más querido del colegio, el noble y generoso inglés Mr. Jorge Clark, que al estrecharle fuertemente, «D. Vicente....» dijo, y no pudo decirle más, pues estaba vivamente conmovido.

Aquel día fué de felicitaciones. Recibió muchos obsequios entre ellos una casulla, regalo del General Urquiza.

Antes de terminar esta biografía diremos: que por documentos que tenemos á la vista nos consta que en Agosto del 53 ya tenía á su cargo las clases de bondad y moral religiosa en el Colegio; igualmente consta, que varias veces fué nombrado por el Excmo. Presidente de la República para componer la Comisión general examinadora, en los exámenes públicos del Colegio del Uruguay. Y, finalmente, que tan luego fué ordenado presbítero, fué nombrado Capellán del mismo colegio.

El Sr. Martínez fué cura en las ciudades de Gualeguaychú, Gualeguay, Nogoyá y Rosario, prestando señalados servicios á la Iglesia en todas estas localidades. Murió el 25 de Julio de 1879 en la ciudad de sus afecciones, Gualeguaychú, en cuya iglesia descansan sus restos.

Prospecto del Colegio Nacional en 1855

COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

Fundado por el Excmo. Señor Presidente de la Confederación Argentina, Brigadier General Don Justo José de Urquiza

El Director que suscribe tiene el honor de poner en conocimiento de los señores padres de familia interesados, que la apertura de las aulas del Colegio tendrá lugar el 1º de Marzo próximo.

El Gobierno Nacional, animado del más vivo deseo de fomentar, por todos los medios posibles, la instrucción en el seno de la juventud entrerriana, acaba de dar al Colegio del Uruguay un nuevo impulso que satisfará indudablemente las más fecundas esperanzas de la sociedad argentina.

La mano benéfica del General Urquiza levantó el Colegio Nacional del Uruguay en medio del estrépito de las armas.

El vencedor de Monte-Caseros lanzó una mirada hacia el porvenir, y comprendió que la ilustración, el progreso, la paz de su patria debían ser la consecuencia necesaria del cultivo de la inteligencia y de la moral.

De esa profunda convicción surgieron los grandes esfuerzos y la constancia que dieron vida al hermoso Colegio del Uruguay, donde los jóvenes entrerrianos, gratos á tantos beneficios, reciben la más esmerada y prolija educación.

Instituciones de esta clase, destinadas á regenerar á todo un pueblo y á trazarle el camino de la civilización, constituyen un timbre de gloria mucho más conspicuo que las más brillantes victorias. Así lo consignará la historia, ese juez severo que falla sin pasión y espíritu de partido.

El Director aprovecha esta feliz oportunidad para presentar sucintamente el programa de enseñanza que, por orden del Gobierno Nacional, debe regir en el Colegio del Uruguay.

CARRERA LITERARIA

Estudios preparatorios—Divididos en 5 secciones

Enseñanza religiosa.
Gramática castellana razonada.
Elementos de literatura.
Geografía física, política y astronómica.
Latinidad.
Curso completo de matemáticas.
Dibujo lineal.

Estudios mayores universitarios

Filosofía.
Matemáticas aplicadas.
Física.
Derecho civil.
Derecho de gentes.
Derecho canónico.

Estudios para la carrera de comercio

Idioma nacional y práctica del estilo epistolar.
Curso de geografía.
Inglés ó francés, á elección del alumno.
Aritmética mercantil—Cambios.
Teneduría de libros—Partida doble.

Clases accesorias

Música vocal é instrumental.

Para perfeccionar los conocimientos teóricos de jurisprudencia se ha de establecer en el presente año un curso especial de práctica.

Tales son los ramos á cuyos estudios consagrarán todas las horas del día los alumnos del Colegio del Uruguay.

El Gobierno ha tenido el mayor cuidado en reunir los elementos necesarios para llevar este programa á debido efecto. Prescindiendo de la idoneidad de los profesores que deben regentar las aulas, es digno de notarse el importante gabinete de física y astronomía con que el Excmo. señor Presidente de la Confederación se ha servido dotar á este Colegio, objeto constante de sus desvelos y de su más particular predilección.

El Director valora el inmenso peso y la responsabilidad que gravitan sobre sus débiles fuerzas. Pero cuando se trata del desarrollo intelectual y de la felicidad de la juventud entrerriana, cuando la voz del primer magistrado de la República y fundador del Colegio del Uruguay lo llama á cumplir sus más ardientes votos en obsequio del país, el Director que suscribe no puede menos de acceder á tan nobles deseos, ofreciendo al Gobierno Nacional su sincera y leal cooperación á la grande obra de la regeneración argentina.

ALBERTO LARROQUE.

NOTA—Uno de los artículos del Reglamento, que el Excmo. Gobierno Nacional se ha servido sancionar, ordena que los alumnos internos del Colegio traigan de sus casas los siguientes artículos:

1º—4 camisas blancas y 2 de color.
2º—4 pares de medias.
3º—4 pañuelos.
4º—3 pares de calzoncillos.
5º—2 pares de zapatos.
6º—4 paños de manos.
7º—1 peine, 1 espejo, 1 cepillo para ropa, 2 cepillos para dar lustre al calzado.
8º—1 baúl.
9º—1 colchón y 1 almohada.
10—1 catre y 1 frazada.

PAGINAS INTIMAS

No estaban destinadas á la publicidad alguna de las páginas siguientes; pero condicen tanto todas ellas con el objeto de este *Número Único*, que no hemos podido resistir al placer de darles cabida en él, en la seguridad de que serán justamente apreciadas por todos cuantos las lean.

Buenos Aires, Junio 14 de 1906.

Señor Dr. José B. Zubiaur, Rector del Colegio Nacional del Uruguay.

Mi distinguido doctor:

En el deseo de corresponder á su iniciativa de conservar el recuerdo de todo lo que se relaciona con el histórico Colegio del Uruguay, he buscado entre los papeles de mi finado padre algo que tuviese algún valor y fuera digno de remitírselo.

Desgraciadamente, todo lo que nuestro padre había escrito durante los años que dedicó á la enseñanza y al foro, fué destruído por él, entregando al fuego lo que para nosotros hubiera sido un verdadero tesoro.

En ese auto de fe, fué sorprendido por mi hermano Alberto, quien con la decisión que V. puede suponer en un hijo cariñoso, intentó oponerse á que continuase la obra de las llamas.

—«No, observó tranquila y firmemente mi padre, no debo legar á la curiosidad de los extraños lo que no es digno de la posteridad.

Todos estos papeles contienen lecciones, discursos, memoriales que tuvieron su oportunidad. Hoy carecen de mérito; mis obras son las de mis discípulos en las que su gratitud me reconoce humilde colaboración.

Guarden mis cartas donde está mi corazón; pero todo esto que el fuego lo consuma. Es su mejor destino y tal es mi voluntad.»

Sus deseos eran órdenes. He ahí explicado porque un cerebro tan activo como el de mi padre, no ha dejado nada que pueda darse á la estampa. Sin embargo, mi hermano, al alcanzarle los legajos que incineraba, notó unas carillas que contenían versos, y se atrevió á salvarlas de la quema.

Eran, efectivamente, algunas rimas íntimas de mi padre, escritas en algún momento de solaz.

Alberto las comunicó á nuestro hermano Eduardo, y ambos resolvieron publicarlas en número limitadísimo de ejemplares, para hacer á nuestro padre un último obsequio de primero de año.

La dedicatoria instruía al autor del modo en que sus versos fueron salvados de la hoguera.

Esta sorpresa le causó la más viva emoción, y ante la tierna intención de los hijos, no tuvo palabras para censurar la violación de la consigna.

Entre las pocas composiciones, faltando á mi vez á los propósitos que determinaron la publicación del folletito, exclusivamente para la familia, elijo una para obsequiar con ella á quien tanto debe la memoria de nuestro inolvidable padre.

Se acercaba el día de su cumpleaños: el 21 de Noviembre de 1880, el último que festejamos con él. Desde algún tiempo presentía su próximo fin, y los sentidos versos que escribió, pocos momentos antes de sentarse á la mesa, en medio de sus hijos y de sus nietos, revelan el estado de su espíritu, que en sus misterios siente la proximidad de la muerte como un crepúsculo que anuncia la pronta caída de la noche.

Mi padre recitaba admirablemente, ya puede usted imaginarse el efecto que causaría entre los suyos ese presagio de un fin próximo.

Los vaticinios se cumplieron casi al pie de la letra. Pocos meses después de ese aniversario bajaba al sepulcro.

Puedo también anticiparle que mi familia está resuelta á donar á la Biblioteca Larroque todos los diplomas y medallas de nuestro maestro. Serán enviadas antes del 25 de Julio próximo.

Tal vez pueda conseguir un retrato que represente á mi padre más ó menos en los años en que era Director del célebre Colegio.

Quisiéramos los que llevamos ese apellido contribuir con algo al progreso de la Biblioteca y agradecer debidamente al distinguido sucesor de aquel *pioneer* de la educación patria, todo cuanto hace por conservar siempre viva la memoria de un hombre bueno y útil á la tierra que le dió hospitalidad.

BENJAMÍN LARROQUE.

P. S.—A última hora, encuentro en la correspondencia de mi padre lo que pensaba respecto á títulos nobiliarios. Un amigo de la familia le anunciaba que sería fácil recuperar los derechos á no sé que pergaminos. Mi padre, al hablarme de ese asunto, se expresaba en los términos que V. leerá en los adjuntos párrafos.

A MONSIEUR ALBERT LARROQUE

Cher père:

Votre modestie avait condamné ces quelques vers aux flames.

Le hasard vient de les sauver.

Avec bonheur nous les gravons sur ces pages.

C'est notre plus cher et plus précieux souvenir.

Vos fils

ALBERT M. LARROQUE   ÉDOUARD M. LARROQUE

Buenos Aires, 1er Janvier 1881.

L'ANNIVERSAIRE

Vous fêtez, mes amis, le jour de ma naissance,
Et vous me présentez la coupe du bonheur.
Merci... Mais ce grand jour est [illegible]
Dont la voix résonne jusqu'au fond de mon cœur.

C'est le temps qui s'en va!... Le printemps, la jeunesse
Éclipsés sans retour dans un monde lointain;
C'est l'automne qui fuit; j'entre dans la vieillesse
Pour finir tristement le roman de mon destin.

A vous donc, mes enfants, les délices de la vie
Et les rêves d'amour et les fêtes joyeuses!
La voix grave des ans en [illegible]
Et m'éloigne à jamais des fêtes des heureux.

Tout vous charme aujourd'hui sur l'Océan du monde
Vous voguez, en chantant, vers le clair avenir;
Moi, déjà sur ces bords où la nuit est profonde,
Je [illegible] que le ciel doit bénir.

C'est la loi du bon Dieu pareil à la nature
Qui [illegible] ses saisons, se réveille au [illegible].
L'homme ainsi change... Heureux si, l'âme toujours pure,
Il lit dans son passé sans crainte et sans regret.

Mais... buvons, chers enfants! L'amour vous accompagne!
Buvons à l'avenir! [illegible] notre cœur.
Quant à moi, j'ai fini ma modeste campagne,
Et vous désire à tous un éternel bonheur!

[illegible] Novembre de [illegible].

Je ne m'occuperai pas non plus du titre de «Baron» qui nous revient dans la famille de notre père. Je le sais depuis longtemps, la seule noblesse que j'accepte et que j'envie, c'est la noblesse du cœur; la noblesse des sentiments honorables. Je n'ai aucun des préjugés des temps passés. L'homme est le fils de ses œuvres. La mémoire de feu mon père, qui à force de travail et d'économie a laissé quelques biens à ses enfants, m'est beaucoup plus chère que, si avec le titre de Baron, il n'eut rien fait pour sa famille. Et, puis, j'ai toujours cru que tous les titres imaginables acquis par quelque mérite personnel, ne doivent pas être héréditaires—le descendant peut fort bien n'être pas digne de ce titre. Il peut même le deshonorer. Je ne ferai donc aucune démarche, aucune frais, pour m'affubler d'un titre, dont je ne saurais que faire.

Je suis, avant tout, démocrate; et je voterai de gaîté de cœur l'abolition de tous les titres de noblesse, qui contradisent le progrès du siècle.

Quant au parchemin de notre famille, je le voue aux flammes ou à la poussière des siècles. Je n'en veux même pas l'acquisition, comme document de curiosité...

Agosto de 18[illegible].

El histórico Colegio Nacional del Uruguay

DISCIPLINA, TRABAJO Y EDUCACIÓN PATRIÓTICA

El histórico Colegio Nacional del Uruguay se presenta en su 47º aniversario, con la bandera de combate desplegada y en busca de nuevos triunfos y de nuevas glorias. Lucha por la justicia y por la verdad, por el progreso de nuestra patria y por la civilización universal, con la fe de los buenos y el espíritu bien templado que su más distinguido Rector, el doctor Alberto Larroque, supo trasmitir á sus discípulos y difundir entre todos los que defienden su bandera.

En los 47 años que lleva de existencia cuenta ya con un pasado glorioso, por la brillante juventud que ha pasado por sus aulas y se ha distinguido lo mismo en el parlamento que en el foro, en las artes que en las ciencias; la patria le debe gratitud, y sus hijos le entonan en coro himnos de alabanza.

Apartado un tanto, por circunstancias transitorias, del progresivo movimiento educacional de la República, vuelve á ocupar hoy un puesto avanzado entre los establecimientos de su género, introduciendo ventajosas reformas y propagando doctrinas saludables. El decreto dado últimamente por el Superior Gobierno de la Nación, aumentando su personal docente con once profesores y la afluencia de alumnos de ésta y otras provincias y de la República Oriental, cuyo número ha alcanzado en este año á doscientos veinte, evidencian plenamente esta aseveración.

Acaba de entrar en un nuevo período de brillo y esplendor para la juventud que, ansiosa de saber, concurre á sus aulas á fortalecer su espíritu. Ayer introducía por primera vez en su enseñanza los trabajos manuales y los juegos atléticos, é iniciaba las excursiones científico-escolares en la República; hoy se propone dar una educación eminentemente nacional, y protege la formación de una sociedad patriótica entre sus alumnos, y mañana abrirá nuevos talleres ó introducirá nuevas reformas. Su lema es: ¡Adelante!

***

Atravesamos por una época de corrupción y desmoralización social, de lujo en medio de la pobreza que nos invade por todos lados, de proclamas y de tumultos políticos y de real falta de patriotismo que, ya que hasta nuestros más altos funcionarios públicos llegan á olvidar la probidad y á hacer tabla rasa de la ley cuando conviene á sus miras particulares ó de partido, se impone á todos los establecimientos de enseñanza, como una necesidad imperiosa, hacer una cruzada salvadora, y el histórico Colegio no se quedará atrás en esta obra. Su espíritu, sus tendencias, sus anhelos no se encierran en los estrechos límites de un plan de estudios; pues, ante su risueño porvenir se levanta como una halagadora esperanza, el porvenir grandioso de la patria.

A nadie se escapa que los males que nos afligen no constituyen el patrimonio exclusivo de los hombres que bajaron ayer del poder ni de los que han subido hoy, sino que tiene sus raíces en el hogar, en la escuela, en el medio ambiente que nos rodea en la sociedad toda; que la falta de respeto por la ley y el gobierno constituido, el descuido por la industria y el amor al lujo, la anarquía y la falta de verdadero patriotismo obedecen á causas precedentes, y que la familia argentina no está definitivamente constituida y sufre y se debilita el espíritu nacional, á causa de la inmigración extranjera. Y para un espíritu medianamente observador, tampoco pasará desapercibido que la educación dada hasta hoy en los colegios nacionales, es deficiente, porque si de sus aulas salen jóvenes que se hacen ingenieros, médicos, abogados, literatos, salen también empleados y *parásitos de la sociedad ó demagogos turbulentos* que se cobijan bajo cualquier bandera política para poder vivir más cómodamente y sin trabajo; pero poquísimos que se dediquen á la industria ó al comercio, sin embargo de que un 60 por ciento no termina los estudios preparatorios.

¿Y qué medios, se nos preguntará, podrán emplearse en los establecimientos de enseñanza para combatir estos males y los anteriormente señalados?

En nuestro humilde concepto, creemos que la *disciplina fundada en la razón y el convencimiento; el trabajo intelectual alternado con el físico, y el amor á la patria;* y son precisamente estos los medios que se propone emplear el histórico Colegio para hacer más perfecta la enseñanza dada en sus aulas y formar jóvenes que, teniendo hábitos de trabajo, no desdeñen la vara del magistrado, el escalpelo del médico, ni el compás del geómetra; pero tampoco desprecien el instrumento del industrial, ni la blusa del obrero, y constituyan, así, elementos de orden, bienestar y progreso para la patria.

La disciplina, no militar y despótica, sino dulce y suave, fundada en el principio de autoridad legítima y en la conciencia del deber, tal como la aconseja la pedagogía moderna, constituye la base del orden y el adelanto en todo establecimiento de educación; si se desconoce el principio de autoridad, si no se acatan las disposiciones superiores ni se respeta las personas que dirigen una casa de educación, si los alumnos se insubordinan á cada paso, el desorden se produce como una consecuencia lógica y el trabajo se esteriliza totalmente. Pedir buen éxito en un establecimiento de enseñanza en que no reine buena disciplina es lo mismo que exigir el triunfo de una batalla á un general cuyos soldados no le obedezcan.

No somos partidarios de la disciplina dura y austera, ni tampoco de los castigos; pero creemos que, siquiera sea en circunstancias excepcionales, éstos deben aplicarse para evitar mayores males que los que ellos producen. En todo país civilizado existe un conjunto de disposiciones legales que aseguran el bienestar de la sociedad, y cada una de esas disposiciones tiene su sanción, es decir, su pena correspondiente para el que la infrinja; lo mismo ocurre en los establecimientos de enseñanza, que, por más perfectos que sean, no pueden serlo más que la sociedad, de la cual son un reflejo fiel: necesitan también un conjunto de disposiciones con su sanción correspondiente para asegurar su existencia. Las leyes morales dejarían de serlo si no tuvieran su respectiva sanción; si el mal no mereciera castigos, ni el bien recompensas, sería indiferente practicar el uno ó el otro. La naturaleza en su orden admirable tampoco deja sin castigo al que olvida ó quiere violentar sus leyes eternas.

Es natural que mejor sería prevenir los males que castigarlos; ese es el ideal de la pedagogía moderna, pero aun estamos muy lejos de realizarlo. La escuela es todavía demasiado imperfecta para proceder así en todos los casos y tiene que luchar, no sólo con su imperfección, sino con los defectos de la primera educación que recibe el niño, la del hogar, y ésta es, por desgracia, muy deficiente aún. Sería preciso que cada madre supiera guiar á sus hijos por el camino indicado por la naturaleza para que la escuela continuara su obra.

A pesar de todo, la falta de disciplina en los establecimientos de enseñanza primaria ó secundaria, no nos preocuparía tanto si sus consecuencias no atropasaran los límites de la escuela ó el colegio, cosa que por desgracia no sucede. Pensamos que las ideas y los hábitos que se adquieren en la niñez son los más difíciles de olvidar. El niño que no respeta la autoridad paterna en el hogar, ni la del maestro en la escuela ó el colegio, difícilmente respetará, cuando sea hombre, las leyes ni las autoridades de su país; el hábito de la insubordinación lo acompañará hasta en sus últimos años. ¿Y en qué país, si no en el nuestro son menos respetadas las leyes de la Nación por gobernantes y gobernados? ¿En dónde se han cometido mayores escándalos en la trasmisión del poder y el manejo del tesoro público, y efectuado más revoluciones generales y locales en los últimos años? Y preciso es confesarlo, la mayoría de nuestros hombres públicos de la última década y de la que corre, han concurrido las aulas de los colegios nacionales, durante seis ú ocho años, y cada uno cuenta algún episodio de su vida de estudiante, que deja mal parada la disciplina del establecimiento en que se educó, ó lamenta todavía algún encierro merecido por alguna falta grave de respeto ó disciplina. Esto no importa decir que la educación dada en dichos establecimientos nos haya traído tales consecuencias; pero, ¿no es lógico suponer que alguna influencia ha ejercido? Está comprobado, por lo menos, que las direcciones recibidas al salir de la niñez y entrar en la juventud son decisivas en la vida del hombre, pocas veces se modifican, y si la modificación se produce no hay seguridad de que sea en el sentido del bien.

O estamos mal informados, ó la falta de disciplina ha sido un mal orgánico de que siempre han adolecido los colegios nacionales en nuestro país, quizás el peor de todos por la influencia perniciosa que han debido ejercer en el carácter de sus educandos, siendo muy raro entre ellos el que no cuente alguna sublevación de estudiantes ó haya pasado períodos de lamentable desorden, de desquicio tal vez, en que profesores y alumnos hacían lo que les daba la gana, y sabido es que de esta manera no se puede llegar sino á resultados desastrosos. Organizar estos establecimientos con la base de una sana disciplina es, pues, una necesidad requerida, no solamente por su buena marcha, sino también por el bienestar y el adelanto del país. Y esta necesidad, que se hace más sensible hoy que parece haberse relajado notablemente la autoridad paterna en el hogar, que los niños á los diez años son dueños absolutos de su voluntad y que la disciplina en la escuela primaria no es buena, debido, quizá, á la mala preparación de algunos maestros ó á que se han ido al extremo opuesto de los castigos corporales, es la que se pretende satisfacer en primer lugar en este Colegio, introduciendo orden en el trabajo y buena disciplina en la conducta general de los alumnos, como lo viene realizando desde tres años atrás.

***

Si hay algo incompatible para la marcha regular de un establecimiento de enseñanza ó de una institución cualquiera, es, indudablemente, la disciplina y el ocio. El trabajo ennoblece, dignifica al hombre; el ocio lo pervierte, lo envilece. La historia nos enseña que el día que un pueblo ha perdido sus hábitos de trabajo para entregarse á los placeres y la molicie, ha seguido una inmediata decadencia.

Nunca se habrá cometido mayor error que cuando se anatematizó el trabajo y se le consideró un castigo para la humanidad. El trabajo, desde cualquier punto de vista que se le considere, no fué, no pudo ser nunca un castigo que pesara sobre la frente del hombre, sino una condición necesaria de su existencia. ¿Qué son las civilizaciones oriental, griega, romana, media, moderna y contemporánea sino el resultado de la labor del hombre al través del tiempo y del espacio? ¿Qué son el barco á vapor, que, salvando las inmensidades del océano, une entre sí todas las comarcas de la tierra; la locomotora, que puede recorrer en un

tiempo relativamente inapreciable, la distancia que media entre las extremidades sur de los continentes y las tierras árticas; el telégrafo, que suprime la distancia y el tiempo para la comunicación del hombre con el hombre; el fonógrafo, que conserva el timbre y las modulaciones de la voz humana para las generaciones futuras, y los distintos inventos de la ciencia y la industria moderna, sino el resultado de esa misma labor al través de los siglos? Suprimase el trabajo, y se habrá suprimido la civilización.

Los pueblos que sobresalen entre los que marchan al frente de los destinos de la humanidad, son precisamente los más laboriosos, y los que se notan por su atraso, aquellos que más han descuidado su industria, que es la fuente de las riquezas de las naciones. Formar hábitos de trabajo, sobre todo tratándose de un pueblo joven que aun tiene que desarrollar su industria, su comercio y todos sus elementos de vida, es, pues, indispensable á todo



Srta. Concepción Campi, (Alumna de 1er año.) — Srta. Ana A. Piaggio, (Alumna de 2º año.) — Srta. Juana Martín, (Profesora de Matemáticas.) — Srta. Teresa Ratto, (Alumna de 4º año.) — Srta. Estela Parodia, (Alumna de 1er año.)

establecimiento de educación que no quiere perder el tiempo y dar seres inútiles á la sociedad.

Pero este Colegio no se ha conformado con el trabajo puramente intelectual, ha querido también el físico, y al efecto, ha introducido el slöjd en madera y los juegos atléticos como uno de los más saludables ejercicios corporales. «El hombre es una dualidad que es necesario desarrollar paralelamente». Como lo ha dicho Spencer, el primer requisito para tener buen éxito en la vida es el de ser un buen animal. Ha llegado ya la época de reahabilitar completamente el trabajo corporal.

No es esta, sin embargo, la única razón que ha motivado la introducción del trabajo manual en este Colegio y el de Corrientes: poderosas razones pedagógicas lo reclaman y la educación integral lo impone.

Nuestras escuelas nos presentan, hasta ahora, seres incompletos no sólo física, sino moralmente, y aun la misma educación intelectual que en ellas se da es incompleta y artificiosa, como lo tenemos comprobado por la observación.

Se declama mucho que se deben desarrollar armónicamente las facultades físicas, intelectuales y morales del niño; pero en realidad no se desarrollan sino las intelectuales, con detrimento de las demás. Por eso se ve, con frecuencia, jóvenes con desviaciones de la espina dorsal, un hombro más bajo que el otro, el torax hundido y los hombros cargados, y otros defectos físicos, la mayor parte de los cuales han sido adquiridos en la escuela.

Si de la educación física pasamos á la moral, la encontramos igualmente deficiente. Los sentimientos no se educan con lecciones teóricas sobre el bien y el mal, el derecho y el deber, etc., como generalmente se pretende hoy, sino ejercitándolos, si posible es, en la vida diaria.

Un fenómeno que con frecuencia se observa en nuestra sociedad naciente, es que un hijo de padres artesanos, que ha cursado dos ó tres años de estudios preparatorios, quisiera que su padre no fuera herrero, carpintero ó albañil, y hasta se sonroja de presentarse en sociedad con él; y si alguna influencia muy saludable ejerce el trabajo manual es, precisamente, la de hacer que el alumno tenga aprecio por el trabajo corporal y respete al artesano y al obrero. Es muy probable que el hijo de un médico ó abogado, aunque sea nieto de un zapatero ó albañil, desprecie á los que ejercen estos oficios y otros semejantes; pero si tiene la suerte de ser educado en una escuela en la que se le enseñe á cepillar una tabla, cortar una suela ó estirar un hierro, seguramente no los despreciará.

Los hábitos de economía, base del bienestar del individuo como miembro de la sociedad, orden y exactitud, que tampoco se adquieren por medio de lecciones teóricas, son una consecuencia inmediata de la enseñanza del slöjd.

En cuanto á la disciplina, podemos afirmar que en los cuatro años de experiencia que llevamos en la enseñanza de dicha materia, á ninguna clase hemos visto concurrir á los alumnos con más gusto que á las de trabajo manual, y que en ella el profesor no tiene necesidad de hacer uso de su autoridad para mantener el orden; el trabajo absorbe, generalmente, tanto la atención de cada alumno, que no le da tiempo á dedicarse á nada que pueda producir el desorden.

Lo que decimos de la exactitud, el orden y la economía, podemos afirmarlo también con respecto al sentimiento estético, que tampoco se educa en la escuela. Algunas lecciones de dibujo no bastan para formar el gusto del niño, y el trabajo manual salva en gran parte esta deficiencia, porque acostumbra al niño á apreciar la simetría, la proporción y la armonía en el conjunto de los objetos, así como la delicadeza en los detalles de los mismos.

Pero el trabajo manual, tal como lo ha introducido el señor Otto Salomón en la enseñanza, no educa sólo física y moralmente, sino que es un poderoso medio de educación intelectual; pues además de prestarse para que el niño aplique los conocimientos adquiridos prudentemente en la escuela, estimula la observación y desarrolla poderosamente la comparación y el juicio. Rousseau, hablando de esta enseñanza en su «Emilio» dice lo siguiente: Si ocupo al niño en el taller en vez de encadenarlo á los libros, trabaja en provecho de su espíritu: se hace un filósofo y cree solamente ser un obrero.

La enseñanza del trabajo manual en el Colegio Nacional del Uruguay, no responde solamente á la necesidad de llenar la gran laguna dejada por la escuela primaria, sino tambien á la más imperiosa de combatir la repugnancia que todos los jóvenes que se educan en establecimientos análogos, sienten por los oficios y los trabajos corporales, y á la de despertar el espíritu industrial, que tanto necesitamos para desarrollar las riquezas de nuestro suelo.

En nuestros institutos y colegios se educan jóvenes que si no pueden gozar del lujo y las comodidades que dan la fortuna, se entregan al ocio antes que al trabajo honrado, debido en parte á los defectos de la educación que en ellos reciben y en parte á herencias y preocupaciones de raza, que es fuerza combatir. Queremos, como nuestra madre patria, llegar al apogeo de la grandeza y merecer el respeto de las demás naciones, por el brillo de nuestras armas y el adelanto de las artes y las ciencias;

pero olvidamos el pan de cada día descuidando en absoluto la industria fabril, é intentando apenas la canalización de nuestros ríos, la explotación de nuestros bosques vírgenes y nuestras minas inagotables, y el cultivo de nuestras tierras fertilísimas. La ociosidad de la raza, dice Alberdi, la ineptitud hereditaria para la industria y la libertad no acabarán con prédicas y admoniciones; acabarán con la presencia estimulante de poblaciones activas formadas en el trabajo, mediante un período más ó menos dilatado, no de un día para otro.

* * *

Pero no basta formar poblaciones activas; la sociabilidad argentina no ha fijado aún el sello característico que ha de distinguirla de los demás pueblos de América, debido á la rápida extinción de la raza primitiva y á la corriente de inmigración europea, que la modifican diariamente, y es necesario fijar ese tipo peculiar si no queremos ser todo menos argentinos.

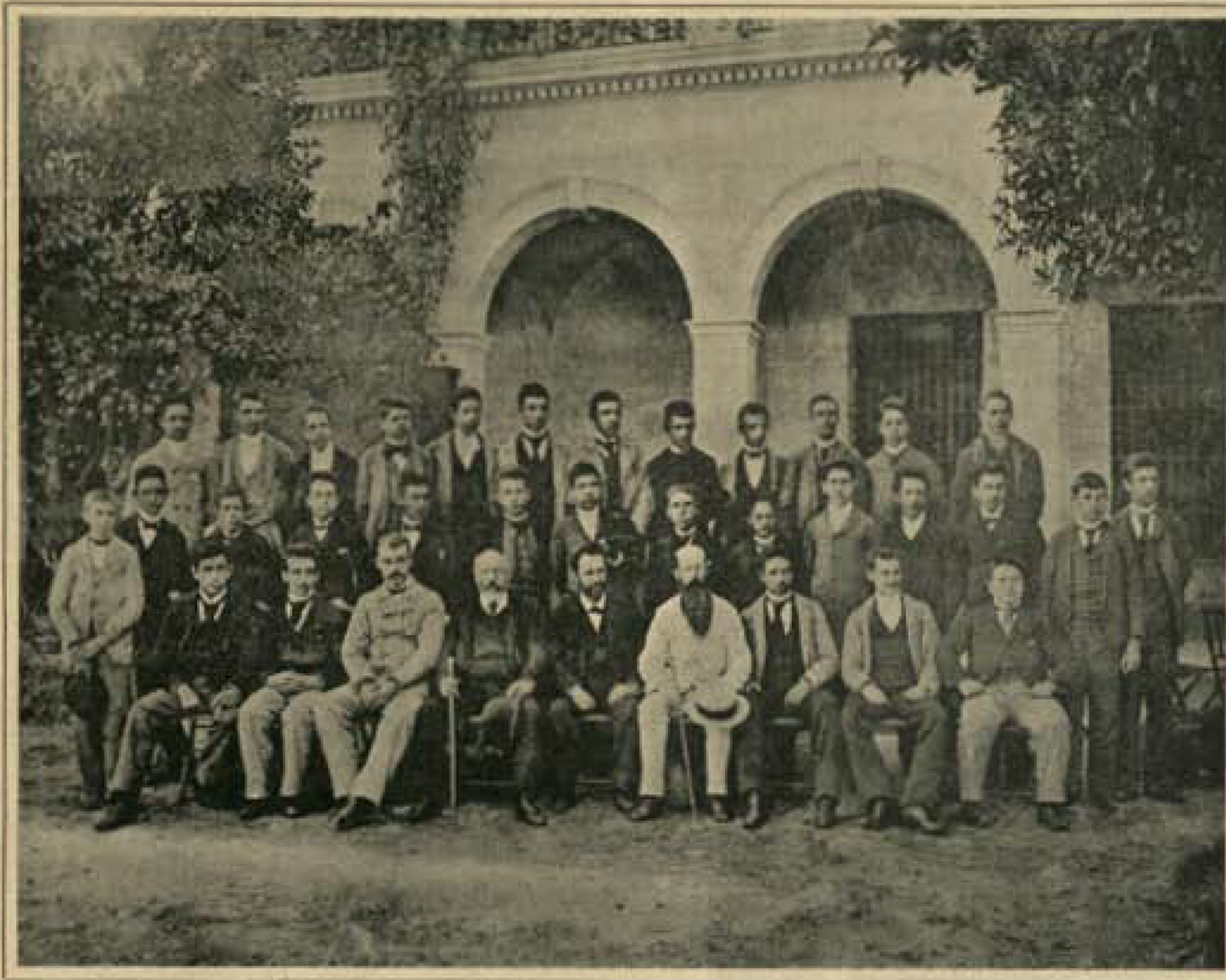
Es muy cierto que este tipo nacional será en tratar de formar una juventud amante de nuestras costumbres y de nuestra patria.

Interpretando esta idea y respondiendo á tan noble propósito, es que el Colegio Nacional del Uruguay excluye en lo posible los textos extranjeros, da preferencia capital al idioma castellano, á la geografía y á la historia argentina y se empeña por todos los medios en dar á la enseñanza un carácter verdaderamente nacional. Y no podía ser de otra manera, pues aparte de que nuestra sociabilidad así lo requiere, el histórico Colegio, creado por el vencedor de Caseros con el propósito de levantar el nivel moral de la juventud argentina, en época luctuosa para la República, por tradición y por origen no debe dar en sus aulas sino una educación eminentemente nacional y patriótica.

Tal enseñanza envuelve, necesariamente, para nosotros, profundo respeto y veneración por nuestro pasado y nuestros grandes hombres y acendrado amor á la patria. Un ciudadano desposeído de estos sentimientos no merece el nombre de tal, y el establecimiento de la fundación de una sociedad patriótica entre sus alumnos.

Hasta ahora los alumnos de los distintos establecimientos de enseñanza de la República habían fundado centros literarios, científicos ó musicales, pero, que nosotros lo sepamos, no se habían congregado con fines puramente patrióticos. Por esta circunstancia, los alumnos del histórico Colegio, al fundar la primera asociación de este género en nuestro país, tienen la gloria de la iniciativa, como tienen la de haber fundado la Sociedad Educacionista «La Fraternidad».

El patriotismo, aunque innato en el hombre, es, como todos los sentimientos, susceptible de estímulo, y las manifestaciones exteriores ejercen marcadísima influencia en el espíritu público. Nuestro himno, una oración patriótica, la bandera ó el escudo nacional son cosas que oímos ó miramos siempre con recogimiento y que, según la circunstancias, nos entusiasman ó nos conmueven verdaderamente. No ama la patria solamente el que sabe morir defendiéndola en los campos de batalla, sino también el



COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY — Primera excursión escolar argentina realizada en los días 13, 14, 15, 16 y 17 de Abril de 1892.

gran parte el resultado de las mil causas y circunstancias que rigen nuestro desenvolvimiento social; pero no lo es menos que la educación dada en nuestros establecimientos de enseñanza ejercerá una influencia poderosa en su formación. Desde 1816 somos libres é independientes de Europa, pero no moral sino materialmente. La Europa nos domina por las ideas, por la civilización y en las actuales circunstancias hasta por el oro. Estamos por demostrar en la práctica que no nos bastamos á nosotros mismos, lo cual equivaldría á probar que no somos una nación verdaderamente civilizada, si el mal estado financiero por que atravesamos no fuese causado por los malos gobernantes que se han sucedido en el poder. Con todo, necesitamos formar un pueblo laborioso que desarrolle nuestras riquezas naturales para alcanzar la completa independencia material y dar á ese pueblo el sello característico que nos ha de distinguir de los demás; necesitamos una civilización propia y no prestada, que nos asegure la independencia moral, y vivir en nuestro país como argentinos, como americanos y no como europeos, vivir para la América, ó lo que es lo mismo, para la democracia y la libertad, propias de esta tierra privilegiada. Debemos, ante todo, proponernos no ser extranjeros en nuestra propia tierra y educación que no las inspire se hace acreedor á una inmediata clausura.

La infancia es la edad más propicia para inculcar el amor á la patria, como lo es para formar el espíritu religioso en el hombre. No es otra la razón que induce al clero á fundar y sostener escuelas y colegios; sabe que las ideas adquiridas en los primeros años son las más duraderas y las que muy rara vez se borran completamente. Por esta misma razón los directores de establecimientos laicos de enseñanza, que no tienen que educar para la oración, ni para el claustro ni tampoco para formar congregaciones religiosas, sino para la patria, traicionan á ésta, que les confía la formación de sus ciudadanos, y la traicionan á sabiendas cuando descuidan la educación patriótica.

Entre nosotros, educar no debe ser solamente formar hombres capaces de desempeñarse en todas las circunstancias de la vida, sino también formar ciudadanos para la patria. Convicción es esta que debiera animar á todos nuestros educacionistas y que anima á la dirección de este Colegio cuando adopta textos nacionales, introduce las lecturas patrióticas, confía la enseñanza de la historia y la geografía especialmente á profesores argentinos, festeja las solemnidades nacionales y protege buen ciudadano y el que respeta su pasado y venera sus grandes hombres. Es por esto que la «Sociedad Patriótica» de los alumnos del Colegio Nacional del Uruguay, que se inició el 25 de Mayo último, con la más imponente procesión cívico-escolar que ha presenciado este pueblo, y cuyo fines son festejar nuestros aniversarios nacionales y estimular el patriotismo por todos los medios á su alcance, viene á llenar un gran vacío dejado en nuestra educación nacional. Secundada por otras sociedades semejantes, que, como no dudamos, se fundarán en numerosos establecimientos de enseñanza, cualquiera que sea su rango, arrancará poco á poco, al pueblo, de la indiferencia con que ve llegar y pasar en silencio fechas tan memorables para todo argentino, como el 25 de Mayo y el 9 de Julio, y contribuirá eficazmente á fortalecer el sentimiento del patriotismo en la generación que concurre á nuestras escuelas y colegios.

La juventud que se educa y se forma en dichos establecimientos para ir á ocupar, en breve, puestos más ó menos elevados en nuestra sociedad, sólo es capaz de abrigar sentimientos nobles, ideas elevadas. Extraña al comercio de la vida diaria y á toda pasión mezquina, no se inspira más que con ideas nobles y generosas, y cuando ante su vista se levanta

la efigie de la patria, triunfante en los campos de batalla ó abatida por el peso de la desgracia, su corazón estalla en sentimientos de alegría ó de dolor, y lo mismo quisiera morir al pie de su bandera, que acompañarla en los días de sus grandes glorias. Parodiar á Moreno, que concibe y dirige la revolución de medio continente; acompañar á San Martín escalando las montañas más elevadas del globo, ó organizar estados con Rivadavia son ideas igualmente acariciadas por sus mentes juveniles.

La patria, que fué el ídolo por que se sacrificaron nuestros grandes hombres de la revolución de Mayo, es también el de nuestra juventud, que no concibe nada más grande ni más digno de servir; y así como hoy le consagra sus sentimientos, su amor, mañana le consagrará sus obras.

Tales son nuestras esperanzas; y como el histórico Colegio abriga las mismas respecto de sus educandos, creemos que, guiándolos por medios de una disciplina razonable, acostumbrándolos al trabajo diario y perseverante, haciendo la enseñanza cuanto más nacional sea posible é inspirándoles amor á la patria, no defraudará los intereses de la Nación ni contrariará sus nobles propósitos. ¡Ojalá encuentre imitadores!

A. C. Muzzio,
(Profesor del Colegio).

DESPUES DE LAS VACACIONES LARGAS

AL DOCTOR JUAN J. BRITOS

Con motivo del centenario de la fundación del Colegio del Uruguay

La grandeza del Colegio del Uruguay terminó con el sacudimiento de Pavón. Cuando se reabrieron las clases, después de un interregno de cinco meses, conocido en la historia del Colegio con el nombre de «las vacaciones largas», los pocos que regresamos sentíamos algo como la opresión del vacío al notar la falta de tantos compañeros que se habían ido para no volver más.

El brillante grupo de salteños, donde aparecían en primera línea los Escobar, Ruiz de los Llanos, Outes, Ojeda, Uriburu, Salvatierra, los Peña, Díez Gómez, Wilde y Tamayo, quedó representado por los dos últimos.

La representación no cedía en calidad aún cuando había disminuido mucho la cantidad.

De los entrerrianos volvieron sólo Gilbert, Espiro, los Damianovich menores, con su apodo hereditario de «Chimangos», los Campos, Honorio Leguizamón, Casco, los Quesada, Ceferino Rodríguez, Miguel Britos, Alberto Ugarteche y Rafael Paradelo, con la pesada misión de seguir representando en las aulas á Onésimo Leguizamón, á del Río, á Juan Mantero, á Andrade, á Jorge y Eleodoro Damianovich, á Soneyra, á Ruiz Moreno, y á tantos otros cuya memoria es hasta ahora orgullo del Colegio.

De los sanjuaninos no quedaron más que el Pericote segundo y el Pericotillo, Pedro y Alejandro Quiroga; de los mendocinos el rubio Miranda y Pacheco «el grande», porque Wenceslao ya no era estudiante en esa época.

El grupo tucumano antiguo, donde figuraban los Roca, Colombres, los Córdoba, fué renovado completamente por los cadetes que habían llegado poco antes de Pavón; Gil, hoy coronel de artillería, ostentando sobre su pecho los cordones de soldado raso, lo que demuestra una carrera hecha palmo á palmo; Jesús María del Campo, Puente, Barquet, y el inolvidable José María Méndez, de colosal estatura.

De los correntinos, entre los que figuraban Segovia el jurisconsulto, Virasoro, hoy gobernador de la provincia, los Froy mellizos, los Martínez, que no han desmentido, en su accidentada carrera, sus antecedentes de carácter y honradez; Acuña, etc., sólo regresó Adolfo Pujato, á quien recuerdo con cariño, y no he vuelto á ver desde el año 1863.

De Catamarca sólo quedó Aurelio Herrera, escritor humorista, que hizo célebre en Buenos Aires el pseudónimo de «Teseo». De Jujuy, La Rioja, San Luis y Córdoba no volvió ninguno, y de los porteños, en el primer momento, regresó Rómulo Avendaño, *el doctor*, una de las inteligencias más claras y precoces, *pendant* de Matías Behety, y más tarde Libarós y Pírides Pietranera, que murió como un héroe prestando sus servicios como practicante mayor en los hospitales de Buenos Aires durante la cruel epidemia de 1871.

De los paraguayos, aquella falange de muchachos inteligentes, destinados á llevar la *buena nueva* á su patria, con menos ruina que la triple alianza, los Iturburu, los Decoud, Ferreyra, Machaín, Cañete, Sosa, no volvió ninguno.

El grupo de orientales quedó reducido á unos pocos externos: Isidoro y Juan Aramburú, Julio Galán, y tú, viejo compañero; pero quedó interno, como un recuerdo clásico, Juan Barboza, el tipo más original de cuantos han pasado por el Colegio, y de el quiero hablarte.

***

Juan Barboza era sublimemente feo. Cara muy pequeña, con una descomunal nariz; boca de oreja á oreja y éstas muy paradas; la barba retorcida hacia arriba en pugna con juntarse con la nariz, de modo que entrambas formaban como el pico de una ave de presa. Los ojos grandes, con un tinte amarillento, cejas largas y cerdosas; frente espaciosa, calva incipiente, rostro color cobre viejo.

Alto y enjuto, manos secas con gruesos nudos en las falanges de los dedos, terminados por unas uñas amarillentas y encorvadas. Para completar, tenía una manzana de Adán semejante á su nariz, que subía y bajaba siguiendo las inflexiones de su voz en un larguísimo cuello, cuya flacura dejaba ver todo un sistema complicado de cañerías y cordajes. Este era el tipo físico.

El tipo moral no era menos interesante. Lleno de ideales grandiosos, soñaba con la reconstitución del virreinato del Plata (la capital debía ser en Palmira); su patriotismo era un chauvinismo sublime. Nunca nombró al Brasil sino por el «Imperio esclavócrata», á la Inglaterra la pérfida Albión, á causa de las Malvinas; á los españoles, godos, y á los demás hombres del mundo, extranjeros.

***

Los que regresamos al Colegio, después del ciclón del 61, nos encontramos con la inmensa casa casi desierta. De mas de seiscientos que éramos al despedirnos para las vacaciones, sólo volvimos á encontrarnos unos sesenta entre internos y externos. ¡Qué tristeza fué aquella vuelta al Colegio!

Ya en los recreos no se hacían aquellos partidos de *marías* (rescate) donde tomaban parte treinta compañeros por cada bando; no se oían los gritos alegres de una juventud exuberante de vida; no se oía la alegre orquesta en el patio de mármol, acompañando unas cincuenta parejas de bailarines, durante el recreo de la tarde: todo era silencio y abatimiento.

El estado general de los espíritus alejaba aún á los más niños de los ejercicios bulliciosos: reinaba una epidemia de tristeza. Los mayores se paseaban gravemente bajo los amplios claustros conversando á media voz, y algunos dedicaban las horas de recreo á hacer repasos peripatéticos. Mi compañero de estos repasos era el malogrado Isidoro Aramburú, con quien los continuamos después bajo los sauces del antiguo Paseo Colón en Buenos Aires, contigo y con Ceferino Rodríguez. ¡Qué recuerdos!

Fué en aquel teatro reducido donde se elevó la personalidad de Juan Barboza; parecía un símbolo de desolación que se elevaba en aquel campo de tristeza. He visto después cuadros de ruinas griegas en que se destaca una gran cigüeña, y siempre en ellas me ha parecido ver á Barboza en el patio del Colegio del Uruguay.

***

En esta situación, Barboza tuvo una idea genial: la de hacer conferencias sobre asuntos políticos, históricos y científicos.

Era digna de oirse la parodia que hacía del general Mitre, cuando, después de Cepeda, y acompañado del general Urquiza, rodeados de un séquito reluciente de galones, formado el Batallón de Colegiales en el gran patio, pronunció aquel discurso, que todos sabíamos de memoria, que terminó por ofrecer, á nombre de la provincia de Buenos Aires, un mobiliario completo para reemplazar el vetusto de nuestras aulas, y eran impagables las conclusiones acerbas á que llegaba el conferenciante comparando esas promesas con el estado á que había quedado reducido el Colegio bajo la administración del grande hombre.

Un día imaginó una misión del Gobierno inglés cerca del Gobierno argentino. Aquél fué representado por un embajador, el mismo Barboza, con el nombre de lord John Barbosak, y éste por un plenipotenciario, Ceferino Rodríguez, otro soñador, espíritu tan desinteresado y alma tan elevada, que creo hizo bien de dejar este mundo en los dinteles de la vida, para sustraerse á crueles desencantos.

Se formó un dosel con colchas blancas y azules, donde el embajador argentino expresaba al inglés, que se presentó envuelto en una manta punzó á guisa de túnica, y rodeado de un grupo de secretarios. La escena pasaba en la sala de filosofía, y era presenciada por todos los colegiales y profesores.

El delegado argentino hizo una exposición que terminaba por exigir la devolución de los islas Malvinas. Lord Barbosak, á nombre de su soberano, hizo un discurso tratando de atenuar la usurpación, y terminó por declarar solemnemente, á nombre de su Gobierno, que se hacía un deber en devolver á la República Argentina aquel pedazo de su territorio.

El proceder era poco ajustado á las prácticas inglesas; pero no pareció extraordinario á ninguno de los circunstantes. ¿No eran todos hijos de un país que ha declarado *de veras* que la victoria no da derechos? ¿Acaso no procedieron como John Barbosak los que suscribieron esa declaración en la cuestión de límites con el Paraguay?

***

Después de este éxito, Barboza inició la idea de constituir una República federal, formada de dos provincias: la de Oriente y la de Occidente; el gobierno federal era formado exclusivamente por un Presidente y sus ministros. Cada provincia tenía una cámara, y sesionaban éstas una en la sala de filosofía y otra en la de música, durante las horas de recreo.

La presidencia, inútil es decirlo, le fué adjudicada á Barboza. Este empezó por no constituir ministerio, y á asumir una especie de dictadura.

La cámara de Occidente, presidida por Jesús María del Campo, hizo algunas manifestaciones hostiles contra el Presidente; hubo discursos violentos contra la tiranía «que asomaba su faz siniestra», y en una sesión, para siempre memorable, se declaró caduca la presidencia de Barboza.

La cámara de Oriente, que me tocaba presidir entonces, desconoció las facultades de la otra cámara para adoptar por sí sola medidas que afectaban al gobierno general; hubo conflicto de atribuciones, discutido en largas notas.

Influyó mucho para estas resoluciones el rumor de que del Campo aspiraba á la presidencia y á sustituir á Barboza en la dictadura.

De aquí la rebelión de la cámara de Occidente, y lucha con la de Oriente, que continuó reconociendo el gobierno de Barboza.

La lucha se hacía larga y hasta peligrosa; por supuesto que cada uno de los bandos tenía un diario (manuscrito) que, cumpliendo con la misión que le corresponde en toda sociedad bien constituída, decía improperios de sus adversarios y agriaba cada día más los espíritus. Hubo pueblada, en las que los partidarios de una cámara iban á interrumpir las sesiones de la otra, y más de una sesión terminó por verdaderos combates, con efusión de chocolate, entre diputados, barra y agentes del orden.

Estos juegos acabaron por calentarnos de veras. No de otra manera se forman los odios en las guerras civiles. Nunca he leído la historia de las contiendas en el país de Liliput, sin recordar la de los partidos del Colegio, que es la de todos los tiempos y todos los países, más ó menos.

***

En esta situación, el doctor Larroque convocó á los jefes de los partidos en lucha;

les demostró cómo un juguete inocente se estaba convirtiendo en un verdadero peligro para la armonía de colegiales, que habían vivido siempre como hermanos. Les invitó á suprimir la prensa, y les propuso que la contienda se decidiera en un gran partido de narias que tendría lugar en el puerto de los Barcos.

Veinte compañeros por cada parte, bajo la dirección personal de Barboza y de del Campo, y en el centro de las dos líneas, colocado á ochenta metros de distancia, un tribunal que fallare en los casos de duda, compuesto del mismo doctor Larroque, el padre Cayetano Curcio, buen fraile y de grato recuerdo, y Remigio Gil como ayudante.

Barboza, para el día de la batalla, se presentó con su ministerio organizado. Tú eras ministro de la guerra, y llevabas el pecho cubierto de medallas; creo que las habías cortado de cartones de cajas de camisas; Isidoro Aramburú hacienda y relaciones exteriores, Tamayo del interior, y yo de justicia, culto é instrucción pública.

Me creo obligado, en mi calidad de hombre público, de declarar que como ministro de instrucción no dicté, como es de práctica, un decreto modificando el plan de estudios en los colegios nacionales, cosa que no han dejado de hacer todos los ministros que se han sucedido en esa cartera, y que he llegado á convencerme debe ser de absoluta necesidad para el buen gobierno y para la reputación de un ministro, aún cuando tengo mis dudas acerca de las conveniencias de estos cambios de planes que duran... lo que dura un ministerio. Pido á los estudiantes me tengan en cuenta mi buen proceder en aquel ministerio de *ñanga pichanga*, pero sin obligarme á no hacer también mi plan de estudios en caso de un ministerio *pour tout de bon*.

Pero dejemos digresiones, y volvamos al combate del puerto de los Barcos.

En las primeras salidas, los del campistas nos hicieron algunos prisioneros en condiciones discutibles. El caso fué fallado desfavorablemente á los barbozistas; pero llegaron las seis de la tarde sin que la batalla quedara decidida, si bien aquéllos tenían mayor número de prisioneros.

El tribunal falló declarando vencido al partido barbozista; pero Barboza no reconoció la legitimidad del fallo ni las facultades del tribunal para dictarlo. Continuó considerándose presidente legal y comparándose con Oribe, de quien era ardiente admirador.

Entonces Barboza escribió en un folleto la historia de la República del Colegio. Esta fué su obra maestra. Allí contaba cómo el Colegio vivía hundido en el oscurantismo, hasta que surgió un hombre de genio que organizara la República: este hombre era *Juan Barboza*. Allí contaba las asechanzas del enemigo extranjero, *el francés*, contra el gobierno constituído. Terminaba declarando que se retiraba del Colegio para lamentar en el ostracismo la ruina de las instituciones, por las que se había sacrificado.

***

Y en efecto, Barboza salió del Colegio para acogerse al abrigo protector de su ex ministro de la guerra, tú, querido Juan José, que, niño de 18 años, habías sabido formarte una posición independiente, á la vez que seguías tus estudios. Tenías cuarto de cinco pesos de alquiler en casa de «Churrinche», cama de fierro, sillas, y hasta un piano horizontal. Allí nunca faltaba mate, servido por el negrito José, y algunas veces había tortas de la panadería de Bilbao.

Cuando flaqueaba el presupuesto, Barboza imponía alguna contribución á los visitantes, declarando con voz hueca y cavernosa: —«Aquí á nadie se obliga; pero nadie sale sin soltar un petacuin.»

***

Poco después dejó también el Colegio el doctor Larroque; vino el doctor Vico en su lugar; hicimos la revolución de 2 de Junio de 1864.

Barboza, aunque separado del Colegio, era partidario de la revolución, esperando el triunfo de ésta para obtener la empresa de la proveeduría de la casa que entonces tenía Carosini. La última utopía de aquel gran soñador fué proveer á sus antiguos compañeros de una comida abundante y suculenta; él no pretendía ganancias; él, que había sido colegial, no iba á hacer fortuna con el hambre de sus compañeros, y cierto que así lo pensaba cuando lo decía, sin perjuicio de pensar de otro modo cuando llegase el momento. No hay nada que endurezca el corazón como una proveeduría.

Pero nuestra revolución fué vencida, y la empresa Barboza y compañía quedó en esperanzas.

Aquella revolución, como toda revolución que se respeta, tenía grandes ideales, propósitos desinteresados y todo lo que es de práctica en estos casos, y hasta un amigo para darle las proveedurías cuando triunfase.

***

Hace más de treinta años que pasaban estas cosas.

En este tiempo he visto unas cuantas revoluciones y muchas evoluciones; he visto dictadores desterrados, revoluciones vencidas y vencedoras, y he leído muchos manifiestos al pueblo.

No he visto nada que no haya aprendido desde el Colegio, y las mismas palabras, las mismas declamaciones; la legalidad invocada por los unos, la reivindicación de los derechos usurpados por los otros; las mismas pequeñeces engendrando odios implacables; las mismas ambiciones rompiendo vínculos sagrados.

¿Es cierto, entonces, que la humanidad no hace más que recorrer una circunferencia, de la que sus medios limitados le impiden salir?

JULIO FONROUGE,
(Abogado).

EL TIEMPO

Todo cambia en la vida
Bajo la acción del tiempo despiadado,
Que todo lo avasalla y lo destruye
Con brazo en su rigor apresurado.

Pasan las horas y otras nuevas horas
Encadenadas vienen y otros días,
A robarnos los goces y alegrías;
Y el corazón que late en dulce calma
Parece, sin embargo, que presiente
La desgracia, que avanza prestamente,
A hundir en luto y desaliento el alma.

En el negro horizonte del pasado,
Que el recuerdo aclara,
Vense cruzar los seres que hube amado,
Como una caravana gigantea
Que el tiempo ha dispersado.

Y entre las sombras que el dolor condensa,
Transfigurados luego,
Mil espectros de fuego
Surgen rasgando la tiniebla densa.

Son los manes queridos
De aquellos seres que en el mundo fueron,
La esperanza y la fe de los que amaron
Que flotan en el éter suspendidos.

Todo cambia y se abate
Al imperio del tiempo despiadado,
Que corre con furor precipitado,
Impelido, quizá, por el embate
De las generaciones que han pasado.

Los ilustres varones,
Que la historia proclama,
Y difunden en altas vibraciones,
Los bronces de la fama,
Son astros, que en la noche de los siglos,
Se destacan brillantes,
Cual surgen en la noche y en el cielo
Mil fúlgidos diamantes;
Son aurora grandiosa,
Que triunfa de la vida transitoria
Y se alza sobre el tiempo victoriosa.

¡Todo cambia en la vida!...
Sobre el tiempo, la gloria
Tan sólo impera, altiva y soberana,
Irradiando en la historia
La viva luz del sol de la mañana.

J. CRISÓSTOMO ALVAREZ,
(Liceato.)

EL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

ÚLTIMOS CUADROS

Dedicado á Chimango (el doctor Jorge Damianoviche).

I

Maravillosa facultad la memoria, que nos permite volver á vivir la vida que vivimos antes; que acumula á las alegrías y las penas del presente, las penas y las alegrías del pasado. Facultad felizmente optimista, pues llena de inimaginables perfecciones los ideales de la juventud, ya se trate de la gloria, de la ciencia, del progreso, de la libertad; ya de la poesía, del amor ó de la amistad; optimista también respecto de nuestros sentimientos, pues ayudada por el tiempo, atenúa, suaviza las penas más hondas y profundas, los dolores que un día creímos eternos, inconsolables, y que se convierten al fin,—¡dulce consolación!—en melancólico, tierno recuerdo.

Estas reflexiones asaltaban nuestro espíritu al hundir en las sombras lejanas del pasado al poderoso telescopio del recuerdo, viendo aparecer, radiantes de luz y poesía, los cuadros de nuestra vida claustral en el Colegio del Uruguay, viéndolos, tal vez, más bellos y poéticos de lo que realmente fueron, por estar indisolublemente ligados á los ensueños de la primera juventud.

Y al emprender esta última excursión al país sin fronteras fijas de las reminiscencias juveniles,—obligado por la reiterada y amable invitación del doctor Zubiaur, actual y digno Rector del histórico Colegio, que festeja con una publicación literaria el 45º aniversario de su fundación,—he querido, caro amigo Jorge, me acompañes tú haciéndome la ilusión de que retrocedemos juntos más de treinta años en el camino de la vida, que dejamos á un lado, por un momento, el pesado fardo de nuestra triste experiencia y que, con paso suelto, alegre, casi alado, pues la juventud tiene alas aunque invisibles, salimos, como antaño, del estudio de *mayores* y nos encontramos en pleno claustro en el momento grato de la recreación.

II

Bosquejamos en artículos anteriores las personalidades descollantes de maestros y discípulos. Surgieron, aunque sin el relieve y acentuación que da el talento, la figura inteligente, dominadora y simpática del ilustre Larroque, el verdadero creador del Colegio del Uruguay, el que le diera lustre y fama para trasponer las fronteras nacionales, y alcanzar á los últimos límites del antiguo virreinato de Buenos Aires. La venerable de Mr. Clark, *alma mater* del Colegio, pues tenía para los desamparados, los huérfanos de toda protección, cuidados y cariños que revelaban un corazón casi maternal. La respetable, y para nosotros eternamente querida del canónigo Ereño, vice-rector del Colegio, cuya severidad aparente de limas no podía ocultar el fondo inagotable de bondad y rectitud que lo caracterizaban.

Y al lado de esas figuras descollantes, surgieron también las de maestros tan distinguidos como los Pasquier, Lavergne, Folrán, Ibarguren, Ruiz de los Llanos, García Quirno, Churruarín, Heguas, Landa, etc. Y en brillante cortejo, con todos los resplandores de su naciente gloria y reputación, aparecieron los antiguos estudiantes del Colegio; poetas como Olegario Andrade; oradores como Onésimo Leguizamón; jurisconsultos como Segovia, Machado, Basualdo; militares como Julio A. Roca, Eduardo Vázquez é Hilario Lagos; escritores como E. Wilde, M. Behetti, Francisco Fernández, Florencio Zapata, Eliseo F. Outes, etc.; magistrados como Ibarguren, Churruarín, Damianoviche, Del Carril, Escobar, Ruiz de los Llanos (V.), Amaleo Benítez; hombres de estado como V. de la Plaza, Pacheco; literatos, abogados, médicos, ingenieros, educacionistas, comerciantes, funcionarios públicos, etc., etc., á quienes hemos mencionado, con palabras de justicia, en nuestros anteriores artículos.

Pero no vamos á reproducir ahora los cuadros de la vida intelectual del Colegio.

Vamos á diseñar algo que tiene para nosotros un interés más vivo. Vamos á penetrar en la vida social, en la vida de familia, en la vida íntima del Colegio, porque durante largos años, que fueron, sin embargo, muy cortos y fugaces, formamos una familia estrechamente vinculada por los lazos del afecto, y que obedeció siempre como á una consigna de honor, á un alto sentimiento de solidaridad, de fraternidad.



COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY — Taller de trabajos manuales — 1893.

La composición del Colegio,—que la forma la masa estudiantil, y en la que influyen las individualidades originales;—la disciplina semi-claustral, semi-militar á que estábamos sujetos; la alimentación é higiene de la vida común; los paseos, diversiones y juegos estudiantiles; los apodos, las travesuras de los colegiales, etc., etc., darían tema para cuadros interesantes, si fueran trazados por un pincel vigoroso y pintoresco; nosotros nos limitaremos, á la luz vaga de nuestros recuerdos, á hacer pálidos bosquejos. Su único mérito consistirá en su verismo; en que por desgracia, no podríamos merecer el reproche hecho á Voltaire, que refiriendo una anécdota espiritual, graciosísima, fué observado por un testigo presencial, de que el relato no era enteramente fiel: «Usted tiene tal vez razón; pero, ¿acaso no es más gracioso, más espiritual, como lo cuento yo?

III

El Colegio del Uruguay,—y es ese uno de sus rasgos originales, interesantes,—no era un colegio entrerriano, ni aún exclusivamente argentino en la composición de su personal estudiantil. No era exclusivamente entrerriano porque todas las provincias argentinas, de Buenos Aires á Salta y Jujuy, tenían allí mayor ó menor representación. No era exclusivamente argentino tampoco, porque el lejano Paraguay y el vecino Uruguay estaban representados por grupos de alguna importancia.

El general Urquiza, el fundador del Colegio, su Mecenas, cuya amplia inteligencia y notable talento político todo el mundo reconoce, hizo un centro de atracción intelectual que alcanzaba no sólo á la República Argentina, sino también á las vecinas; de suerte que le diera, aún en el exterior, justo título para unir á sus prestigios militares los de protector de las ciencias y las letras.

Allí estaba reunida buena parte de la juventud argentina de la época, y basta citar algunos nombres históricos, de caudillos y familias muy distinguidas, para comprender, no sólo la importancia del establecimiento, sino la suma de influencia política que representaba en el mecanismo íntimo de la política nacional.

Allí podían verse los Virasoro, de Corrientes, los Benavídez, de San Juan, los Peñaloza, de La Rioja, los Videla, de San Luis, los Benegas y los Calles de Mendoza, los Hilario Lagos, Nadal, etc., de Buenos Aires, los del Campo, de Tucumán, los Alvarado, de Salta y tantos otros apellidos históricos, en sus respectivas provincias.

Y para dar á la composición del Colegio más completa idea, aunque para unos peque de prolijo, y para otros, con mas razón, de incompleto, pues no es posible escapar á sensibles omisiones, y nos atenemos á nuestros recuerdos personales, limitados á ciertos grupos, vamos á evocar los estudiantes mayores del Colegio del Uruguay.

Empecemos, pues estamos en Entre Ríos, y *á tout seigneur tout honneur*, por los entrerrianos. La lista es larga y brillante. Encabézala, Olegario Andrade, el gran poeta, y le siguen José L. Churruarín, el más popular y querido de los estudiantes por la bondad de su alma, jefe hoy del partido radical, entrerriano; Jorge Damianoviche, Onésimo Leguizamón, Benjamín R. Basualdo, Juan A. Mantero, notable talento malogrado; Clodomiro Cordero, espíritu generoso y soñador, también malogrado; Francisco Fernández, *Francisquillo*, novelista romántico y escritor fogoso; Floriano Zapata, de estilo sarmientesco; Martín Ruiz Moreno, Martín *Guerra* según el apodo característico de su temple quisquilloso.

¿Seguimos adelante? Sí, porque hay omisiones que serían delitos. Se presentan, pues, Torcuato Gilbert, el *Ñato* Gilbert, con muchas más narices políticas que naturales y que figura siempre en los Ministerios ó en el Congreso; Anastasio Cardassi, abogado y músico, manejando la flauta con sentimiento exquisito; Diego Fernández Espiro, Romualdo Retamal, «la China», Julio Fonrouge, uno de los primeros abogados argentinos; Juan José Soneyra, José Joaquín Sagastume, ministro casi vitalicio de Entre Ríos; Balestrini, Manuel U. Masramón; Enrique Masón, con inteligencia igual á su carácter; N. Medrano, Alberto y Eduardo Larroque, herederos de la inteligencia paterna; Alberto Ugarteche, el médico abnegado y de nobilísimo carácter; Eleodoro Damianoviche, médico distinguido; Francisco y Carlos Ugarteche, los Calvo, Nicanor, Jacinto y Eugenio, á quienes siempre les sobró pelo... y hoy canas y generosos sentimientos; Francisco Quesada, «Ponchito,» excelente médico y amigo; Miguel Britos «Miguelito,» Intendente progresista y honorable del Uruguay ha poco y amigo fiel y consecuente.

¿Proseguimos aún? Sí, aunque sea necesario tomar un poco de aliento y estimular á los lectores con la leyenda: *Qui m'aime me suive*. Son también Eduardo Legarreta, cuya temprana muerte fué tan sentida en Buenos Aires donde su talento y carácter le habían conquistado alta posición social; y Justo Urquiza, tan inhumanamente sacrificado en 1870; Ventura Herefiá, de la familia del célebre caudillo de su nombre, y con quien habíamos descubierto, á fuerza de buena voluntad, un parentesco que arrancaba de las montañas eúskaras; Honorio Leguizamón «el Conejo», espíritu cultivadísimo, excelente médico y que fué rector del mismo Colegio, como lo fuera Carlos Jurado, el silencioso y taciturno Jurado; F. Villanueva «el tigre Villanueva», jefe de la artillería de López Jordán; los López, sobrinos del mencionado López Jordán; Juan O'Connor, trabajador inteligente é infatigable, mi amigo y compadre y que se ha hecho él solo una alta posición industrial; «el Indio Casco», tipo simpático de criollo; Pedro Ezeiza, él, como decía Manuel Fernández y González, densamente pálido, melancólico, tétrico, y casi fúnebre Ezeiza; Eusebio Gómez, cuyos talentos tanto prometían y á quien no oímos nombrar ha mucho tiempo; José M. Cordero, Lucilo del Castillo, distinguido médico cirujano; Juan Cabazza, el intrépido comandante del *Andes*, marino y bravo como su padre; los Berón, Tolentino y Filomeno, este último músico notable; Antonio García; los Paradelo, tan buenos, tan excelentes amigos siempre; los Olmedos, cuyo carácter ha podido juzgar Montevideo por el de Sebastián, cuya muerte fué tan merecidamente sentida aquí.

Y terminada esta interminable revista entrerriana digamos á los que encuentren grande el marco para la pequeñez del asunto, que hay que compadecer con el poeta á los que no alcanzan la grandeza relativa de ciertas *pequeñeces*. Seguiremos, y ustedes dirán si esto es una promesa... ó una amenaza.

⁂

Ha desfilado el brillante escuadrón entrerriano y se presentan ahora sus vecinos por el Norte, los correntinos. Son pocos, pero valen. Encabézalos Lisandro Segovia, notable jurisconsulto, cuyas opiniones se citan como autoridad en nuestro foro. Hoy mismo hemos visto, en sentencia dictada ha pocos días por el juez letrado departamental del Salto, que la doctrina legal aplicada por el juez, se apoya en una opinión de Segovia. Siguen tras éste Benjamín Virasoro, ingeniero distinguido y actual gobernador de su provincia; Pedro C. Reina, magistrado honorable; M. Escobar, mi compañero de repaso en una formidable acometida á la geometría á fin de año, materia que habíamos descuidado algo durante el curso y cuyo examen nos hacía temblar. Nepomuceno Serrano; Muniagurria, bravo oficial, después muerto en una acción revolucionaria; Pujato, los Acuña, dos gemelos, cuya semejanza, superior á la de nuestros Arredondos, era tan maravillosa, que nadie los distinguía cuando no estaban juntos. Ambos tenían un apodo común, nacido de su cara ancha, algo chata y sin expresión, como esos soles de la bandera patria: se les llamaba «Sol de Mayo».

Pasar de Corrientes á Santa Fe es cosa fácil teniendo la común arteria del caudaloso Paraná. Santa Fe estaba representada por Aureliano Argento, el «Fraile Argento», como irreverentemente le llamábamos, y á quien, siguiendo esa misma broma, consagró «Obispo» en nuestra Universidad, donde concluyó su carrera, el espíritu satírico de A. F. Costa. Argento, que es hombre de bellísimas prendas, ha figurado en el Congreso Nacional Argentino como Senador y es hoy uno de los prohombres del partido clerical argentino; Pedro N. Arias, escritor distinguido y magistrado de competencia y rectitud notorias; Almanzor Lasaga, que sufriendo la influencia hipnótica de su nombre novelesco, caballeresco y morisco, se lamentaba de haber venido al mundo en esta época vulgar, prosaica, y no en la de la andante caballería, en la cual la pujanza invencible de su brazo, y el aliento poderoso de su corazón, le habrían conquistado alguna princesa encantada con la dote consabida de un gran reino. Y que, interín, se consolaba de su mala fortuna rezando rosarios con el viejo «Don Felipe», de quien más adelante hablaremos, y atrapándole por el lado flaco, esto es, por el lado tuerto, pues el buen viejo lo era, alguna de aquellas tortas redondas y azucaradas en su parte superior, que eran delicado regalo de los estudiantes adinerados ó industriosos.

Era también Pedro Dachari, de quien tuvimos noticias directas hace algún tiempo con motivo de un asunto judicial á los que se dedica; eran los Puccio y era Fillol, el *catalán*, á quien dieron jaleo algún tiempo, diciendo de él, que al día siguiente de su llegada al Colegio, y con un acento que sólo debe oírse en Barraquetas, había preguntado: «Avingut ó Correo á Polacra la Raquel?» La juventud tiene alegría para reír de todo, aún de lo que no tiene gracia. La gracia, la divina gracia, está en ella.



COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY — Clase de [illegible] — 1893

⁂

Buenos Aires y Córdoba tenían escasa, muy escasa representación. Y era natural que así fuera. Centros intelectuales de primer orden, con Universidades justamente acreditadas, no podían preferir un colegio en Entre Ríos, cuyo nombre fué la obra de largos años de extraordinarios esfuerzos.

Los nombres de los estudiantes porteños revelan, más claramente que otros, el pensamiento político á que, además del de progreso, servía el colegio. Son Hilario Lagos, coronel cuyas solapas reclaman ha tiempo las palmas de general; Baldomero Lamela, los Nadal, Corvalán, Victorica, Pietranera, Cordero, García Quirno, etc., apellidos todos de notoria estirpe federal y en su mayor parte de estirpe militar también. Y consecuente con eso eran mirados como oficiales, y marcharon como tales á Cepeda y á Pavón.

Los de Córdoba, son ménos conocidos y nosotros confesamos nuestro pecado, no tenemos recuerdo claro, en cuanto á los

nombres, sino de Camilo Ugarte, de notables talentos musicales.... y gimnásticos. Ugarte era uno de los más simpáticos y más diablos estudiantes del Colegio, de los pocos que se escapaban de noche por una de las aberturas de las ventanas á la calle, la de un vidrio roto en el arco superior, lo que requería una agilidad y un vigor de músculos extraordinarios. Y era el único, el único entre todos, que, sin cuerda, aprovechando las ligeras desigualdades salientes del edificio, igualando sino superando á un cuadrumano, subía á la azotea desde la calle y penetraba otra vez al Colegio. Cien veces hemos mirado el paraje donde Ugarte realizaba su ascensión y nos hemos dicho: mentira, imposible! Y, sin embargo, era cierto. El amor á la libertad y el amor á la libertad del amor, hacen esos prodigios.

⁂

Los provincianos del interior, exceptuando los mendocinos, tucumanos y salteños, no formaban grupos definidos. Nosotros no podríamos, al menos á tan larga distancia, destacarlos separadamente.

Entre el grupo de mendocinos se señalaban los Calles, especialmente Francisco, que ha sido diputado al Congreso Nacional, hombre sumamente distinguido, y cuya familia fué casi exterminada por el tristemente célebre terremoto de Mendoza. Wenceslao Pacheco, *el loco Pacheco*, cuya cordura y talentos, que lo elevaron al profesorado, al Congreso, á los ministerios, ha proprotestado contra el irreflexivo apodo; Tiburcio Benegas, gobernador ha poco de Mendoza.

Tucumán tenía representación brillantísima. Basta citar á los Roca, especialmente á Julio, á Eduardo Wilde, á Luis y Guillermo Araoz, Jesús María del Campo, á Jesús E. Bustamante, á los Córdoba, Lúcas y Nabor, y á tantos otros.

Lúcas Córdoba,—de los otros ya he hecho alguna referencia especial anteriormente,—el *Bocacho*, como le llamábamos, porque la suya recordaba la boca del Guazú, era un hombre extremadamente simpático, gracioso, espiritual. Cuentan de él, que vuelto á la provincia natal y enamorado sin correspondencia de espléndida y cruel comprovinciana, juró por su honra que si no ablandaba el corazón de la ingrata se tiraría un tiro».

Algún tiempo después del juramento oyó su familia con el espanto consiguiente, el estampido de un tiro disparado en su cuarto. Al grito de la madre, Lucás! mi hijo! respondió en el acto aquél diciendo con voz sonora y festiva: No se asuste, mamá, había jurado *tirarme* un tiro y he cumplido el juramento; me lo tiré.... pero á errar!

El grupo salteño era selecto y numeroso: componíanlo, entre otros, Olegorio Ojeda, los Ruiz de los Llanos (Ventura y Rafael); Manuel Escobar, Eliseo F. Outes, Sidney Tamayo, Dámaso Salvatierra, los Peña, (Pedro, José, Manuel y David), Federico Ibarguren, Victorino de la Plaza, los Figueroa, especialmente Benjamín; David Tezanos Pintos, Jacobo Larrain, M. Herrera, *Tesco*, el antiguo, original y fecundo cronista de *La Prensa*; Mariano Alisedo, Avila, etc., etc.

Todos ellos, altos magistrados, escritores, diputados, ministros, abogados, médicos, ingenieros, etc., son bien conocidos en la República Argentina y de los que más honor y brillo han reflejado sobre el histórico Colegio.

⁂

Los grupos paraguayo y oriental completaban la masa del Colegio, á la que se podía agregar algún *Gringo* como Lantelme, de la Colonia Suiza y algún *Collita* como Villafañe.

Figuraban entre los paraguayos los Decoud, especialmente José Segundo, el distinguido ministro paraguayo que ha conocido y estimado Montevideo, y que ante el motín triunfante en su país, ha abandonado con patriótica indignación su representación diplomática; los Machain, que han figurado en el gobierno de su patria; los Iturburu; Benigno Ferreira, llegado á general; Jaime Sosa, Agustín Cañete, que acaba de ser nombrado ministro en la Asunción, y algunos otros más.

Vienen ahora los orientales: los Felippone, Eduardo Vázquez, nuestro primer soldado, Eduardo Flores, Juan José Britos, distinguido abogado, el íntimo amigo de mi hermano Isidoro; Emiliano Coronel, escribano estimado en el Salto; Matías Behetti, literato á lo Edgard Poe; Martín Souberán, el coronel, otro soldado de á deveras; José Berasategui, nuestro compadre y amigo, viejo pedagogo; Baldomero Borques; Julio Roustán, Justino Fernández, Apolinario Doldán, con quien nos encontramos, compañeros de cárcel cuando el tiro de Ortiz á Santos; Ramón Bergadá, tan estimado en el Uruguay donde ha radicado su vida; Paz Benítez; Martín Harespe, comandante, blanco, de los lanceros de Aparicio; los Copellos, Cecilio y José, bien conocidos y apreciados en Paysandú; y, finalmente, los hermanos Aramburu, que conservan, los dos que viven, el culto de los recuerdos, y jamás han olvidado todo lo que deben al Colegio del Uruguay. Y ahora, al terminar esta larga lista de revista, excusémosla, atenuémosla con una cita: ¿Han leído ustedes *La Maisón d'un artiste* de Edmundo de Goncourt? ¿Nó? Pues nosotros la hemos leído en parte, en parte no más. Son dos tomos de más de trescientas páginas cada uno, en los que se hace el inventario, un verdadero inventario, pieza por pieza, objeto por objeto, de las *japonerirs, chinoiseries, curiosites objects d'art*, etc., etc., que llenan su casa! ¿No habrá excusa, pues, para unas cuantas páginas, unas pocas, revistando, no objetos de un valor más ó menos artístico, sea cual sea el valor literario con la descripción de una generación distinguida, que ha actuado y actúa brillantemente en el escenario del Río de la Plata? La respuesta nos la habrán dado, de una manera satisfactoria, los lectores impertérritos que hayan llegado hasta aquí.

⁂

Ese vasto conjunto,—éramos cerca de quinientos estudiantes—homogéneo en lo esencial, era vario en lo accidental, en las aptitudes, gustos, simpatías. ¿Cómo no habría habido diferencias salientes entre Damianoviche, Basualdo, Ojeda, Wilde, etc., por ejemplo, espíritus de gustos selectos, y el indio Cristo, ó los Benites, cuyo apodo de *Tranquera*, tenía por causa el haber preguntado uno de ellos el día de su llegada al Colegio, donde estaba la *tranquera* para salir?

¿Cómo no había de existir variedad de caracteres estando allí representadas todas las provincias argentinas, habiendo allí, además, paraguayos y orientales?

Los entrerrianos son, en el carácter, casi nuestros hermanos. No en vano nos separa apenas, si eso es separación y no unión, el espléndido Uruguay salpicado de islas cual brazos que se extienden de una costa á otra. No en vano estuvieron largos años bajo la influencia de Artigas. Tienen, ó mejor dicho tenemos unos y otros, los mismos rasgos salientes de nuestra fisonomía moral: la franqueza, la constancia en el amor y el odio, el desprecio del peligro.

Los correntinos, con algunos de esos rasgos se distinguen por una mayor reserva y discreción. Parecieran haber recibido de los paraguayos, sus vecinos, víctimas de tiranías semi-seculares, algo de ese pliegue que forma en el alma la espera constante de un peligro, que no se puede evitar sino á fuerza de aparente resignación, de fingida sumisión.

Los tucumanos, de inteligencia clara, de imaginación poética, de gustos delicados, que han tenido su representación más brillante en Avellaneda, son los porteños del interior. En cuanto á los salteños, serios, circunspectos, estudiosos, veraces, justos, pueden ser considerados los suizo-alemanes de la Confederación y parecen destinados á las arduas, elevadas funciones de la magistratura. ¿No son acaso salteños Manuel Escobar y Ventura Ruiz de los Llanos? ¿No han sido ejemplo de magistrados Federico Ibarguren en la alta Córte Federal y Virgilio Tedín, ese prototipo de austeridad y de independencia en el juzgado federal de Buenos Aires?

De esa variedad de caracteres, de gustos, de tendencias, nacía gran animación en el comercio de la vida estudiantil. El afecto, la fraternidad, no riñen con la broma, con la crítica, ni aún con las burlas más ó menos fuertes y picantes. Resultaba de ello que la alegría, una alegría sana, que hace bien y conforta el espíritu, era una de las notas características del Colegio. Allí no había melancólicos ni misántropos, aunque existiera algún taciturno como C. Jurado. Había, además de las críticas y bromas de carácter individual, las que afectaban á toda una provincia.

Se quería, por ejemplo, atacar á un cordobés en los rasgos generales de todos ellos y se decía: En Córdoba hasta los negros y mulatos son discutidores, ergotistas, latinistas, y amigos del *distingo* escolástico. Cuento al caso. Pasaba una mulata cordobesa por la calle y un buen diablo le dijo: «Adios mulata bizarrota». Y la mulata contestó: «Distingo: bizarra *concedo*, pero rota *niego*».

De esta broma reían aún los mismos cordobeses. Lo que les hacía menos gracia era la manera que, según algunos, se pedía en Córdoba, en el teatro, la repetición de alguna cosa. En vez del *bis* clásico, levantábase algún espectador y en voz alta y con tonada bien marcada,—la cosa tiene poca gracia sin tonada,—decía: «Que se repita que yo no lo *impío*». Y si la cosa tenía eco, respondía algún otro: «Ni *io* tampoco». Y se armaba entonces un coro que á la voz ya dicha del «que se repita que *io* no lo *impío*, contestaba: «ni *io* tampoco, ni *io* tampoco, ni *io* tampoco».

A los tucumanos enderezábanle lo siguiente: Decían que era costumbre entonces en los bailes en Tucumán que una señorita obsequiada con algún licor, dijese infaliblemente á su galante servidor: «Tomo y obligo». Y como la galantería obligaba á vaciar la copa en honor de la obsequiada, y eso se repetía muchas veces, resultaba que, y ahí estaba la picardía mayor «No se sabía cómo acababan los bailes en Tucumán». *Et sic de cœteris*.

Y ya que se nos ha escapado una frasecita latina, terminemos estas reminiscencias recordando con Ovidio, que es un gran desahogo para el espíritu fatigado de la seriedad de la vida, decir de vez en cuando algunas extravagancias.

DOMINGO ARAMBURÚ,

(Abogado).

La misión educativa del Colegio Nacional

Refiere la historia que un sabio y previsor rey de la antigüedad, hizo educar á su hijo juntamente con todos los niños que habían nacido en la misma época, con el propósito de que pudiera, haciendo vida común con ellos, conocerlos perfectamente en su inteligencia, su carácter, sus pasiones, sus inclinaciones y sus aptitudes en general, á fin de poder, cuando llegara á ocupar el trono que su padre debía legarle, utilizar de la manera más conveniente las aptitudes y dotes de cada uno, en los diferentes puestos de la administración y gobierno del país.

Pero, si en aquellos tiempos era este el principal beneficio que aquel rey previsor se propuso obtener y que dió á la nación un gran rey en su sucesor, bajo cuyo gobierno alcanzó ésta el más alto grado de civilización y de poderío, es indudable que produjo también otro efecto importante aún entonces: el de que los súbditos que se educaban juntos, en contacto inmediato entre ellos y con su futuro rey, conocieran á éste y se conocieran entre sí, ligándose entre ellos con los poderosos vínculos de la amistad juvenil que forman la comunidad debida de aspiraciones y de intereses, y que resistiendo poderosamente al transcurso del tiempo, de la distancia y de todas las vicisitudes de la vida y de la fortuna, liga siempre entre sí á los hombres y los impulsa á unirse más para la consecución de sus propósitos que en gran parte les son comunes.

Estos resultados que provienen de la comunidad de ideas que se establecen entre los que se educan y viven juntos durante muchos años, son de mayores y más benéficos efectos en los tiempos presentes bajo el imperio de la vida democrática que los pueblos han alcanzado.

La República Argentina, después de su grandiosa revolución de Mayo, en la que todos sus pueblos acompañaron á la heroica Buenos Aires hasta proclamar en 1816 la independencia de la metrópoli, vió más tarde deshecha, aunque no perdida, su unidad, á consecuencia de la lucha

en que estamos son hijos impulsados por dos principios opuestos que deseaban implantar para el gobierno del país. En el encono de esta lucha fratricida, los vínculos de unión se relajaron, y esta relajación, que debilitaba las fuerzas de los dos partidos en lucha, llegó á amenazar la integridad misma de la patria.

En estas circunstancias, un hombre inteligente y audaz, con las condiciones necesarias para hacerse popular entre las masas y aún entre las personas ilustradas, levantó la bandera de la restauración de las leyes y de la integridad de la patria. Tuvo así el concurso de la mayoría, y sin romper abiertamente con el caudillaje que tendía á disgregar las provincias unas de otras, supo imponer su férrea voluntad á todos los caudillos y mantenerlos subordinados hasta cierto punto á la autoridad central que él se abrogó y ejerció aunque sin las formas legales del caso; abusando además de su posición para ejercer un poder absoluto y tiránico que tendía á arrancar al pueblo los más sagrados derechos, que con la revolución de Mayo había reivindicado.

En las universidades, en los colegios y hasta en las más humildes escuelas hacía el tirano reverenciar su propio nombre, desdeñando maliciosamente todo lo que pudiera contribuir á hacer comprender al pueblo sus verdaderos derechos é intereses.

En los últimos años de aquella tiranía en que todo lo que era independiente y patriota era perseguido, uno de los caudillos más independientes y altivos, el general D. Justo José de Urquiza, fundó (1849) un modesto colegio en la ciudad del Uruguay; modesto, porque ni las susceptibilidades del tirano, ni los recursos de que disponía el general Urquiza permitían establecerlo de otra manera. Pero su fundador tenía ya el propósito de hacer de él un grande establecimiento, como se manifiesta por los planos que mandó confeccionar y por haber, con arreglo á ellos, comenzado la construcción del edificio en que debía funcionar.

Más tarde, cuando el general Urquiza, seguro de su incontrastable poder en Entre-Ríos, levantó la bandera de la reivindicación nacional y apoyado en el pueblo de la heroica Entre-Ríos llamó bajo sus banderas á todos los argentinos, que vivían alejados forzosamente de la vida pública, sea en un rincón oscuro de su provincia, sea llevando la vida amarga del destierro; cuando rodeado de todos dió en Caseros el golpe de muerte á la tiranía que hizo desaparecer en aquel memorable día; cuando, en fin, dueño de la suprema autoridad nacional contribuyó á que la unión de los argentinos fuera consagrada por una ley suprema de la nación, y dió la libertad á los últimos esclavos que aún existían en el país; entonces, contando ya con el edificio á propósito fundó verdaderamente y organizó el Colegio del Uruguay con el carácter de un Colegio Nacional, haciendo ingresar en sus aulas á hijos de todas las provincias que constituyen la República, solicitadas por él, y aún á hijos de las provincias que ya no formaban parte de la nación como el Paraguay y República del Uruguay.

Allí se encontraron reunidos y confundidos los hijos de Jujuy y de La Rioja con los de Mendoza y Entre-Ríos; allí había argentinos de todas las provincias que vivían una vida común, y cuyas inteligencias se desarrollaban al mismo tiempo bajo la dirección de los mismos inteligentes maestros; allí aprendieron esos argentinos á reconocerse como hijos de una misma familia y que sus intereses eran comunes, que de su unión dependía su fuerza y su adelanto en la vía del progreso; y desarrollando comunes aspiraciones se consideraron necesarios unos á otros para la consecución de sus propósitos.

Estos argentinos así educados debían ser y fueron efectivamente apóstoles de la integridad nacional y del engrandecimiento de la patria, mediante la unidad de miras, de intereses y de aspiraciones nacidos, desarrollados y encarnados en su espíritu durante el tiempo en que hicieron vida común.

Sus nombres... ¿á qué decirlos? La historia se encarga de recogerlos y de grabarlos indeleblemente en sus páginas para ejemplo y estímulo de las generaciones del porvenir, y á la par de ellos se grabarán también los nombres del rector y director doctor Larroque y de los dignos profesores que en su unión contribuyeron con él á inculcar en el alma de los educandos los principios modernos de la libertad, del derecho y de la justicia, y con ellos el amor de la patria y de su engrandecimiento, satisfaciendo así los levantados y patrióticos propósitos del ilustre general don Justo José de Urquiza.

Las generaciones que más tarde se han formado en este Colegio, justamente llamado histórico, no han olvidado, no, esos altos hechos y propósitos, y el conocimiento que tenemos del espíritu que anima á su actual generación nos da la seguridad de que ni ella ni las que le sucedan han de dejar decaer este renombrado establecimiento ni consentir por un momento que desmerezca de sus gloriosos antecedentes.

Todos sabrán mantener en alto su bandera gloriosa, símbolo de su más gloriosa fama.

Esta misma y natural manifestación de sentimientos respecto del Colegio Nacional del Uruguay, del que puede decirse no sólo que es el Colegio histórico de la República, sino el Colegio argentino por excelencia, hecha por un antiguo profesor del mismo á solicitud del actual director doctor José B. Zubiaur, antiguo alumno del mismo establecimiento, muestra evidentemente, aunque con menos elocuencia sin duda de lo que otros lo harían, cuán fundada es la confianza manifestada de que los alumnos de ese Colegio sabrán mantener y aún elevar su glorioso pasado, vinculando á él sus nombres como lo hace actualmente su director, promoviendo estas manifestaciones que consagran ese glorioso pasado y haciéndolo revivir en la generación presente, asegura su mantenimiento en el porvenir.

D. VICO,
(Profesor jubilado.)

MIS APUNTES[1]

COLEGIO DEL URUGUAY

LOS RÁBANOS DE VENEZUELA

(CUENTO DE MONSIEUR PARODIÉ)

... le recuerdo hacer una publicación, con vistas y fotografías referentes al mismo, y con artículos ó pensamientos de los que, como Vd., se encuentran en el número de sus hijos intelectuales.

J. B. ZUBIAUR.

Aquí, no vale aquello: *de lector si has de hacer comentos, como me lo contaron te lo cuento.*

Nada de esto: hemos sido testigos presenciales los alumnos de 2° año de geografía, cuyo profesor era el viejo querido, el *padre de los muchachos*, el ilustre é inolvidable Parodié, autor, igualmente, de aquel célebre discurso sobre el *papel vinchuca*[2] dirigido al pueblo, desde uno de los *atancé* de los atrios de la iglesia del Uruguay, y con motivo de la elección de los doctores Robustiano Bamaldo y Torcuato Gilbert para diputados á la Legislatura Provincial.[3]

Este cuento es una de las tantas cosas que nos engulla Mr. Parodié, en su histórica clase de geografía.[4]

Eramos, en aquel entonces, alumnos de 4° año; correspondía, desde luego, cursar el 2° año de aquella entretenida y fantástica asignatura.

La geografía es una ciencia que se presta admirablemente para mentir en grande y como la mentira es compañera inseparable del estudiante haragán, dormilón y enfermo mañero,[5] es por esta causa que los cuentos en sus clases *eran provechosos*, nos hacían ganar tiempo, *y la hora corría vertiginosamente*, soportando la carga estudiantil, el que tenía la desgracia de ser *Cristo* expositor de la conferencia.

El Mocho, con su mirada de cordero, pero travieso; *Pasota*, con sus dudas sobre el porvenir del estudiante; *Sagastume*, enemigo acérrimo de Quiroga porque era profesor de inglés; *Balcala*, un viejo Balcala que le dió á la vejez por ser marino; Carceller, hijo de gallego, nacido en Mercedes, Oriental, que de todo tenía menos de bien intencionado; *Leguizamón*, poeta, literato y autor de una petipieza que hizo roncha en Colón; *Spangemberg*, revolucionario por excelencia, llegaron sus inclinaciones militares á tal punto, que nos invitaba para *ir á libertar* la Isla de Cuba; el negro *Cipriano*, el hombre de carácter reposado, pero conocedor de los mejores frutales y gallineros del Uruguay. *Vivanco*, de la Victoria, había nacido en las cercanías de las *Quebradas de las Vierinchinas*,[6] desconfiado hasta en la mirada y peleador por plata y postres; por último, mi grande y buen amigo Andrés Vidal, con su clásica levita negra, de paño, con *tres botones*, rembados con el mismo género, y su perpetuo cigarro de tabaco del país, eran, más ó menos, una parte de mis queridos compañeros de 4° año. Es verdad que no teníamos fama de *sapientes*; pero al fin, llegamos á la raya, creyendo haber cumplido con nuestro deber.....

El viejo Parodié, ese mártir de nuestras canalladas injustas y sangrientas, como Rosa, Alió, Martín, Seeckamps, Quiroga, Félix Fausto, Ruiz Moreno,[7] entra á clase, con su gorra de terciopelo, bordado con hilo de oro, más ó menos legítimo, seguido de su idolatrado *Mancada*.[8]

Nadie *resuella*, (término colegial) y como en la clase de Vico, cada uno de los muchachos espera *la bomba*, un movimiento unísono, da la voz preventiva, anunciando que la lección ha comenzado.

La conferencia versa sobre Venezuela. El chimango chico, Coronado, está en la pizarra, de donde cuelga un mapa, lleno de apuntes invisibles para el sonzaje (los examinadores), pero lindo á simple vista para el muchacho á quien apura cruelmente el fastidioso é impertinente examen.

Parodié: ¿Cuáles son las fuerzas productivas de las tierras venezolanas?

El alumno dice mucho más de lo que nos enseñaba Cortambert y Cª, pero Mr. Parodié no se conforma con los adjetivos, *fértil, rica, riquísima, exuberante*, etc., etc., etc.

—En Venezuela, señores, la tierra es tan productiva, que *un rábano* que se siembra por la mañana, á las doce del día está á punto para cosecharlo y comerlo en ensalada. *Si nó se le utiliza para aquella hora, ya no se puede comer de duro!*

¡Histórico!

E. MARCHINI,
(Abogado.)

Gualeguaychú, Mayo de 1894.

[1] Apuntes sobre el Colegio del Uruguay, no publicados.
[2] Eran los billetes circulantes en tiempo del doctor Echeverría. [illegible]
[3] El Club de la *Juventud*, sostenía estos candidatos. Lo constituían los muchachos del colegio, [illegible]
[4] Era histórico por sus cuentos inverosímiles, entre ellos, sobre *El Ferrocarril de Messina* y *Los Dos Caballos Gallegos* [illegible] Monsieur Parodié.
[5] Algún día sabremos algo sobre *Los Fenómenos de Hipocr.*, que nos suministraba el Dr. del Castillo.

ALEJO PEYRET

Allí, en el Mediodía de Francia, entre el Adour y el Bidasoa, en los Bajos Pirineos, hay un país cubierto de llanuras fertilísimas y de abruptas montañas que formaron el antiguo principado del Bearne y la Baja Navarra que Fernando de Aragón quitó á la casa de Albret; pero nada más hermoso y poético que los valles regados por el Gave de Pau, en donde hace diez siglos se erigió imponente contra el agresor un fuerte á que los bearneses dieron el nombre de *piadoso* (Paon). Centenares de casas surgieron al abrigo del fuerte y nació la ciudad que es hoy la capital de la prefectura en donde vieron la luz Gastón de Foix, Juana d'Albret, Bernadotte, Pedro Marca y el rey Enrique IV. En las cercanías de esta ciudad de Pau se halla el pequeño

[6] Vierinchinas ó Vierinagas [illegible] Victoria.
[7] Ruiz Moreno, profesor suplente de filosofía, Presidente de la Municipalidad [illegible]
[8] Perro de casa, hijo del Colegio, pero allí comía y vivía. La propiedad de este animal se la disputaban Parodié y Alió.

pueblo de Serres-Castel en donde moraba á principios de nuestro siglo un honrado propietario y viejo oficial de Napoleón I llamado Alexis Agustín Peyret con su esposa Amanda Cecilia Angélica Vignancour. En 1826 (11 de Diciembre) nacía de este matrimonio un niño á quien se le dió el nombre de su progenitor. Yo me propongo en estos tiempos en que á menudo se cosecha una ingratitud por cada favor, un desengaño por cada esperanza lisonjera, trazar los rasgos más salientes de un ex-compañero en la enseñanza del histórico Colegio del Uruguay, por quien he tenido siempre profundo respeto sólo comparable á la veneración que sus ex-alumnos le profesan; me refiero al niño de Serres-Castel, al poeta bearnés de Pau, al revolucionario en París, al periodista en Montevideo, al profesor de historia en el Colegio del Uruguay, al Sr. Alexis Peyret.

De las cosas notables de Pau pueden citarse el Instituto, el Museo y su biblioteca que hoy cuenta con 15.000 volúmenes, y es en ese Instituto, que se llamó Colegio Real, en el que hizo sus estudios desde 1837 hasta 1845 el Sr. Alejo Peyret, trasladándose después al de París en donde recibió el título de bachiller en letras, tomando parte en las agitaciones populares que produjeron la evolución política, por cierto nada favorable al imperio de Napoleón el chico. Su posición se hizo difícil en la gran capital del mundo intelectual, y á fines de 1849 tuvo que tornar hacia sus lares con el desencanto que produce un ideal irrealizable en aquel entonces, porque los hombres del 48 se manifestaron inferiores á la misión que les tocara desempeñar durante la presidencia y dictadura de Luis Bonaparte.

El Bearne debía ofrecer á su imaginación, ardiente y poética, el encanto de los primeros años, con el perfume de los valles y el cristal transparente y puro de los arroyuelos que descienden de las montañas pirenaicas. Y así fué, en efecto; el joven pulsó la lira para arrancarle las melodías del pasado, siempre grato al oído; y *La casse deu rey Artus*, *Angélique*, *Arcencams de Bearnes* fueron pequeños poemas celebrados por filólogos como Hatoulet, el bibliotecario de Pau, y Navarrot, el poeta de la democracia, amante del renacimiento de aquella lengua regional de la Francia que se iba perdiendo y que ellos creían necesaria para llevar á las masas populares el verbo de la democracia.

«El bearnés, como lo dice el poeta, es un patois
« que se fracciona en cien dialectos, que se pierde
« día á día y que el poeta siente que se va con
« él el calor del hogar, la vida sentimental del
« terruño, que tiene armonías que no puede in-
« terpretar sino el que canta como el ruiseñor de
« las selvas por las noches de luna.»

Peyret hizo cuanto pudo en favor del renacimiento de la lengua de su región, como lo comprueban sus *Countes Biarnés*, que le valieron, entre otras, las felicitaciones del cantor de los cantores populares de la Francia, el inmortal Beranger.

En pos de la dictadura de Bonaparte vino el segundo imperio, desapareciendo de la escena el grupo de la Asamblea que capitaneaba Ledru-Rollin y de la Francia pensadores como Jacques, el compañero de Jules Simon y Saisset, hombres de talento privilegiado, jóvenes en su mayor parte, que al par de Jacques vinieron á esparcir la luz de la moderna democracia en la República Argentina, como Larroque, Mousey, Poncel, Cosson, Peyret y tantos otros. Aquel eminente profesor de Filosofía fué el primer conocido que halló Mr. Peyret en 1852 al pisar la tierra americana; este encuentro lo explica de manera gráfica mi biografiado en su bellísimo artículo *Les français en el Plata* publicado hace cuatro años en «La Educación». «Subía, dice, la escalera de una casa de la calle 14 de Julio, en donde había ido á buscar á uno de mis amigos de los Pirineos, establecido en Montevideo desde hacía más de un año y con quien había prometido reunirme, si la república fracasaba en Francia, y estaba acompañado de un cierto número de viajeros, cuando Jacques, apareció en el descanso y entró detrás de nosotros al alojamiento del amigo. He ahí, dije yo á mis camaradas, un hombre que se parece mucho á Amadeo Jacques; debe ser él. Y en efecto, no me había equivocado».

La biografía que de Jacques hizo Mr. Peyret es uno de sus buenos trabajos históricos que cautivan al lector por la novedad del relato y lo pintoresco de la frase típica del autor.

Mr. Peyret tenía su neurosis como todos los hombres de temple y de carácter: el periodismo era su pasión, y Montevideo ofrecióle ancho campo á las investigaciones sociológicas, en momentos propicios para el desarrollo de sus ideales democráticos, puesto que por entonces la Confederación Argentina fijaba sus bases políticas llamando á la labor común á todos los hombres libres del mundo que quisieran habitar su suelo. «El Río de la Plata» y otros diarios recibieron con aplauso sus primeras producciones hasta que se convenció que el periodismo no producía más que sinsabores, como se lo había pronosticado Jacques que de profesor de Física se había convertido en fotógrafo y más tarde en panadero allá en las cálidas regiones de Santiago del Estero.

Mr. Peyret deseó también dedicarse á la educación de la juventud y la tribuna del periodista de Montevideo se convirtió en la del catedrático del histórico Colegio del Uruguay. El rector doctor Larroque anunciaba el 10 de Junio del 55 al Ministro de Instrucción Pública de la Confederación Dr. Zuviría, la llegada del periodista al Uruguay en estos términos:

«Tengo el honor de participar á V. E. que ha llegado á esta ciudad el Sr. D. Alejo Peyret, ex-redactor del «Río de la Plata», cuyo talento y aventajados conocimientos le han dado en Montevideo una reputación bien merecida.

«Este señor ha sido llamado al Uruguay, para tomar parte en la redacción de un periódico que se va á fundar.

«Es indudable que sus servicios serían de suma utilidad á este Colegio y creo que por su parte tendría el mayor gusto en dedicar algunas horas del día al cultivo de la inteligencia de esta juventud.

«Me parece excusado recomendar á V. E. al señor D. Alejo Peyret, cuando es probable que V. E. haya ya tenido en sus manos pruebas irrecusables del mérito que lo distingue.

«Es francés y hombre de letras, el viento de la revolución lo ha arrojado de su patria, y su decisión pronunciada á los principios democráticos, que ha sostenido enérgicamente en varias publicaciones, no podrá menos de inspirar verdaderas simpatías en el corazón de V. E.»

El Ministro nombró entonces á Mr. Peyret profesor de Historia, desempeñando esta cátedra en los años 55 y 56, dejándola en el siguiente año para fundar y administrar por orden del General Urquiza la Colonia San José que tan magistralmente la describe en el primer tomo de su obra *Una visita á las Colonias de la República*. Tan ardua empresa no le impidió el desempeño del Juzgado de Paz (1861-64) y de Jefe de la Mesa de Estadística (1866-69) creación debida á su infatigable propaganda en el periódico «El Uruguay» y otros sobre cuestiones administrativas en relación con el Estado así como muchos otros artículos de diversa índole.

En este período de 1855 y 1873 Mr. Peyret no había desplegado toda su actividad en las letras; aparte de algunos artículos y sus *Countes biarneses* (Uruguay 1870) *Proyecto de Constitution pour la Republique Française* (Buenos Aires 1871) y Apuntes de colonización de la Provincia (1872) sólo podríamos citar algunos discursos y estudios constitucionales que reservo para su biografía completa; sin embargo, no puedo silenciar sus ruidosas *Cartas sobre la intervención á la Provincia de Entre Ríos* (Buenos Aires 1873) que le obligaron á dejar la Administración de la Colonia y la Provincia para instalarse en Buenos Aires en donde fué nombrado al año siguiente profesor de Francés en la Universidad (1874-75).



ALEJO PEYRET

Terminada la lucha civil entrerriana ha vuelto al Uruguay Mr. Peyret para desempeñar otra vez la cátedra de Historia en el Colegio Nacional (1876-1881). Este fué un período de actividad intelectual extraordinario pudiendo asegurarse que las producciones que del 81 en adelante vieron la luz con la firma de Alejo Peyret fueron entonces embozadas. Sus conferencias en favor de la Biblioteca Pública en la Logia Jorge Washington, de la que fué orador muchos años, su discurso en el centenario de Voltaire y tantos otros que tengo á la vista y que conozco porque he sido su compañero de propaganda en muchas ocasiones á pesar de mi inferioridad intelectual. El fué más feliz que sus compañeros en el periodismo y en el magisterio porque satisfizo uno de sus más ardientes deseos: el desempeño de la clase de *Instituciones libres* creada en Buenos Aires expresamente para él (1881-1889). Sería largo enumerar las conferencias expuestas por Mr. Peyret con ese estilo y acento característicos en el que daban á su frase, siempre profunda, sin tinte de familiaridad, atrayente, simpática.

Al terminar su misión de conferencista fué nombrado Inspector de Colonias de la República (1889-1894) cargo que aún hoy desempeña y que le valió el merecido galardón de ser comisionado por los gobiernos Nacional y Provincial en la última Exposición de París, en donde pudo hallar algunos viejos compañeros y presentar sus respetos personalmente á los que le habían discernido las *palmas de Oficial* de la Academia francesa.

Como nota final y bibliográfica puedo citar

en el período de 1881 al 94 los siguientes trabajos de Mr. Peyret.

Los orígenes del Cristianismo en la *Revista Universitaria* de Buenos Aires (1885); *Discurso* en la gran manifestación á la memoria de Victor Hugo (Le Courrier Français, Buenos Aires) 1885; *Philosophie de la Revolution* (L'Independant, Buenos Aires) 1886; *El Pensador Americano*, Buenos Aires, 1886 in 8° 230 p. y la *Historia de las Religiones*, in 8° 454 p. Si el espacio que se me ha designado lo permitiera haría aquí la historia de cómo nacieron estas dos obras de colosal erudición y los *beneficios* que al autor le produjeron; contentese el lector con dejar empeñada mi pluma, para hacer más extensa esta biografía.

La comisión desempeñada por Mr. Peyret en París produjo el interesante y utilísimo libro para nuestros agricultores, titulado: *Las Máquinas Agrícolas* en la Exposición Universal de París por D. Alejo Peyret, in 4° con numerosos grabados en 136 p.; y por último sus visitas como Inspector de Colonias, dos volúmenes, Buenos Aires 1890 de 448 y 264 p. respectivamente y que contienen la historia de la colonización en la República, el estado actual de sus colonias y muchos y muy buenos consejos á los gobiernos y empresarios particulares.

La obra de Mr. Peyret como catedrático y periodista, como literato y publicista, es útil para la República porque abarca una serie de doctrinas y conocimientos prácticos que sólo son patrimonio de inteligencias privilegiadas que constituyen, por decirlo así, su carácter. Mr. Peyret ha pensado toda su vida de igual manera y es precisamente esta firmeza de carácter que lo llevó á la meta, siguiendo las ciencias en su evolución progresiva.

Como lo dije al empezar, este artículo no es más que el extracto de la biografía que merece Mr. Peyret y que á pesar suyo verá la luz más tarde, y digo á su pesar, porque los datos de que hoy me he valido son mis apuntes de otro tiempo y quizá le sorprenda que yo los posea como los de tantos otros contemporáneos.

BENIGNO T. MARTÍNEZ.

Uruguay 1896.

LUIS SCAPPATURA

A raíz casi de la salida del Dr. Larroque del Colegio que le debía toda su nombradía, cuando, con motivo de la decidida protección que se prestaba, por las autoridades nacionales, al que acababa de organizarse en la nueva capital de la República, bajo la dirección del reputado Amadeo Jacques, el de esta ciudad se vió reducido á proporciones insignificantes, ingresó en él, como profesor de historia y geografía, el que debía ocupar, en el corazón de varias generaciones, el mismo puesto de predilección que consiguiera el inolvidable y bondadoso Mr. Clark, don Luis Scappatura, don Luis como le ha llamado la juventud entrerriana durante veintiún años.

Era un soldado de la idea y del hecho, que es el cabo furriel de la idea, como lo ha dicho Victor Hugo, y lo era en toda la extensión noble y democrática de la palabra, enérgico y entusiasta, digno de ser el porta-estandarte de toda causa en que estuviere interesado el bienestar de sus semejantes y la idea liberal por la que profesaba el culto fanático de los creyentes sinceros; pero, ante todo, era un hombre de carácter y de corazón que se captaba fácilmente el respeto y se atraía la simpatía de todos.

Debido á esas cualidades relevantes, quizá desde su juventud empezó el martirologio para él: á los 22 años era procesado y condenado á presidio por 20 años, en su patria, Italia, por ser partidario de las ideas que predicaba Mazzini y ejecutaba al frente de sus bravos el inmortal Garibaldi.

Conmutada esta pena por la de destierro, el hado lo trajo al Río de la Plata, fijando su residencia en Montevideo primero y en Buenos Aires después, en donde halló campo extenso para su actividad en la Escuela Modelo de Catedral al Sud, que fundó Sarmiento y dirigió el distinguido educacionista Raúl Legout. Hechas sus primeras armas en la guerra contra la ignorancia en esta escuela, pasó al Uruguay, en cuyo Colegio ingresó en Abril de 1865. En 1867, con motivo del fallecimiento del Sr. Mauguin, Rector del Colegio, quedó encargado de la Dirección el entonces ya Vicerector del mismo. Existen de esta época, en el archivo del Colegio, dos honrosas notas para el Sr. Scappatura, firmada la primera por el actual Vicepresidente de la República, Dr. José E. Uriburu, Ministro, entonces, de Instrucción Pública y uno de los buenos servidores de este Colegio, pues á él se le debe, en gran parte, el espléndido gabinete de Física que aun posee, y otra por los alumnos que tenía en dicho año el Colegio, dirigida al Ministro, pidiendo el nombramiento de Rector á favor del señor Scappatura. Sobre esa nota recayó el no menos honroso decreto siguiente:



LUIS SCAPPATURA

Departamento
de
Justicia, Culto é Instrucción Pública.

Buenos Aires, Noviembre 8 de 1867.

Siendo incompatible con el régimen disciplinario á que están sujetos los Colegios Nacionales, y que es esencial á la conservación y progreso de todo establecimiento de instrucción, la participación directa de los alumnos de los mismos en la institución ó remoción de sus preceptores, prevéngase á los del Colegio Nacional del Uruguay que firman esta presentación, que el Gobierno no se halla en el caso de deferir á sus indicaciones, ni ellos están habilitados para dirigírselas, no obstante la forma medida y respetuosa que han adoptado para hacerlo. Para su cumplimiento y á fin que el Vicerector del citado Colegio conozca el aprecio con que sus alumnos retribuyen los servicios que de él reciben, de los cuales el Gobierno está satisfecho, comuníquese al referido Vicerector, con sus antecedentes y publíquese.

PAZ.
José E. Uriburu.

Está conforme.

Alejandro Paz.
Subsecretario.

Encendida la guerra civil en esta Provincia, en 1870, hubo necesidad de clausurar este Colegio. Fué respetado en su puesto únicamente el señor Scappatura á quien se le confió el delicado encargo de resguardar las existencias del mismo. Nombrado Director del mismo, el que poco tiempo después debía ser arrojado á la calle por la juventud indignada, el Sr. Scappatura, ya el más querido de todos los profesores que enseñaban en el Colegio, fué envuelto en las intrigas urdidas por aquél, viéndose injusta é inconvenientemente despojado de su puesto. Continuó su tarea civilizadora y progresista en Gualeguaychú donde fundó y dirigió un Colegio de instrucción primaria, especial y secundaria.

Llamado nuevamente á regentar una cátedra en este Colegio, fué nombrado al poco tiempo Secretario del mismo y en este último puesto que para él se traducía en una verdadera Vice-dirección por la ineptitud é indolencia de sus superiores, es donde ha prestado quizá sus mejores y más desinteresados servicios, contribuyendo á mantener en alto el principio de autoridad, tan quebrantado entonces. Dejó el empleo de Secretario que lo consumía física y moralmente, según su propia expresión, para ocupar la Dirección de la casa de Internos de la Sociedad Educacionista «La Fraternidad», en cuyo puesto á los 56 años de edad, el 2 de Julio de 1886, lo sorprendió la muerte.

Su nombre es el único que brilla con fulgores propios y simpáticos en la época opaca para este Colegio que corre desde 1865 hasta el día de su muerte.

Por eso es que ninguna memoria hay más cara que la suya para la juventud que frecuentó el histórico Colegio en ese largo lapso de tiempo.

LO DE ALTOLAGUIRRE

Más de una vez, cuando me dejaron tiempo disponible para ello las preocupaciones de la vida actual, dediqué mi pensamiento á investigar en el pasado, con el exclusivo esfuerzo de la memoria, la personalidad del señor de Altolaguirre, cuyo nombre está ligado á la época más interesante de mi existencia, por más que no haya tenido en ningún tiempo el honor de conocerlo.

Yo era estudiante del primer curso del Colegio del Uruguay, estudiante algo menos que mediocre, lo digo con imparcialidad y amargura hoy que tantos años han transcurrido, dedicando por aquella época todas las facultades de mi inteligencia á ahorrar castigos mediante el recurso de la ausencia de las aulas.

Acudía al Colegio, como muchos otros de mis colegas de curso, bastante tiempo antes de que el histórico Vizcacha hiciera sonar la tradicional campana anunciando el comienzo de la primera hora por la tarde, tiempo que destinábamos al juego de la pelota, en el que hacíamos progresos rapidísimos, como que le dedicábamos toda nuestra sinceridad y todo nuestro esfuerzo, mientras otros colegas, de á uno, de á dos ó en grupos, recorrían las galerías del circunspecto edificio dando los últimos repasos á la lección más perentoria, que á nosotros nos tenía sin cuidado.

Es indescriptible la impresión que nos producía el sonido de la campana, que nos impulsaba á reunirnos á todos los del partido á la pelota, consultándonos llenos de congoja respecto de la actitud en que nos encontrábamos para dar cumplimiento á las lecciones designadas. No las sabíamos; pero el recurso estaba á la mano: salir por donde habíamos entrado. Y mientras Vizcacha hacía su cansado travesío desde el sitio donde se encontraba la campana hasta la portería, nosotros desfilábamos por ésta, apresurada y sigilosamente, al punto donde nos habíamos dado cita, generalmente la cancha de Bernardo, punto de escala obligado para llegar á nuestro centro de operaciones, radicado en lo de Altolaguirre.

Ir á la cancha de Bernardo, á echar una partida de peso, era un lujo de temeridad; porque había por entonces cierto ñato Pereyra, comisario municipal, que no nos dejaba á luz ni á sombra á los que por tal sistema eludíamos las responsabilidades que teníamos contraídas con nuestros profesores. Pero siempre salíamos del paso, con tanta más facilidad cuanto que nosotros éramos varios, íbamos á pie y él á caballo. A veces, después de una disparada en regla, todavía nos quedaba aliento, el aliento del despecho y del peligro salvado, para gritarle al pobre viejo desde la distancia: ¡ñato Pereyra!— con lo que no hacíamos sino enconar su ánimo contra nosotros. Después, de á dos en dos y por caminos diversos, nos reuníamos en el cuartel general: lo de Altolaguirre.

La mansión de Altolaguirre era una especie de garita terminada en pirámide con una cruz en el vértice. Situada en lo más culminante de un terreno elevado, dominábamos los alrededores de la ciudad, de suerte que estábamos fuera del alcance de todo peligro; y cuando veíamos aproximarse bultos sospechosos, entonces nos ocultábamos en las proximidades de la mansión, en el espeso monte de arbustos que la rodeaba; pero esos bultos eran generalmente otros compañeros que llegaban.

La mansión tenía una sola puerta, sin hojas; y aun cuando muy pequeña, en ella nos guarecíamos todos cuando éramos sorprendidos por la lluvia; pero, por lo general, permanecíamos sentados sobre el saliente zócalo que exteriormente la rodeaba, buscando la sombra en verano, el sol en invierno.

En el interior, solíamos encontrar de vez en cuando alguno que otro cajón de pasas de higo, cuidadosamente cerrado, que una vez abierto resultaba contener, no pasas, sino algún feto, que respetuosamente volvíamos á cubrir, meditando sombríamente sobre la fecundidad de las hijas del país y la estadística de aquellos tiempos. Pero, invariablemente, en la pared opuesta á la entrada, estaba una chapa de hierro carcomido por el orín, en la que apenas se distinguían algunas letras pintarrajeadas de gris, por las que constaba que D. José de Altolaguirre había fallecido en 1843 á la edad de 40 años, yaciendo allí, bien que no constara en verdad que yaciera otra cosa que la chapa; pero siempre le reconocimos el derecho de posesión de aquel dominio al señor de Altolaguirre, en quien como he dicho muchas veces, he pensado, sin avanzar pormenores respecto de su vida, ni de su muerte otros que los consignados.

Habíamos escogido, pues, para ocultar nuestras ausencias del Colegio, el último mausoleo de un cementerio abandonado, que á través del tiempo y de la intemperie permanecía firme, sombrío é imponente, según me doy cuenta ahora, que por entonces no tenía tiempo de pensar en cosas tristes ó tocantes; pero sí sabía que aquella garita de la muerte, de estuque ennegrecido por la vegetación y de forma sencillamente angular, dejó de producirnos cierto escozor en el espíritu cuando reemplazamos el travesaño de la cruz que ostentaba en el vértice por una bandera de hoja de lata que llenamos de grabados asociando así nuestros nombres al de la persona que, según la chapa, allí yacía desde 1843.

No creo que nuestros nombres estén ahora donde los colocamos, pues han pasado muchos años y el tiempo debe haberse manifestado inexorable con esa inconsciente profanación; pero hallo un recuerdo en la memoria, hasta donde ésta me lo permite, recordando las personas que esos nombres llevan ó llevaron, pudiendo decir en cuanto no se opone, que de los frecuentadores á lo de Altolaguirre en la época referida, cuatro son abogados, tres médicos, dos ingenieros, un escribano, un marino, un militar, otros luchan en la vida vegetativa y dos dejaron de ser, el uno por falta de pulmones para consumir el aire vital y el otro por haberse dado á sí la muerte; estos eran dos los más queridos por entonces, afecto que se prolongará á través del tiempo en nuestros corazones, como que quienes fueron personalmente y en la memoria siguen siendo objeto de él no han podido contagiarse con las miserias de la vida, de las que todos resultamos víctimas ó victimarios en el incesante choque de las pasiones egoístas, luchando perennemente por la existencia, en la que todos bregamos por salir á flote con el esfuerzo sigiloso inherente á la hipocresía de que todos estamos poseídos, aparentando siempre, jamás diciendo la verdad ó cultivándola por el solo placer de hacer con ella un sistema.

Pero en esa lista de posiciones sociales, más que de personas, ya que por discreción la hice innominada, no cabía á quien tiene derecho á un recuerdo más circunstanciado, ya que por aquella época era la personalidad típica de nuestra comandita.

Era un muchacho de 13 á 14 años, retaco, grueso, fuerte; tez blanca, ojos azules, nariz carnosa, labios abultados; cabello negro, sin cuidar y ensortijado; vestía con desaliño pero con limpieza, sosteniendo sus calzones con una amplia faja colorada, en la que llevaba siempre atravesada algo así como una pistola, que en realidad era la caja que contenía la pipa de yeso en que fumaba; sus maneras eran sueltas, despreocupadas, simpáticas; nunca sabía la lección, pero era inteligente, por lo que infiero que jamás abrió un libro; se llamaba Campodónico y supongo que sigue llamándose así, siendo el único á quien he perdido de vista desde la posición que ocupo, con ser aquel á quien he recordado más frecuentemente.

Campodónico era el jefe de las expediciones á lo de Altolaguirre, no porque él hiciera calculados esfuerzos para obtener ese honroso cargo, sino porque espontáneamente todos se lo acordábamos, contribuyendo quizá para ello, no sólo su fuerza que nunca hacía prevalecer ni su audacia que no exhibía vanamente, sino su habilidad, para encontrar recursos con que hacer más pasaderas aquellas horas robadas al deber, desde el tabaco de su pipa que generosamente ponía á disposición de todos, hasta las tortas con que acompañábamos el mate, cuya yerba y azúcar él proporcionaba complaciéndose en cebarlo, de suerte que todo se lo debíamos.

He dicho que Campodónico nunca sabía las lecciones, á pesar de lo cual he agregado que era inteligente.

No es la simpatía que conservo por su persona lo que me mueve á reconocerle esa facultad, es que muchas veces, cuando en las calurosas tardes de verano, sentados en los bancos de la plaza, esperábamos el momento en que fuera abierta la portería del Colegio, se improvisaba un verdadero instituto de discusión libre, llevando la palabra los que sabían y escuchando los que ignorábamos. Campodónico alternaba entre unos y otros, porque sabía escuchar, escoger las ideas ajenas y exponerlas luego como propias, sin que nadie se atreviera á disputárselas, porque tenía talento para presentarlas en diversa forma. Por lo demás, la circunstancia de no saber jamás la lección, según cínicamente lo confesaba al profesor para evitar la pérdida de tiempo, creo más bien que obedecía á un singular rasgo de amor propio, que consistía en él en lo contrario que hubiera consistido en otros, en decir siempre no sé, por oposición á los que siempre la sabían.

Todos los profesores lo querían, á pesar de la aparente severidad con que todos le trataban, sin exceptuar uno á quien en cierta ocasión le dió un susto, apuntándole con la caja de su pipa, creyendo el excelente maestro que le abocaba una pistola.

Los ex-alumnos del Colegio del Uruguay que formaron ese grupo de incorregibles raboneros, que hicieron del cementerio viejo la guarida de sus ocultaciones estudiantiles, recordarán siempre la mansión de Altolaguirre como á un mudo y tolerante testigo de sus faltas; pero personificarán en Campodónico el alma de aquella vida agitada por las siempre burladas persecuciones del ñato Pereyra; en Campodónico, hasta quien deseo que lleguen las expresiones del afecto que sigo profesándole á través del tiempo y de una ignorancia de nosotros mismos que ha durado desde que uno antes que otro abandonamos el Colegio para seguir cada cual el suyo en el camino de la vida.

Y si no concluyo expresando la moral de estas líneas, es porque quiero que los lectores se tomen la molestia de deducirla.

RAMÓN C. CORRELL.

Rosario, 1898.

POESÍA ÍNTIMA

Mi querido amigo:

Como usted anda recogiendo papeles viejos de los alumnos del Colegio del Uruguay que por algún concepto se distinguieron, le mando estas hojas amarillas y ajadas para su colección. Contienen un juguete en verso de Ricardo Sola, el infortunado que murió en la guerra del Paraguay. Como usted ve, nuestra correspondencia no era en vil prosa, y se sorprenderá como muchos de que tales cosas le hayan ocurrido en este mundo á este su amigo.

No se en qué fecha fué escrita ni de dónde.

Su amigo y S. S.

EDUARDO WILDE.

QUERIDO WILDE

Puesto que has escrito en versi-prosa
Audaz así, lanzándome tu reto,
Por de pronto te largo este soneto
Contestando tu epístola amistosa.

Al principio creí más fácil cosa
Escribir mis ideas en terceto;
Pero después he visto que incompleto
El pensamiento queda y se destroza.

Eché mano mas tarde de la octava
Y ¡vive Dios! que ella era octava real;
Más vanidad que todo se lo traga,

El presente soneto me inspiraba
Y el soneto presente, bien ó mal,
De mi numen brotó cual ignea lava.

Y ya que de sonetos va el asunto
Que siga de sonetos esta carta
Pues también en soneto se descarta
El corazón al pensamiento junto,

A lo que se me entiende, y yo barrunto
Entre lo bello que tu pluma ensarta,
Con ligereza suma ella me encarta
Título que me puso cual difunto.

Nada menos me llama que poeta
¿Y así insensato á Calderón y á Vega
Y á otros tantos tu lengua no respeta?

¿A tan alta expresión tu genio llega?
¿O quizá será alguna amable treta
Que tu grata amistad por hoy me juega?

Pero dejando esto á un lado
Pasaremos adelante
Y como no es semejante
Este asunto al ya pasado,
El metro por de contado
Distinto también ser debe,
Que bueno será que lleve
Esta carta variedad:
Asentada esta verdad
Esta décima me lleve

Y es fuerza décima sea
Porque á décima contesta,
Y así tú verás en ésta
Lo que mi pecho desea;
Tu décima me recrea
Me agrada, me gusta mucho,
Por ella te veo muy ducho
En la habla de Garcilaso;
De parabién un abrazo
Recibe de tu amigacho.

Ya que me he puesto á recorrer la escala
Métrica, por cierto sería injusto
Que á la silva negara mis respetos
Tanto más que hoy siempre fué la gala
La más brillante bajo mil conceptos
Que del divino Apolo el arte ostenta.
Es en silva que el tierno Garcilaso
Con gracia nos presenta

Dulcemente mecido en el regazo
De admirable natura
Su imagen sin igual en hermosura
Y es en silva por fin, querido Eduardo,
Aunque pobre y humilde
Que estos renglones traza tu Ricardo
La carta consentando de su Ulilde.

Pero de versos basta
Venga la prosa
Para que no fastidie
La misma cosa.

Breve y sencilla
Dará fin á mi musa
La seguidilla.

RICARDO SOLA

LA CAMPANA

El fetichismo, religión primaria, llena mi espíritu al pensar en el Colegio; y una cosa, sobre todas, surge sonora en mi memoria, la que es á la vez síntesis y sinópsis, grata y hechicera, agorera y sibila, cadenciosa y dulce, imperativa y exigente, inflexible y matemática, amiga y censora, nodriza y aya, rozagante y retozona, solemne y majestuosa, triste y conmovedora, al batir el postrer sonido que despide al estudiante coronado bachiller: todo esto encierra para mí la campana del Colegio.

Condénsanse en síntesis los repiqueteos abundosos, que semejan campanas desplegadas en días de alegría, llamando á los alumnos en la hora de la inauguración de los cursos, repiqueteos que saturan de vanidad al joven que abandona la escuela, armado caballero de la segunda enseñanza, al formar entre las filas asombradas de los escolares del primer año, moviéndose inquietos y extraños en la larga formación de la entrada del aula y esponjan la sinópsis los recuerdos parcelariamente desdoblados y exegéticos, que surcan la memoria al contacto aéreo del badajeo lánguido en que expira el sexto año, tan ansiado y abandonado luego en busca de nuevos horizontes intelectuales; es grata y hechicera, vibrando en los oídos, al ascender un nuevo peldaño, en la gradación de los estudios; agorera y sibila, profetizando el redoble de esfuerzos para salir airoso en las pruebas decisivas; cadenciosa y dulce, cuando anuncia el minuto terminal de una clase, en que el estudiante vese á punto de ser interrogado sobre lección apenas esbozada: exigente é imperativa, en las gélidas mañanas, en que el cierzo helado porifica el cuerpo y el amoroso calor sabánico convida á la pereza; inflexible y matemática, anunciando el examen, que veríase con placer retardado, porque no todas las bolillas de los programas están aún viables; amiga y censora, al llamar al recreo y al reposo, poniéndole término reglamentario; nodriza y aya, porque es la causa secundariamente eficiente, que hace penetrar en el espíritu las lecciones de los profesores y la ciencia de los libros; rozagante y retozona, sonando burlescamente en los que salen del Colegio, después de cumplir condena disciplinaria, en los días en que el ardor sanguíneo ó la apatía estudiosa violaron dos principios respetables; solemne y majestuosa, columpiándose, con ritmo acompasado, en el despertar de los días de la patria, tendido sus sobre el cielo el capuz de la noche; triste y conmovedora, como una despedida postrera, cuando llena el aire con aleteos graves, que remedan las notas del oboe, en señal de adiós á los que concluyen sus estudios.

La campana es el libro de memorias de mi vida en el Colegio, y al sacudir sus vibraciones mis fibras auditivas, desfilan ante mí, profesores y compañeros, cosas y hombres, subjetivismos y objetivismos, ilusiones y esperanzas, simplezas y realidades, aspiraciones y deseos, remembranzas gratas y la evocación de mis maestros que fueron, mi adolescencia concluída, y el perfume de los naranjos del patio, de tal modo identificado á mis recuerdos estudiantiles que sus dulces cintilaciones parécenme que fueran á azahar.

JOSÉ LÓPEZ PIÑÓN,
(Estudiante de Derecho)

LA CAPITAL DEL ESTE

La República tiene varias capitales. No hablo, bien entendido, de capitales exclusivamente políticas, porque en tal sentido sólo tiene una, la ciudad de Buenos Aires, ó, si se quiere, muchas, las de todas las provincias y territorios federales.

Hablo de capital en el concepto de centro principal de población, de civilización y de riqueza, que sirve de cabeza á una región más ó menos dilatada de territorio. Y en este sentido, las capitales más importantes de la República son, después de Buenos Aires Córdoba, al centro; Mendoza, al Sud; Tucumán y Salta, al Norte. Estas ciudades dominan respectivamente sobre las demás poblaciones que se encuentran diseminadas en una vasta extensión de territorio. Forman el centro á donde afluyen desde gran distancia, y desde el cual se distribuyen nuevamente los elementos de vida.

Pero al Este, si bien se medita, no se encuentra una ciudad en esas condiciones.

Entre Ríos cuenta, es verdad, con un número de ciudades de alguna importancia; pero no hay allí una que descuelle notablemente sobre las demás y que por su importancia tenga derecho á servir y sirva realmente de capital á la extensa y rica región del Este de la República.

Creo que sería obra de previsión y de patriotismo promover la formación en Entre Ríos de una ciudad en esas condiciones, y que á ello debería dirigirse la alta política administrativa de los gobiernos de aquella provincia y aún de la nación.

No puedo desconocerse que el repartimiento de la población en centros de igual ó aproximada importancia, distribuídos en todo el territorio de la provincia, ofrece sus ventajas, porque parece que circulara por igual la sangre en todos los miembros del cuerpo; pero convengamos en que un cuerpo sin una fuerte cabeza sólo puede tener una vida vegetativa y material, más no intelectual y elevada. Además, si lo primero puede tener importancia bajo el punto de vista de los intereses internos y locales de la provincia, no lo tiene bajo el punto de vista de sus intereses exteriores, porque una gran ciudad en Entre Ríos evitaría, desde luego, la emigración de los elementos vitales de la provincia que hoy tiene lugar hacia las otras grandes ciudades de dentro y fuera de la República; y porque ante bien vendría á ser el foco atrayente que extendería su acción no sólo sobre el territorio de la provincia, sino también sobre toda la zona que bañan los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, como es fácil comprenderlo.

Basta fijar la vista en el plano de la República para darse cuenta de que lo que acabamos de indicar es un hecho reclamado por la misma naturaleza.

Entre Ríos y Corrientes, abrazadas por los ríos Paraná y Uruguay, forman casi una isla que tiene que vivir de la misma vida. Los territorios inmediatos del Norte, como Misiones, Paraguay, Chaco, precisan encontrar á menor distancia y con mayores facilidades, lo que tienen hoy que buscar descendiendo hasta el Río de la Plata.

Y nótese que si esto conviene á las comarcas del Este, conviene también á toda la nación, la cual está interesada en que tengan vida igualmente próspera todas las regiones de su territorio.

⁂

La importancia de las ciudades, cuando han adquirido cierto desarrollo, crece en una progresión geométrica, es decir, no sumando, sino multiplicando el valor de sus elementos.

Me explicaré por medio de algún ejemplo.

Si Entre Ríos pudiese reunir en un mismo punto las ciudades de Concordia, Gualeguay y Paraná, la importancia que tendría la nueva ciudad, que por etimología llamaremos Trípolis, no sería la que resulta de la suma de la importancia de sus componentes, sino mucho mayor.

Así, concretando el ejemplo, vemos que ninguna de aquellas ciudades puede sostener separadamente un notable especialista en medicina, mientras que los habitantes de la nueva Trípolis podrían disfrutar de este beneficio.

Los artistas de las bellas artes en aquellas ciudades no podrán ver en sus teatros una compañía de primer orden, y la nueva ciudad estaría en condiciones de sostenerla por la importancia multiplicada de sus elementos.

Las industrias que no pueden implantarse en aquéllas, conseguirían desarrollarse al calor de la gran ciudad.

Los capitales y las grandes casas de comercio tendrían en ésta un mercado que les falta en aquéllas, separadamente consideradas.

Es el fenómeno tantas veces notado de la piedra que dos personas separadamente no pueden mover, pero que es fácilmente movida por el esfuerzo unido de dos personas.

Mas ya que no nos es dado fundir en una sola dos ó tres de nuestras ciudades, pongamos los medios para dar vida á una nueva que, destacándose por su importancia sobre las demás, venga á ser la capital intelectual, artística, comercial é industrial, no sólo de la provincia, sino de toda la región del Oriente de la República.

Y no se juzgue aventuradas estas ideas sin examinarlas antes detenidamente.

Un sentimiento explicable de amor á la tierra les hace considerar bajo un aspecto halagador, es cierto; pero meditando serenamente sobre ellas se ve que son exactas; que la formación de una gran capital, lejos de ser irrealizable, es más bien un hecho natural cuya existencia sólo respecto al tiempo, lugar y otras condiciones, puede depender de la acción libre del hombre.

⁂

Creería no haber completado mi pensamiento si no indicase algunos de los medios que me ocurren para realizarlo.

Durante veinte, treinta, cuarenta años, si es necesario, la administración general de la Provincia debería contraerse como á uno de sus objetos principales á fomentar el desarrollo de la ciudad que por su situación y demás condiciones respondiese mejor al propósito; llámese ésta Concordia, Uruguay, Diamante ó Paraná, ó como se le quiera llamar si se prefiere formarla sobre las cuatro leguas de terreno que el propietario del «Potrero de San Lorenzo» desea ceder para ese objeto, con puertos naturales para buques de ultramar.

Debería unírsela por medio de caminos para todo vehículo con todos los puntos del territorio de la Provincia, continuando en tal sentido la obra loable de la actual administración, y procurar directa ó indirectamente ligarla por ferrocarriles con los territorios vecinos.

Debe dotársela de un puerto para buques de gran calado.

Debería destinarse constantemente alguna renta del presupuesto general, para dotarla de las comodidades necesarias y para embellecerla.

Cada período administrativo podría llevar inscripta en su programa la promesa de una cualquiera de estas mejoras y ligar su nombre á los adelantos de la capital.

La centralización de la administración de justicia sería otro de los medios de fomentarla.

Y puesto que toco aquí un punto controvertido actualmente en esa Provincia, séame permitido detenerme un momento sobre él.

Tengo la convicción de que así como la centralización de la justicia favorecería á la ciudad capital, sería también directamente benéfica para los distritos en que hoy se halla dividida.

Se explicaba la división en épocas en que faltaban los medios de comunicación y en que costaba dinero, tiempo y molestias el trasladarse de un punto á otro de la Provincia, pero no cuando los ferrocarriles y la mejora de los caminos han suprimido en gran parte y concluirán por hacer desaparecer por completo estos inconvenientes.

Pero por sobre toda consideración está la de que no puede haber buena justicia sin un foro numeroso, ilustrado y honorable, y que la Provincia no puede ni podrá por mucho tiempo sostener más que un foro en esas condiciones. El pretender sostener más es sencillamente aspirar á que no haya justicia en ninguna parte.

Sólo cuando todos los asuntos de la Provincia vayan á resolverse á la misma ciudad, podrán los litigantes estar seguros de contar con abogados competentes y honorables, con jueces ilustrados

y laboriosos, con justicia buena, pronta y barata; porque sólo entonces los buenos abogados encontrarán provecho en el ejercicio de su profesión y podrá darse á los jueces la remuneración que merecen.

En la Provincia de Buenos Aires la jurisdicción de la capital se extiende hasta Bahía Blanca y Patagones, es decir, á tres veces la distancia que hay de Gualeguay á la frontera del Guaiquiraró, ó sea, á tres veces la mayor distancia que en una misma dirección puede recorrerse en la Provincia de Entre Ríos; y los litigantes de aquella lejana región se consideran favorecidos con poder ocurrir á un foro en donde los buenos abogados viven y hasta hacen fortuna, y donde los jueces letrados, no obstante reputárseles mal remunerados, tienen setecientos, ochocientos y mil pesos mensuales de sueldo según su categoría. No se piensa en dotar á Bahía Blanca de jueces, y antes por el contrario, se cree que es tiempo ya, dadas las facilidades de las comunicaciones, de reconcentrar en la Capital los Tribunales que se conservan, más por tradición que por conveniencia, en algunos distritos de la campaña.

Pero, interrumpiendo esta digresión, sobre la que mucho más habría que agregar, y volviendo al tema, diremos que debe procurarse por los medios adecuados hacer concurrir á la obra á toda la Provincia, llevando á sus hijos el convencimiento de que se trata del interés de todos y de cada uno, porque las funciones que la gran ciudad está naturalmente llamada á desempeñar, son no sólo las de cabeza, sino también las de corazón en el organismo del Estado, devolviendo depurada y enriquecida la sangre que reciba hasta del último y más remoto de sus miembros.

Finalmente, tocaría á los colegios, y sobre todo al histórico y benemérito Colegio del Uruguay, hacer amar la idea por las nuevas generaciones, ya que se trata de una obra en la que podrán colaborar y cosechar gloria también los hombres de gobierno y administradores del porvenir.

JUAN BAUTISTA FERREIRA.
(Abogado)

La Plata, Mayo 16 de 1894.

MIS RECUERDOS DE COLEGIO

Parodiando aquella frase, que á fuerza de repetida ha llegado á hacerse vulgar, diré á mi vez: pasaron aquellos tiempos para nunca más volver, tiempos en que nos considerábamos felices, deslizándose nuestra existencia, sin preocuparnos del mañana, teniendo la seguridad de que todas nuestras necesidades serían cubiertas, y sólo retribuyendo esos beneficios con un poco de aplicación, de estudio y de buen comportamiento; que son nada comparados con los sacrificios y desvelos de nuestros padres por asegurarnos el bienestar en lo futuro.

Jamás se borrará de mi memoria el período de tiempo transcurrido, mientras cursaba mis preparatorios, en el que con verdad llaman histórico Colegio del Uruguay, y me enorgullezco con legítima razón, como seguramente acontecerá á todos mis compañeros, de haber sido humilde alumno de ese establecimiento de educación, cuna intelectual de tantos hombres ilustres que se han distinguido, así por su inteligencia como por su profunda erudición, en las letras, en las ciencias y en las artes.

Así los acontecimientos, los hechos y las *travesuras de muchachos*, que nada precaven, están grabadas en mi mente; y mucho más, si se tiene en cuenta que no pasa vez que nos encontremos reunidos dos ó más condiscípulos, sin que la conversación gire sobre alguno de los muchos sucesos ocurridos, entregándonos á la vida de los recuerdos, tan grata en algunas circunstancias, hasta el punto de no escapársenos los más pequeños detalles; y pareciéndonos ver hasta la forma y colocación de los objetos, de tal manera han herido nuestra sensible imaginación.

Pero así y todo, la vida del estudiante no está exenta de grandes dificultades y peripecias que en muchas ocasiones lo abate y lo hace vacilar, entre seguir adelante ó detenerse en la jornada; pero al recordar á sus predecesores y pensar que ellos habrán tropezado con los mismos contratiempos, y la justa ambición de perfeccionarse y llegar á ser algo por sus propias fuerzas, animan su espíritu, y arrojando de sí esas cavilaciones, exclama: adelante, adelante, que luchando vencerás.

De entre los muchos hechos que podría citar, sólo relataré uno, que, aunque no por su importancia, sino por las consecuencias que para nosotros tuvo, merece especial mención; me refiero, á lo que dimos en llamar, *rotura de los cubiertos*, hecho que pasó en la Fraternidad, y que fué una de las tantas *travesuras* de mal gusto, como anteriormente digo, digna de *muchachos* que nada preveen.

Era una de esas noches frías y serenas del mes de Junio, cuando sucedió el hecho, del que yo hasta ahora he llegado á saber, si estaban ya convenidos para llevarlo á cabo, ó si sólo fué una cosa pensada y puesta en ejecución en el acto; lo cierto es que al otro día grande fué nuestro asombro al encontrarnos el viejo ombú colocado en la quinta, testigo mudo de tantas y tantas *travesuras estudiantiles*, adornado en su tronco con los despojos de los cubiertos, partidos todos en tres partes, y las canastas que los contenían, completamente deshechas y diseminadas aquí y allá por toda la quinta.

Inmediatamente empezaron las averiguaciones para dar con los *autores del hecho*, tarea inútil entonces, puesto que absolutamente nada se supo; si bien más tarde se llegó á saber quién habían sido; pero sólo después que dejaron de ser alumnos de ese Colegio; en consecuencia de esto fuimos todos castigados con severidad, así se nos tenía el día entero en estudio, y prohibida la salida hasta nueva orden.

Pero esto fué pálido ante la impresión que nos causó la palabra á nosotros dirigida por el ilustre y malogrado doctor Ugarteche, presidente entonces de tan benéfica institución, con ese modo que él sabía hacerlo, y que todos escuchábamos con respeto, diciéndonos: que eso no era el proceder de jóvenes que se estaban educando, pues con eso perjudicábamos la institución de la cual tantos beneficios recibíamos así los pensionistas como los becados, y que si algo teníamos que observar, para eso estaban las autoridades del establecimiento, que atenderían nuestros pedidos, siempre que estuvieran dentro de lo justo y de lo razonable.

La *penitencia* continuaba, sin miras de sernos levantada por entonces; se aproximaba el día en que la patria celebra el grandioso acontecimiento de nuestra independencia, jurada por nuestros padres en el Congreso de Tucumán el 9 de Julio de 1816, y sostenida con tanto valor como heroísmo. Y encontrándose entonces en esa ciudad el distinguido educacionista doctor Zubiaur, Inspector de Colegios Nacionales y Escuelas Normales y actual Rector del Colegio, se apersonó á los miembros del Comité, y consiguió *gracia* para nosotros, es decir, que se nos levantara la penitencia.

Después de un mes de encierro, fué ese un día de júbilo y atractivos para nosotros; nos parecía todo alegre y encantador, tal vez por la misma razón del contento que experimentábamos y que transmitíamos á los objetos del mundo exterior.

EDUARDO LÓPEZ,
(Estudiante de Derecho).

Buenos Aires, Mayo de 1894.


GUILLERMO SEEKAMP

GUILLERMO SEEKAMP

Representa dignamente al personal docente del Colegio Histórico, en el 45° aniversario de su fundación, el señor Guillermo Seekamp, decano del mismo, hombre de ciencia y de carácter, que ha prestado importantes servicios á nuestro país como profesor y como educacionista. A su cargo está, desde 1872 en que fué nombrado profesor del Colegio á propuesta del Inspector general señor José María Torres, la cátedra de química en cuya materia es una especialidad científica, como lo revela el trabajo que se publica en este mismo número.

De ella fué privado por un año por causas que conviene silenciar en obsequio de los que produjeron esa injusticia; pero volvió á su laboratorio, que es más de él que de la Nación que lo ha costeado, á pedido de la juventud que había estudiado bajo su sabia dirección. ¡En él debe quedar como reliquia venerable hasta que los años exijan el merecido descanso!

Corta es su biografía.

Nació en Lockstedt (Alemania), el 9 de Marzo de 1833. Hizo sus estudios superiores en la Universidad de Gottingen, bajo la dirección del distinguido profesor Federico Woehler, una de las celebridades químicas de este siglo, y los terminó en Munich, en cuya universidad sirvió de ayudante al ilustre Liebig.

Resuelta la fundación de la fábrica de extracto de carnes que todo el mundo conoce con el nombre del célebre gran químico, fué enviado por éste, como hombre de su especial confianza, para dirigirla. Con tal motivo, el señor Seekamp residió cuatro años en Fray Bentos.

Habiendo abandonado su ocupación en esta fábrica, recorrió, durante ocho meses, varias provincias de esta República, estableciéndose después de ellos en la ciudad de Buenos Aires, de donde, como lo decimos al principio, fué enviado por el doctor Torres á esta ciudad, en la cual se ha radicado y ha constituido una familia argentina.

Producido en 1874 un movimiento estudiantil en este Colegio, cuyo resultado fué la separación del rector, el señor Seekamp fué nombrado interinamente para desempeñar ese puesto. Igual nombramiento le cupo en las postrimerías del rectorado del doctor Quiroga. En ambas circunstancias difíciles, el señor Seekamp dió acabadas pruebas de su carácter: en ambas se impuso á la juventud turbulenta y restableció la disciplina quebrantada.

En época igualmente difícil, el señor Seekamp fué nombrado Intendente de la Municipalidad de esta ciudad, en cuyo puesto, á la par del ca-

rácter demostrado en las otras circunstancias mencionadas, se reveló eximio é íntegro administrador. Está ahora exclusivamente dedicado á la educación de sus tres hijos, á su cátedra y á sus provechosas investigaciones científicas, querido y respetado por todos cuantos lo conocen.

Bien está, pues, el retrato del distinguido profesor y modesto sabio, en este *Número Único*, representando al personal docente del Colegio histórico.

La descomposición del ácido tartárico y del ácido cítrico POR LA LUZ SOLAR

En el año de 1859 observó Liebig, que una solución de ácido tartárico se descomponía con bióxido de manganeso, en ácido carbónico y una sustancia que reduce el óxido de cobre como glucosa, y que el ácido málico se descompone en circunstancias análogas en aldehida y ácido carbónico, y el ácido cítrico en acetona y ácido carbónico.

Las mismas descomposiciones tienen lugar, cuando á las soluciones de los mencionados ácidos, se les añade óxido de uranio y son expuestas á la acción de la luz solar.

El óxido de uranio tiene, según mi opinión, la especialidad de absorber los rayos químicamente activos de la luz solar. Como lo he demostrado anteriormente, el espectro de la luz solar, que pasa por una solución de óxido de uranio, presenta en los colores azul y violeta más numerosas y más anchas líneas que en el espectro ordinario.

Expuse una solución de ácido tartárico de 5% en la cual había disuelto 1% de óxido de uranio, á la acción de la luz solar. Pronto empezaba la descomposición, desarrollándose gas carbónico; el color amarillo del líquido se cambiaba en verde, por reducción del óxido de uranio en protóxido, y también el líquido tomó un olor particular.

Después de algunos meses lo destilé y encontré, en la primer parte que pasaba, *aldehida*.

El líquido librado de la aldehida, tenía una reacción ácida, la que neutralizada con oxidhidrato de plomo y el precipitado, así obtenido, fué descompuesto por ácido sulfhídrico. El líquido así obtenido tenía, junto con ácido tartárico no descompuesto, *ácido málico* y *ácido succínico*.

El líquido obtenido por filtración del precipitado de plomo, librado por ácido sulfhídrico del óxido de plomo disuelto, reducía una solución de óxido de cobre como *glucosa*.

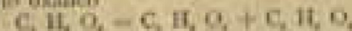
Este líquido evaporado tomó un color amarillo, y con el tiempo se separaban copos húmicos.

No he conseguido obtener la sustancia, que reduce el óxido de cobre, puro, para analizar.

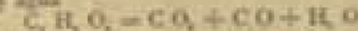
De este líquido obtuve una sal de barita, probablemente propionato, pero no puedo asegurar esto, pues no tenía material suficiente para analizarlo.

La descomposición que tiene lugar en el líquido es, según mi opinión, la siguiente:

1° El ácido tartárico se descompone en la sustancia que reduce el óxido de cobre (C, H, O,) y ácido oxálico



2° El ácido oxálico así formado es descompuesto por la luz solar, como he demostrado anteriormente, en ácido carbónico, óxido de carbón y agua



3° El óxido de carbón así formado reduce el ácido tartárico en ácido málico y á éste en ácido succínico





4° El ácido málico así formado es descompuesto en aldehida y ácido oxálico



5° El ácido succínico al fin, es descompuesto por la luz solar, como he demostrado anteriormente (Annalen 133) en ácido propiónico y ácido carbónico



Una solución de ácido cítrico á la cual se ha añadido óxido de uranio en la misma proporción, expuesto á la acción de la luz solar, presenta los mismos fenómenos; se desarrolla gas carbónico, el líquido se vuelve verde y toma un olor particular.

Después de meses, fué destilado y encontré, en la primera parte que pasaba, *acetona*.



Por falta de tiempo no he estudiado qué otras cosas se habían formado en el líquido.

No he obtenido el ácido málico en cantidad suficiente, pero no me cabe duda de que, por la luz solar, se descompone, como he mencionado antes, en aldehida y ácido oxálico.

W. SEEKAMP.

PENSAMIENTOS DE EX-ALUMNOS

Y DE

PROFESORES ACTUALES DEL COLEGIO

EL COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

Se ha dicho con profunda verdad que el fundador de una escuela es más grande que el conquistador de una provincia (1).

El general Urquiza tiene dos páginas brillantes en la historia de su vida pública: la victoria de Caseros y la fundación del Colegio Nacional del Uruguay.

La liberación del pueblo argentino del ominoso yugo del despotismo es el acontecimiento más notable que registra su historia política, después de la épica guerra de la independencia.

La fundación de aquel establecimiento en épocas borrascosas, cuando la rojiza antorcha de la anarquía resplandecía siniestramente por doquiera y la tiranía había apagado la luz del pensamiento, constituye la inauguración de un período fecundo de la emancipación intelectual que marca una esplendente etapa en la regeneración moral del pueblo.

Cuando se escriba la historia contemporánea de la República Argentina y se investiguen las causas de su prosperidad, no podrá menos de reconocerse que la difusión de la enseñanza pública, ha sido uno de los factores más poderosos del desarrollo moral y material de esta gran nación.

El Colegio Nacional del Uruguay ocupará entonces uno de los primeros lugares como núcleo intelectual que ha sido para la educación de una numerosa juventud que más tarde había de figurar en su patria en los más importantes destinos públicos como estadistas, jurisconsultos, hombres de letras y militares.

Pero si á Urquiza se debe la gloria de la fundación de este establecimiento, también la tienen en grado prominente sus ilustres é infatigables organizadores.

Larroque reveló todo el genio de un gran educacionista; tuvo el talento de inspirar á sus discípulos intenso amor por el estudio y la noción más elevada hácia el cumplimiento del deber, sin el cual no es posible la formación de carácter, ni menos conquistar títulos merecidos á la consideración, al respeto y á la admiración de sus semejantes.

Clark, modelo purísimo de honradez administrativa, fué el padre tierno y cariñoso de los alumnos y enseñó con su austero ejemplo el camino de la virtud que enaltece y el amor al trabajo que dignifica y engrandece al hombre en la incesante lucha de la vida.

¡Honor y gloria á estos dos ilustres varones cuyos nombres pasarán á la posteridad rodeados de la aureola de la gratitud y de la admiración legítima, que supieron conquistar como apóstoles de la educación!

JOSÉ SEGUNDO DECOUD,
(ex alumno del Colegio Nacional del Uruguay)
E. E. y Ministro Plenipotenciario
del Paraguay en la R. O. del Uruguay.

Montevideo, Mayo 21 de 1894.

Si, como dice Constantino Arnesto, el pueblo sólo por la instrucción se civiliza, sólo por medio de la civilización es libre, y sólo siendo libre puede ser soberano, la República Argentina debe en mucha parte su engrandecimiento al general Urquiza, por haber fundado el establecimiento de educación que más ha difundido la semilla intelectual en todo el país: el Colegio Nacional de esta ciudad.

Al construir un monumento que perpetúe la memoria de tan ilustre caudillo, la actual dirección del Colegio realiza un propósito reclamado por el fallo justiciero de la historia, á cuya obra está obligada la gratitud nacional y muy especialmente todos los que nos hemos hecho de un título y una posición, por los conocimientos adquiridos en tan augusto templo de la enseñanza.

MARIANO E. LÓPEZ,
(Abogado.)

Uruguay, Mayo de 1894.

Al espíritu liberal de los primeros maestros del Colegio Nacional del Uruguay, se debe el adelanto intelectual de la República; pues con sus sabias lecciones formaron á los hombres que más tarde debían ahogar á esa *rémora* del progreso que se llama «educación religiosa».

ELADIO ARRIETA,
(Médico.)

Madrid, Mayo 20 de 1894.

El Colegio del Uruguay fué en su época para la República Argentina, lo que la Universidad de Salamanca para España. Como ella, irradió sus luces hasta los confines del país, y también como ella fué teatro de aventuras estudiantiles, en las que el rasgo caballeresco predominó siempre.

A. B. RAÑA,
(Estudiante de Ingeniería.)

La fundación del histórico Colegio del Uruguay, es el toque de rebato contra el oscurantismo.

La luz brota á raudales, y al desparramarse por los ámbitos, colora la escena en que se levanta á la inmortalidad el grande hombre que inició su obra bienhechora, abatiendo una ominosa tiranía.

EMERIO R. TERREYRO,
(Estudiante de Derecho.)

Si el recuerdo es una de las manifestaciones del espíritu por el que conservamos en nuestra memoria de una manera fiel, precisa y clara, todos los acontecimientos más notables de nuestra vida estudiantil, risueña, alegre y feliz; y el cariño es esa suprema tendencia, ingénita é indestructible del corazón humano hácia todo lo bueno, lo bello, lo sublime y armonioso del Universo: el Colegio histórico del Uruguay, en cuyas aulas recibimos el más precioso tesoro de las riquezas humanas, en esa época de brillantes ilusiones y risueñas esperanzas, sintetiza para mí esas dos manifestaciones del alma que palpitan incesantemente en mi corazón y en mi cerebro, y que conservaré siempre indelebles en mi conciencia, como eterna gratitud, cariño y respeto.

JAVIER L. REGUERA,
(Farmacéutico Nacional.)

Uruguay, Mayo 1° de 1894.

Cuando los discípulos lanzados á las vicisitudes de la vida, recogiendo en ella palmas ó martirio, recuerdan unánimemente con cariño al viejo maestro ya en la tumba, y la posteridad confirma el fallo de agradecidos corazones, hay que tejer guirnaldas consagrándolas á la memoria de la sabiduría y la virtud.

Lo que hoy ofrece una generación entera en honor de Alberto Larroque, irá reverdeciendo á medida que se recoja el fruto de su enseñanza y noble ejemplo.

BENJAMÍN D. MARTÍNEZ,
(Médico.)

Los muros del Colegio del Uruguay son el mejor asilo de la memoria de su fundador el General Urquiza, y yo también soy su defensor dentro de esos muros. Fuera de ellos, como ciudadano y como hombre libre, guardo el respetuoso silencio compatible con el derecho.

El doctor Alberto Larroque supo enseñar como francés y dirigir como ninguno.

Don Jorge Clark fué la *hermana* administradora del filantrópico Colegio del Uruguay.

En el Uruguay los que no son estudiantes son estudiosos, merced á la influencia del Colegio.

¿Quién podría decir que el Colegio del Uruguay habría llegado á ser lo que es, si el pueblo del Uruguay no hubiese sido el del pronunciamiento contra la tiranía y el defensor de la Constitución?

JORGE DAMIANOVICH,
(Abogado.)

El recuerdo de los hombres excepcionales se perpetúa como el tiempo. Sus obras son el material que da solidez á los monumentos que la posteridad les levanta.

Su apología debe ser breve, basta decir: ¡Fué un genio!

El General Urquiza pertenece á esta falange, y se destaca, no sólo como hombre público y guerrero, sino también como iniciador de la educación en la heróica provincia, fundando el histórico Colegio del Uruguay.

La estatua de aquel gran hombre como las de Larroque y Clark, que lo secundaron en empresa tan fecunda, se imponen en aquel augusto

(1) Juan de Müller.

templo como testimonio de admiración y gratitud.

PORFIRIO L. TERREYRO,
(Bachiller).

Uruguay, Mayo de 1904.

Ha influído más el Colegio del Uruguay en las conquistas de la libertad, que medio siglo de hechos y sacrificios en los campos de batalla. El general Urquiza será más grande á los ojos de la posteridad, como fundador del Colegio del Uruguay, que como vencedor de Caseros.

EMILIO GOUCHÓN,
(Abogado).

---

45 AÑOS

En una época de nuestro país, comparable con una larga noche fría y tormentosa, el Colegio del Uruguay, como un hogar encendido, atraía al amor de su lumbre á los jóvenes estudiosos de todo el ámbito de la República.

Otros hogares se han encendido después; la fría estación va desapareciendo; pero no ha desaparecido aún la corriente de calor y de vida que desde entonces brota perenne de aquel foco y circula por todos los miembros de la Nación agradecida.

JUAN BAUTISTA FERREYRA,
(Abogado.)

La Plata, 30 de Mayo de 1904.

La república federal consagrada por la Constitución nacional como fórmula democrática del gobierno que proclamaba para el país, ha sido la resultante del espíritu impaciente de los caudillos políticos, más que la aspiración conciente de los pueblos que amaban la república como un antítesis de la monarquía que los había subyugado y empobrecido.

El gobierno federal es aún en nuestro país una aspiración y será por mucho tiempo el ideal de nuestros estadistas, hasta que se convenzan que la república unitaria es la forma de gobierno más práctica y económica, y por consiguiente, la que más conviene á nuestro país, al cual le bastará un gobierno comunal autonómico que en su régimen interno, propenda al engrandecimiento institucional de la República y á la realización de sus progresos materiales.

La ciencia del gobierno ha dejado en nuestros tiempos de ser una nebulosa, desde que ha pasado á ser en los dominios de la democracia, la ciencia del bien público que emana de leyes populares y está garantida por el control de la crítica, la discusión y la luz.

Así, pues, el mejor gobierno de una república será siempre el más barato y el más simplificado en su mecanismo.

JESÚS M. DEL CAMPO,
(Abogado.)

Buenos Aires, Junio 3 de 1904.

Considero de justicia no omitir en las fiestas del aniversario del Colegio histórico los nombres de don Lorenzo Jordana y del doctor don Manuel Errausquín. Jordana fué el fundador de ese Colegio y fué Rector de él hasta los primeros meses de 1851. En Mayo de ese año entró como Rector el doctor Erráusquin, que lo fué hasta el 18 de Mayo de 1854. En esta fecha entró el doctor Larroque á dirigir el Colegio.

Debo advertirle, haciendo un acto de reparadora justicia, que el carácter moral del Colegio, sus hábitos de rigorosa disciplina, fueron establecidos durante la dirección del doctor Errausquin.

MARTÍN RUIZ MORENO,
(Abogado.)

El Colegio Nacional del Uruguay, la gran epopeya de la educación argentina, la gran obra del General Urquiza, batió allí por los tristes días de la tiranía, la ignorancia, formando hombres y cultivando inteligencias, que habían de figurar en nuestra querida Patria.

FÉLIX CALZADA,
(Estudiante de Medicina.)

Admiro la feliz inspiración de las inteligencias de aquella época, que aconsejaron la fundación de ese histórico Colegio, diseñando talvez por este medio el primer paso en pró de la regeneración política que más tarde, acortándose el tiempo á impulso de los acontecimientos, fué llevada á cabo por medio de las armas. Nuestro Colegio del Uruguay siguió impertérrito, como destinado por decreto de la Providencia á ser uno de los semilleros de donde debían de nacer generaciones capaces de discernir la triste condición por que atravesó el país y con la necesaria elevación de espíritu para aspirar al mejoramiento de la Patria.

JUAN M. BARRIOS,
(Profesor.)

Corrientes, Mayo de 1904.

Buenos Aires, Junio 5 de 1904.

Al Señor Rector del Colegio Nacional del Uruguay.

Recibí su atenta targeta, en la que me recuerda la circular del 1º de Abril y al mismo tiempo me pide con tanto empeño un pensamiento ó artículo para el número especial destinado á conmemorar el 45 aniversario de la fundación de ese Colegio.

Un pensamiento nó; todo él, todos mis recuerdos, ligados con la niñez, con mi adolescencia, y todo lo que el hombre llegó á ser.

Alguien dijo y creo que con sobrada razón, que la fundación del Colegio del Uruguay era la gloria inmaculada del General Justo José de Urquiza. Yo á mi vez agrego que al fundar, al dedicar toda su potente influencia en aquellos tiempos á esa institución de enseñanza superior, llevó á cabo una idea de trascendental política que vino á hacerse carne en toda una generación de jóvenes educados, que salieron de allí y se dispersaron en todos los ámbitos de la República, llevando sus aspiraciones y sus anhelos á hacer prácticas las lecciones recibidas sobre las instituciones que nos rigen, y á poner su contingente de conocimientos adquiridos al servicio y felicidad de la Patria.

Palpables están los beneficios recibidos de aquel Colegio—no ha dado un paso nuestro país en la senda del progreso, sin que haya colaborado, si no ha sido su iniciador, algún miembro salido de aquel centro de ilustración.

Los Roca, los Leguizamón, los Ibarguren, los Andrade, los Plaza, los Pacheco, los Chavarría, los Virasoro, los Segovia, los Ruiz de los Llanos, los Larroque, los Wilde, los Escobar, los Figueroa, los Ruiz Moreno, los Fonrouge, los Espiro... y tantos otros cuyos nombres se me escapan en este instante, ¿no son y han sido figuras culminantes que han tenido su participación importante y muchas veces decisiva en las diferentes épocas de la organización y evolución política de nuestro país?

Cuando tanto y tan grandes cosas contribuyó á llevar á cabo aquel célebre instituto de enseñanza ¿de dedicarle un solo pensamiento mío?

Nó.

Vale él mucho para tan poca cosa.

Pero sí, pretendo y deseo reconcentrar en mi espíritu el de todos los antiguos condiscípulos y enviarle sus votos y anhelos para la prosperidad del actual Colegio del Uruguay, como la suprema y más merecida dedicatoria á la elevada misión que desempeñó, cuya clarovidencia tuvo el General Urquiza.

Saludo á Vd. con mi distinguida consideración.

ELEODORO DAMIANOVICHE,
(Médico.)

La base de la educación moderna debe reposar en el conocimiento profundo de la higiene, ciencia augusta, donde lo grande y lo pequeño tiene igual significación, puesto que en ella todo concurre con igual fuerza al mismo fin: conservar al hombre su salud física, intelectual y moral.

Importa más á la humanidad un buen precepto higiénico, que todas las conquistas de Alejandro, César y Napoleón.

E. PIETRAVERA,
(Médico.)

Nada más plausible que conmemorar la fecha de la fundación del Colegio del Uruguay con una publicación en la que colaboran todos los ex-alumnos. Al recordar, en tal día, el gran acontecimiento, la revolución moral que entrañaba la creación de ese templo: nos obliga á dirigir los ojos hácia las figuras más culminantes que intervinieron en la planteación y desarrollo de ese gran foco luminoso.

Según mi opinión, y de acuerdo con mi gratitud, esas figuras descollantes son cuatro: 1º la del capitán general don Justo J. de Urquiza, que concibe la idea y es fundador del Colegio, siendo Presidente de la Confederación Argentina. El es el que hace construir el edificio con capacidad para 500 estudiantes; reparte becas á todas las provincias proporcionalmente, siendo admitidos hasta extranjeros y recibiendo todos gratuitamente, manutención, casa, enseñanza, libros, útiles, hasta ropa. Entre los extranjeros había franceses, españoles, suizos, italianos, portugueses, ingleses, brasileros, orientales, paraguayos, bolivianos, chilenos, etc. La fundación de ese vasto establecimiento de educación, es una de las grandes obras que dignifican al vencedor de Caseros.

2º La del doctor Alberto Larroque, rector, francés de nacionalidad, argentino de corazón, sabio, filósofo, hombre de carácter, genio organizador, laborioso educacionista, íntegro abogado, profesor ejemplar, demócrata de ideas liberales y progresistas: reglamenta y dirije con tal tino el Colegio, que lo encamina al mayor engrandecimiento.

3º La de Jorge Clark, de nacionalidad inglés, también argentino de corazón, fué profesor de inglés, de teneduría de libros, administrador y ecónomo del colegio. Hombre de fortuna, busca en el Colegio un asilo para distraerse ó poder sobrellevar desgracias irreparables de familia, que le afectaron hondamente; de hábitos austeros, de sobresalientes méritos, descollando su carácter augusto, benefactor, tenía un cariño casi paternal por los alumnos, quienes á su turno le prodigaban el mayor aprecio y respeto casi sagrados. Su persona, su carácter, su vida, su conducta eran un libro abierto de enseñanza, la encarnación palpitante de las más nobles virtudes. Fué un filántropo que prodigó todo su bolsillo á beneficio del Colegio y aún de los pobres de la localidad.

A propósito, se me ocurre un incidente característico: Algunos meses despues de la batalla de Pavón, diseminados ya los estudiantes, quedaron solamente 14 ó 15 á quienes Mr. Clark ya no pudo costearles pasaje para que regresasen á sus casas, como lo había hecho con un gran número; estaban completamente agotados sus recursos; nada tenía para enagenar de sus muebles, ni aún de sus recuerdos de familia: Un día pasaba un alumno frente á su puerta y lo llama diciéndole: ¿«no tienes cuatro reales para comprar té»? y continúa: ¡quién creyera que llegase un día en que Jorge Clark no tuviese con que comprar té! Al concluir la frase aquel venerable cáe en su asiento; desplomado por el dolor é inundado en lágrimas.—Vuela el estudiante compadecido de tanta desgracia, pide y trae los cuatro reales, se los entrega, y al recibirlos aquel hermoso anciano toma la mano al niño y la besa cual lo hiciera un mendigo, derramando nuevas lágrimas, reveladoras de todo un poema!

Después de esa triste época, en que el colegio tenía más bien la fisonomía de un cementerio, vino su reorganización bajo la presidencia del gobierno de Mitre, limitándose extraordinariamente el número de estudiantes. Entonces don Jorge Clark, que fué el único profesor que quedó dentro del Colegio clausurado y en liquidación, prosigue sus funciones de administrador y profesor; pero ya en mísera situación pecuniaria, hasta el año 67 en que concluye su vida trágicamente, suicidándose; porque no pudo soportar que alguien quisiera manchar su pulcra honorabilidad. Entiendo que su muerte fué todo un acontecimiento luctuoso que llenó de consternación á la población; y se me ha referido que las gentes excitadas por la ansiedad y el dolor se precipitaban á contemplar el cadáver, cual si fuera el de un deudo querido.

4º Debo también incluir al virtuosísimo canónigo don Domingo Ereño, quien fué vice-rector, español de nacimiento, también argentino de corazón, ilustrado, liberal, cariñoso con los estudiantes; muy recto, supo secundar al doctor Larroque, y puso todo su valer tanto en Montevideo como en el Uruguay, en pro de nuestra reorganización nacional: nos daba lecciones de valor cívico y amor á la Patria.

¡Honremos sí, debidamente la memoria de estas cuatro entidades por ser dignísimos acreedores á nuestra gratitud de ex-alumnos y á la consideración pública, por los benéficos frutos que ha producido el Colegio!

FENELÓN MATORRA,
(Médico.)

EL HISTÓRICO COLEGIO

Lo que ha distinguido siempre al Colegio Nacional del Uruguay, es la educación eminentemente patriota y liberal que ha dado á sus alumnos. Ello ha contribuido, sobre todo en los últimos años, á formar muchos ciudadanos que no olvidan esa enseñanza, y que son otros

tantos obreros en la tarea elevada de contribuir á la formación del espíritu nacional en la juventud que se levanta.

Ese resultado benéfico en los destinos de nuestro país, sería suficiente título para que aquel establecimiento mereciera el sobre nombre de histórico con que ya se le conoce, sino existieran otras causas justísimas que le han hecho merecedor de tal calificación honrosa.

Hoy más que nunca, hoy que nuestra población es eminentemente cosmopolita, se hace necesario que los caracteres de dicha enseñanza, se acentúen más si es posible, y que los recuerdos de la patria, la celebración de sus glorias, y los actos de veneración por sus héroes y servidores, sea un objeto principal de los maestros y directores de todas las casas de educación de la República.

Tengo entendido que en el histórico Colegio, se sigue esa tendencia educacional, y de ello me congratulo sobremanera. Es verdadera obra de patriotismo, que dará siempre ópimos frutos.

La reciente formación de una sociedad entre estudiantes de dicho Colegio, y que tiene por propósito levantado conmemorar las fiestas cívicas, tanto dentro como fuera del establecimiento, responde eficazmente á tal tendencia, y sus iniciadores merecen un caluroso aplauso que se los envío con entusiasmo.

ANTONIO MEDINA,
(Abogado.)

Gualeguay, Mayo 30 de 1894.

Se explica mi gozo por todo lo que sea favorable al Colegio del Uruguay. Tengo el orgullo de haber asistido á sus aulas. En ellas recibí las lecciones de ilustrados profesores, para los que guardo la mayor gratitud; concurriendo á ellas comprendí la necesidad del estudio, las ventajas del saber. En ellas oí la palabra del maestro Peyret. Fué mi profesor de Historia en 4º año. Recuerdo que algunos nos presentábamos á clase bastante mal preparados. Mr. Peyret, fastidiado al oir nuestros desatinos, nos decía, con aquella franqueza que le caracteriza: Vds. vienen aquí á perder tiempo! Mejor harían en ir á sembrar papas!...

Aseguro, que estoy por creer que han influido en mi aquellas palabras. Muchas veces me hicieron pensar si Mr. Peyret, en medio de sus generalidades, no nos daba el mejor consejo á seguir. Enseñándonos el ancho sendero del trabajo fructífero, tratando de apartarnos de la empleomanía, evitándonos la adquisición de un título que es apenas un pasaporte para las nulidades, como ha dicho muy bien nuestro común amigo Babuglia.

Respecto á mí, he observado el consejo y puedo asegurarle que estoy satisfecho: tengo esta deuda con mi inolvidable maestro Mr. Peyret.

FERMÍN M. GALLARDO,
(Agrimensor.)

El colegio del Uruguay vive de su tradición. Sus admiradores porfían por mantener su gloria pasada. En la actualidad, es un cadáver costoso. La nación invierte anualmente 65.000 pesos en su sostenimiento. La renta de esta enorme suma es cinco ó seis bachilleres que, á fin de cada año, se dirigen á esta capital en busca de un empleo que les proporcione lo necesario para convertirse después en abogados, médicos, frailes ó boticarios.

Como todos los establecimientos de su especie, está llamado á desaparecer el día que nuestros hombres públicos lleguen á persuadirse que en vez de seres inútiles é improductivos, consumidores ociosos, inteligencias mutiladas, zánganos de la colmena social, revolucionarios inconscientes, la patria necesita convertir sus hijos en industriales inteligentes é ilustrados.

Entramos al período de las industrias: los colegios nacionales son institutos peligrosos que obstan á su desarrollo. Su actual Dirección se ha iniciado bien al respecto, implantando la enseñanza manual. Que prosiga en la noble aunque ingrata tarea, y merecerá bien de la patria.

LUIS A. PEYRET.
(Abogado.)

Buenos Aires, Junio de 1894.

Una de las obras meritorias que caracterizan la vida pública del general Urquiza, es sin duda la fundación del Colegio Nacional del Uruguay, que bajo la dirección del extinto Rector Dr. Larroque, auxiliado por la asidua colaboración del bondadoso Mr. Clark, supo constituirlo en vivificante foco de luz científica, en donde vino á nutrir su espíritu la juventud de todos los ámbitos de la República, irradiándola después en todas las manifestaciones del saber, alcanzando su influencia hasta imprimir nuevos rumbos á la política y administración general del país.

¡Honor á Urquiza, Larroque y Clark, en el 45º aniversario de la fundación del Instituto que ellos verdaderamente crearon, pues al través del tiempo ellos se identifican con su benemérita obra!

J. E. ARGÜELLO.
(Profesor normal.)

La provincia de Entre Ríos preparábase para derribar una tiranía de 20 años de oprobio, cuando su ilustre Gobernador, el general Justo J. de Urquiza, comprendiendo como Samuel Smiles «que el esclavo más miserable no es aquél dominado por un déspota, por grande que sea este mal, sino aquél que está dominado por su ignorancia, por su egoísmo y por sus vicios», echa los cimientos de la institución que llegaría á ser una de las columnas más firmes de la educación argentina.

El Colegio del Uruguay, fruto de la feliz inspiración del general Urquiza, constituyó la fuente esencial donde la juventud, ávida de saber, concurrió á recibir el alimento intelectual, para más tarde cumplir la misión sagrada que la patria le señala.

Próximamente medio siglo pesa sobre esta institución de cuyas aulas han salido varias generaciones que hemos visto actuar siempre en primera línea, en todos los ramos de la actividad y progreso de la República.

El Colegio del Uruguay cuenta con su pasado glorioso y con un presente que hace concebir las más risueñas esperanzas en el futuro.

CARLOS M. SPERONI.
(Profesor normal.)

VULGARIDAD

Cada cosa en su lugar: el ejercicio de la memoria, sin mayor cuidado de la inteligencia, en las escuelas primarias; el ejercicio de la inteligencia, sin mayor cuidado de la memoria, en los colegios de enseñanza secundaria.

De este teorema tan vulgar y tan natural deberían surgir dos artes distintas, diametralmente opuestas: la pedagogía, ó arte de enseñar á los niños y la efebagogía, ó arte de enseñar á los adolescentes.

¿Por qué tantos tratados sobre pedagogía y ninguno sobre efebagogía?

MARTÍN REIBEL.
(Médico.)

Uruguay, Junio 10 de 1894.

Como ex-alumno del Colegio histórico referiré, con la pobreza literaria que me es peculiar, y para llevar mi contingente humilde, pero sincero, al *número único*, uno de los tantos incidentes que se producían en nuestros tiempos, cuando el establecimiento era dirigido por el inolvidable *monsieur* Larroque, por D. Domingo Ereño y por el no menos digno de perdurable recuerdo *míster* Clark.

Finalizaba el año 1859, en el cual el general Urquiza, fundador del Colegio, había agregado una hoja más á su corona de laurel con el triunfo obtenido en los campos de Cepeda; corría el mes de Noviembre, y nosotros debíamos festejar ese triunfo con una suculenta carne con cuero que iba á tener lugar á inmediaciones del *Potrero de Chiloteguí*.

El bizarro batallón del Colegio, compuesto de trescientas cincuenta y tantas plazas, comandado por el bravo coronel Martínez Fontes, debía aprontarse y marchar al punto indicado, con el objeto antedicho.

La víspera de la referida fiesta todo era alegría en el Colegio; no se estudiaba; no se concurría al estudio y hasta el mismo *monsieur* Larroque se había vuelto colegial, pues andaba confundido con nosotros sosteniendo reñidas discusiones sobre filosofía, literatura y otras ciencias con el correntino Segovia, con Francisquillo y otros.

Como decía, todo era alegría la noche de la víspera de la carne con cuero. Ningún colegial durmió esa noche, pues ansiábamos la salida del sol, el golpe de campana y la llamada tocada por el tambor de orden, el *indio* Pedro.

Amaneció, y con gran sorpresa para nosotros, se corrió la voz de que en lugar de ir á la carne con cuero, tan ansiada, teníamos que ir al estudio, pues así lo había dispuesto *monsieur* Larroque.

¿Qué era lo que había sucedido?

Todos nos preguntábamos y queríamos saber la causa de tan brusco cambio, pues ya estaba el batallón uniformado y el *indio* Pedro pronto á la señal indicatoria de su jefe para echar tropa.

Al poco rato vino la noticia de que los *muchachos más grandes* habían avanzado la despensa del Rector y la habían dejado poco menos que *pelada*, y lo que era más serio, que hasta se habían llevado un hermoso pavo adobado que componía el menú, con que dicho Larroque pensaba obsequiar á sus convidados particulares; y como con esto ya le desbarataban su plan, se había visto obligado á castigarnos con la suspensión de la fiesta.

¿Quiénes habían sido los ladrones?

Esto era imposible saberlo, porque en aquellos tiempos el espíritu de compañerismo constituía una ley inviolable, y antes de denunciar á un compañero, permitíamos que los cuatrocientos sesenta alumnos fuéramos castigados con cualquier penitencia.

Todos decíamos *soto voce*: debe ser el p.... Salvatierra—el ch.... Lonta—el g.... Acosta—el zorrito Avila—el vasco Berazategui—el rubio Wilde, que como está con míster Clark, cree que no le harán nada—el tuerto Miranda—el m.... Taillor—el g.... Moreira—el t.... Cristo, y en fin, no recuerdo á cuantos otros mezclábamos en la cosa.

Todo era una algarabía y todo era comentar el hecho y la gran falta cometida por los *muchachos más grandes*, hasta que se sintió el fatal *tin tan* de la también histórica campana, tocada por el mismo *monsieur* Larroque, y el signo de silencio dicho por *Charre*, y todo el mundo empezó á desfilar cabizbajo y en silencio, al estudio de los mayores unos, y otros con *Charre* al de los menores.

Inmediatamente también y de boca en boca empezó la recitación de unos versos ó bersos, como se le quiera llamar, que empezaban así:

> El triunfo de Urquiza
> No se ha festejado,
> Porque se han robado
> Un pavo adobado.
> Etc., etc.

Después empezó el sumario referente al robo; pero no se hizo la luz, por más que se nos amenazó.

Nosotros sabíamos quiénes eran; pero ya he dicho que sufríamos cualquier penitencia antes que denunciar á ningún compañero.

Como nada se pudo sacar en limpio, en la semana siguiente y por los empeños de míster Clark y de don Domingo, se nos dió la ansiadísima carne con cuero.

Se me olvida decir que los versos que menciono creo que fueron hechos por Crisóstomo Alvarez ó por el conocido Armodio.

N. T. RERÓN.

Un hecho histórico, digno de reflexión por la enseñanza que él entraña, nos presenta la fundación del Colegio del Uruguay.

Cuando de uno á otro extremo de las llamadas Provincias Unidas del Río de la Plata extendía su sangriento dominio el caudillaje oscuro y bárbaro, que cerraba nuestros institutos de enseñanza y hasta las escuelas primarias clausuraba en muchas provincias, aquí, centro poderosísimo de ese dominio, surgía este Colegio, fundado por el general Urquiza, que así abjuraba de sus antecedentes y sistema político de gobierno, y daba raro ejemplo de buena administración, confiando á dos distinguidos educacionistas los Sres. Larroque y Clark, su dirección, quienes supieron darle tal impulso que ha ido dejando rastro tan luminoso en la intelectualidad argentina que hoy, después de casi medio siglo, esta obra del patriotismo sigue influyendo eficientemente en nuestros progresos y llamando á sus aulas á la juventud de todo el país.

M. SARSFIELD ESCOBAR,
(Profesor normal.)

Uruguay, Junio 11 de 1894.

Altares consagrados al culto de la patria, que perpetúen la memoria de los que lucharon y cayeron en defensa de la libertad, son los premios que la humanidad agradecida concede á sus benefactores; pero como los triunfos inmortales de la espada, son poco fructíferos, si no se hallan combinados con los triunfos inmarcesibles de la idea, cumplimos igualmente ese deber de gratitud, empeñándonos en que se perpetúe en la memoria de los hombres y de la juventud especialmente, el nombre de los grandes servidores de la educación argentina.

Esforcémonos, por tanto, para que el monumento, cuya piedra fundamental debe colocarse en nuestro Colegio el 1º de Setiembre próximo, aniversario de este coloso en la vida educacional de nuestro país, sea pronto una hermosa reali-

dad, para tributar de esa manera nuestro homenaje respetuoso al general Urquiza, su fundador, al Dr. Alberto Larroque, su director inolvidable y al bondadoso Mr. Clark, y para que sus efigies vaciadas en el bronce ó esculpidas en el mármol, levantándose majestuosas en el espacioso patio del Colegio, sean en todo tiempo la admiración de las generaciones que se sucederán en él.

EDUARDO TIBILETTI.
(Estudiante de Derecho.)

Sociólogos distinguidos de las últimas décadas de nuestro siglo, convienen en que las actuales religiones positivas están llamadas á desaparecer por no estar sus dogmas en armonía con los principios científicos de la época contemporánea, agregando que las futuras, para tener influencia y predominio duradero, deberán basarse en conocimientos racionales aceptados y robustecidos por la vasta instrucción de las colectividades en que están llamadas á actuar.

Si esta proposición es cierta, como no puede ponerse en duda, ante el análisis científico, tratándose de escribir algo sobre el Colegio Nacional del Uruguay, sin hacer la narración de los servicios que ha prestado y presta á la República Argentina, no podemos dejar de reconocer, una vez más, que su fundación ha sido uno de los hechos más previsores, patrióticos é inteligentes del general Urquiza, y que, por sí sólo, lo llaman á ocupar un lugar prominente en los anales históricos de nuestra patria.

A. J. TAMER.
(Abogado.)

Era muy niño cuando mi padre me mandó á Europa, donde permanecí separado de él hasta la muerte de mi buen abuelo, en cuya época nos reunimos y durante tres años más ó menos vivimos juntos.

No tardó en ser mi amigo íntimo, y en mis vacaciones su compañía me era indispensable, aunque de tiempo en tiempo se complicaba con lecciones; pero todo sazonado con su espíritu de buen compañerismo que hacía muy amena su relación.

Tenía dieciséis años al producirse el hecho que voy á relatar.

Mi compañero, así solía llamarlo familiarmente, tenía costumbre de fumar y pretendía que en el día menos pensado concluiría por corregirse, como lo consiguió poco después de este incidente.

Siendo sus cigarros pésimos, una tarde compré uno de clase regular y lo coloqué en mi bolsillo de manera que quedase visible. Pronto se fijó en él mi padre, y de buenas á primeras, me preguntó si fumaba. Negué, pero como me mostrase el cigarro, tuve que confesar y aproveché esta oportunidad para que fumase el sorprendido habano.

No tardó en felicitarme por su rico perfume y hacerme entender que él era más modesto en sus gustos.

Mi intención al hacerle fumar el cigarro, era la de mejorar los suyos, y, por esta razón, inventé lo siguiente: «Pues, papá, los míos cuestan como los tuyos; es cuestión de ojo y saber elegir», y se lo tuvo por dicho, y de allí en adelante, todos los días era yo quien se los compraba.

Esto duró así algún tiempo, pero sucedió que un día no pude ir á la cigarrería. Fué él entonces, y cuando se trató de pagar, descubrió mi engaño. Al rato recibía una soberbia reprimenda. No tuve más remedio que aguantar, pero me extrañaba el tono triste de mi padre. ¿Cómo era posible que me retase, cuando era yo el damnificado, puesto que sacrificaba mi peculio? Quedé con los ojos fijos en un libro dejando pasar el chaparrón. Transcurridos cortos instantes, miré á hurtadillas á mi cariñoso padre y le sorprendí con lágrimas en los ojos; se cruzaron nuestras miradas y todo acabó por un fuerte abrazo.

B. LARROQUE.
(Médico.)

No, no es una verdad que se discute, es un axioma sentado por todos los hombres que habitan el suelo argentino, la importancia que nuestra histórica institución tiene ya en el desenvolvimiento educacional de la patria, y si algún espíritu timorato aun duda, ahí está esa serie de astros de primera magnitud, diseminados en su inmenso horizonte, iluminando con su ciencia todos los ramos del saber humano; su radiante claridad meridiana los conducirá como por encanto al terreno de la convicción. Pero si este es un justo título del que podemos vanagloriarnos los del presente, él no nos autoriza á exhibirlo siempre para revestirnos de una aureola de conocimientos de la que muy lejos estamos tal vez de poseer; es necesario hacernos dignos de los pergaminos conquistados, después de 45 años de luchas constantes.

Los que pasaron son de la misma pasta de los del presente, y si aquéllos al echar los cimientos y constituir la obra la revistieron de tanto brillo, los actuales, los que recién empiezan, á imitación de las crisálidas, á dar sus primeros aleteos en el campo de la ciencia, sabrán á su turno alimentar el foco con otros tantos destellos de luz de los múltiples que se conquistan en la vida de la democracia y del saber.

Yo no desespero, por más que á mi espíritu toca con las sorprendentes formas de la realidad, el desenlace que en el seno del hogar se nota por los grandes ideales de la patria; no desespero porque conozco el carácter argentino y sé que él es muy propicio para esos mismos grandes ideales: lanzad la idea y la veréis como en sorprendente lucha surge triunfante del seno de la borrasca.

Soberbio como su vegetación no gusta de la pequeñez en las formas: todo debe ser grande, admirable, y así como la savia generadora en la planta, en su circulación profusa, llega hasta las últimas ramificaciones para constituir el gigantesco, la idea, recorre idéntica ruta y en su trayectoria intelectual adquiere formas, y al adquirir formas, se convierte en espléndida realidad.

La generación que nace tiene en sus manos el sagrado depósito de tan precioso legado; ella sabrá conservarlo con sacrosanto celo, llevando más allá de los límites actuales su ilustre nombre; círculo estrecho circunda su sien; más amplio debe ser su lema. Las repúblicas vecinas nos conocen ya, por boca de sus propios hijos; el soberbio Ande, columna vetusta de la primera edad terrena, acaba de ser objeto de las investigaciones de uno de sus hijos; su título de ignota no lo tiene ya y el Tupungato inclina su nívea frente en signo de reconocimiento.

Yo lo espero todo de los que aspiran su vivificante ambiente; la duda y el descreimiento no fueron jamás los compañeros de la edad primera, de esa edad en que el espíritu se exalta al soplo de la idea que nace y se expande por regiones infinitas, como si lo de aquí no tuviese capacidad bastante á contener tanta grandeza.

Dos deben ser los móviles de la juventud actual: primero, estrechar en círculo de hierro la existencia de nuestra madre intelectual y todos sus esfuerzos, en este sentido, no serán inútiles, pues ya en el horizonte levantáronse densos nubarrones precursores de una gran tormenta, y cuando todo anunciaba el triunfo del fantasma horrible y feo del egoísmo, vientos bonancibles soplaron de todos los ámbitos de la patria llevando en pos de sí la protesta muda de tan maldito hecho.

La tormenta ya pasó; pero el móvil inicial de la idea primera, en latente existencia, aún permanecerá en lo oculto de esos espíritus raquíticos, esperando, como el ave de rapiña, el momento propicio para lanzarse sobre la presa, seguros de poseerla, esparciendo con sarcástica expresión los mutilados restos de ese ser que allá, cuando se escriba nuestra historia educacional, debe figurar como una de las influencias más decisivas en los grandes progresos de nuestra existencia republicana.

La ciencia del pasado y visión del porvenir nos enseña y la experiencia diaria lo confirma, que hay inteligencias preparadas para el bien y otras preparadas para el mal; estrechad las primeras que ellas son los faros bienhechores que el Ser Omnipotente ha puesto á lo largo del escabroso sendero de la vida para la realización en verdad del destino del hombre en la tierra; las segundas son intermitencias luminosas, sustancias no calcinadas que al inflamarse producen tanto daño como los invisibles habitantes del Ganges en sus clandestinas invasiones continentales.

El segundo móvil debe consistir en llevar al espíritu de esa misma juventud la convicción de que la obra nunca será completa si no pone de su parte el decisivo empeño de que es susceptible para que desde la primer aula hasta la última no haya otra aspiración que la de arrojar lejos de sí las desesperantes sombras de la ignorancia. ¿De qué sirve que el profesor corte con el acerado filo de su espada los abrojos del camino, si sus buenos amigos, sus inseparables compañeros, se quedan rezagados como el indolente soldado en lenta y penosa marcha? ¿De qué sirve que el profesor apele á todos los recursos de su ciencia si la glacial expresión del indiferentismo ha de ser el fruto de sus afanes? Yo, en condición idéntica, sentí desgarrada el alma al observar aquellos bultos de animada materia presas en las sangrientas garras de la pereza y en contemplación estática de su inseparable compañera, la ignorancia. Exigir de los alumnos empresa semejante, no es exigir un hecho irrealizable; ya en época no lejana tuve ocasión de observarlo, y si entonces fué un acto espontáneo y de él se obtuvieron ópimos frutos, hoy, que podría ser la consecuencia de un deliberado propósito, sería una profesión de fe su resultante, y entonces los que no se amoldaron á sus preceptos desde el primer momento desalojarían un puesto que no les pertenece para dedicar sus actividades en otro orden de ideas, pues la sociedad acepta todo género de factores siempre que ellos converjan al bienestar común.

Espero que esta idea, por más que ella va envuelta en ropaje desprovisto de galana forma, ha de caer en terreno fértil y que cual frondoso árbol de exquisito fruto será objeto de la admiración de muchos y en tiempos no muy remotos.

MÁXIMO ALVAREZ.

En la mente de su fundador, el Colegio del Uruguay no debía ceñirse á ser un establecimiento de instrucción científica y literaria; debía ser también una escuela de artes y oficios como de agricultura, pues recuerdo haber visto la chacra que le pertenecía al Norte de la ciudad de Concepción, y los talleres de carpintería y de sastrería.

Es de lamentarse que se haya abandonado ese pensamiento primordial, cuya realización es el único medio de desarrollar integralmente todas las facultades físicas, intelectuales y morales de la personalidad humana, de formar hombres completos, realmente útiles á la sociedad y á sí mismos.

El sistema de enseñanza que ha prevalecido en ese Colegio y en todos los establecimientos similares de la República, es defectuoso, contraproducente, teniendo por resultado principal crear un pueblo de funcionarios, de parásitos, de *desclasados*, por consiguiente antirrepublicano y antisocial.

Al expresarme de esta manera, no digo una novedad; pero es preciso repetirla y volver á repetirla, á fin de que se convenzan alguna vez gobernados y gobernantes de la necesidad de reformar á la mayor brevedad posible un sistema de educación que tanto contribuye para perpetuar las agitaciones políticas, el malestar social, desacreditando el sistema republicano y haciendo dudar del porvenir de estos pueblos sudamericanos.

La educación debe tener por objeto hacer un pueblo de verdaderos trabajadores, de productores, sin excluir por eso la cultura estética, porque el arte es el coronamiento natural de la actividad humana.

Esta reforma es la que debe anteceder á todas las reformas, pues sin la base de la educación las más bellas constituciones é instituciones del mundo se volverán letra muerta, y serán, según la pintoresca expresión de *Lieber*, como un collar de diamantes en el pescuezo de un camello.

P. D.—Escritos ya estos renglones, se me dice que el Colegio del Uruguay, bajo la dirección del Dr. Zubiaur, ha dado un paso en este sentido lo mismo como el Colegio de Corrientes bajo la dirección del Sr. Fitz Simón. Enhorabuena; pero es preciso ir adelante, extender, ampliar, generalizar, universalizar la innovación regeneradora: *et renovabis faciem terræ*.

ALEJO PEYRET.

Buenos Aires, Julio 5 de [illegible].

Señor Rector:

Con tanta insistencia me ha pedido V. *un pensamiento* para el *número único*, que, á pesar de haberme excusado verbalmente, varias veces, manifestando á V. mi incompetencia para llenar satisfactoriamente sus deseos, en vista de su exigencia, resolví anoche tomar la pluma para cumplir más bien un *mandato* que un acto explícito de mi voluntad.

Lo primero que se me ocurrió, fué contestar á V. en esta forma, parodiando al sábio: *Sólo pienso que no pienso nada*.

Más en este momento, vínome á la memoria lo que me dijera, hace dos ó tres años, un amigo, profesor también del Colegio con tanto acierto dirigido por V. Fué lo siguiente: «He leído hoy los programas de 2ª enseñanza de casi todas las naciones de Europa y América; y

he notado que en todas se incluye la enseñanza moral y religiosa, menos en el nuestro.»

Ahora, en virtud de este recuerdo, se me ocurre el siguiente pensamiento: *Lo que falta en el programa de 2ª enseñanza, constituye la base de la felicidad del hombre, de la familia y de la sociedad.*

Saluda afectuosamente al señor Rector en S. S.

ANTONIO RODRÍGUEZ CORTÉS,
(Profesor del Colegio.)

EL EDUCACIONISTA

El educacionista desempeña la profesión más noble, más sublime y más difícil á que puede dedicarse el hombre, pues las otras sólo tienen por objeto la transformación de la materia bruta que, sin resistencia, acepta todas las formas que se le quiere dar, mientras que el educacionista tiene que dirigir inteligencias que no siempre quieren someterse ni aceptar el impulso que se les comunica. Pues bien, si para llegar á ser perfecto en su arte, el herrero, carpintero, platero, joyero, pintor, etc., etc., debe poseer, con toda perfección, todos los secretos de su oficio ¡con cuánta más razón debe el educacionista ser preparado para el desempeño de sus nobles funciones que presentan mayores dificultades que las que encuentra un artista, cualquier que sea su oficio; pues la madera nunca dirá al carpintero: «no quiero que me hagas mesa, quiero ser cama,» ni el mármol al escultor: «quiero que me hagas estatua y no lápida,» mientras que un niñito fácilmente dirá: «quiero ó no quiero,» y sin embargo, es la misión del educacionista hacerle aceptar lo bueno y rechazar lo malo, no por la fuerza, sino por convicción y con amor. En esto consiste lo difícil de la tarea del educacionista, y éste muchas veces desistiría en su prosecución si no fuera alentado en el desempeño de sus elevadas funciones, pensando que su misión consiste en dirigir hacia el bien á seres inteligentes, á quienes, no solamente inicia en los conocimientos científicos que les harán más fáciles los trabajos de la vida, sino también á soportar con valor y resignación las penas morales que se opondrían á su verdadera felicidad y á la de los que les rodean; pues el hombre no puede ser dichoso solo, es preciso que lo sean también los que viven á su alrededor, los que más se acerquen á él.

A. PARODIÉ,
(Profesor jubilado.)

Uruguay, Junio 22 de 1894.

La educación de la mujer, encargada de inculcar sentimientos nobles y elevados en los que más tarde serán ciudadanos, desempeña un papel importante en la vida de los pueblos.

Cabe al histórico Colegio del Uruguay, al recibirla en sus aulas, el honor de prepararla á la mujer para que, agitándose en esferas más amplias, cumpla dignamente su delicada misión y marche con paso seguro hasta llegar feliz al deseado puerto.

JUANA MARTÍN,
Maestra Normal.—Profesora de Matemáticas.

¡Urquiza, Larroque, Clark! ¡Augusto triunvirato que amalgamando la concepción á la acción formasteis generaciones brillantes en que culminan verdaderos titanes de la inteligencia!

Vuestros hijos os retribuyen hoy, en forma imperecedera, la póstuma diadema de la historia, la inmortalidad, la gloria!

A. CHILOTEGUY,
(Médico.)

MAJADERIAS

Amigo Zubiaur:

Quisiera Vd. usted un pensamiento sobre su histórico Colegio?

Desde que su histórico ¿qué quiere Vd. á la historia y á los historiadores ......?

En fin, ahí va el pensamiento pedido.—Suyo.

AMIGO PEYRET.

Viejo ó nuevo hay tanto mío en este *número único* que no pensaba honrarme figurando en esta sección, á la par de tantos ex-profesores y ex-alumnos del Colegio; pero la observación de mi querido y respetado Mr. Peyret, me pone en el deber de declarar públicamente que con la creación de la *Biblioteca Larroque*, que es ya una hermosa realidad, la publicación de este *Número Único* y la realización del proyectado monumento en honor de Urquiza, Larroque y Clark, cierro la serie de lo que me propuse hacer en el Colegio con relación á su brillante pasado y concluyen, en consecuencia, mis majaderías para todos aquellos sin cuya ayuda mi acción hubiera sido ineficaz.

Lo demás, como lo decía muy á menudo en clase Mr. Peyret, vendrá por añadidura, ya que, como también lo repetía continuamente, el presente es hijo del pasado y tiene en sus entrañas el porvenir.

J. B. ZUBIAUR.



ANDRES TRUCCO (a) VIZCACHA,
(Último portero del Internado en el Colegio Nacional)

PENSAMIENTOS

DE

ALGUNOS ALUMNOS ACTUALES

DEL

COLEGIO DEL URUGUAY

El histórico Colegio Nacional del Uruguay, educando en su seno, no tan sólo á jóvenes inteligentes y patriotas, sino también á dignas señoritas, está llamado á ser el templo regenerador de nuestras costumbres y de nuestra civilización.

TERESA RATTO,
(Alumna de 4º año.)

El histórico Colegio Nacional del Uruguay es ya un monumento que tiene su historia formada y será siempre la columna más poderosa sobre la cual descanse la educación en la República Argentina.

CONCEPCIÓN M. CAMPI,
(Alumna de 1er año.)

Todos los pueblos conservan para sus benefactores algún monumento de imperecedera gloria; la Concepción del Uruguay, á falta de éste, ostenta en su seno al histórico Colegio, á cuyo nombre se vincula la memoria del vencedor de Caseros, el ilustre general Urquiza.

ANA ALINDA PIAGGIO,
(Alumna de 2º año.)

El Colegio es el templo en que la juventud recibe la luz de la verdad por medio de los principios de la ciencia que en él se le inculca; el Colegio Nacional del Uruguay, establecido por el general Urquiza, ha sido y es el que mejores resultados ha dado hasta la fecha; si su creación hubiera sido el único bien que el benemérito general hubiere hecho en su vida, bastaría para hacerlo notar entre todos los gobernantes que ha tenido la República Argentina.

ESTELA PARODIÉ,
(Alumna de 1er año.)

Oponed á la tiranía la educación de los pueblos y habréis conseguido destruirla; así lo comprendió el general Urquiza al fundar el Colegio del Uruguay.

J. FERRÉ,
(Alumno de 5º año.)

Bien merecida es la fama de que goza el Colegio Nacional del Uruguay. Fundado en una época en que el despotismo y la ignorancia se ostentaban formidables en la Nación Argentina, sus aulas fueron ocupadas por jóvenes inteligentes y laboriosos, muchos de los cuales llegaron á ser más tarde honra y gloria para la República; á través de todas las calamidades que han afligido á nuestra patria, ha sabido conservar intacto su buen nombre, y hoy tiene el honor de figurar en primera fila entre los demás establecimientos de su clase en la República Argentina.

R. AMESTOY,
(Alumno de 5º año.)

El Colegio Nacional del Uruguay es el arca que salva del diluvio de la ignorancia á los que concurren á sus aulas en busca de verdad.

C. IRIGOYEN,
(Alumno de 5º año.)

El Colegio Nacional es la brújula que guía á la juventud entrerriana por el sendero del progreso y de la ciencia.

SIXTO IZQUIERDO,
(Alumno de 5º año.)

La ciudad del Uruguay tiene para el general don Justo José de Urquiza un motivo de eterna gratitud: la fundación de su histórico Colegio Nacional, que ha sido la espada derrocadora de la ignorancia.

F. CATHER,
(Alumno de 5º año.)

¡Colegio Nacional del Uruguay, cuna de los prohombres del liberalismo argentino, que has dado á la República los más grandes servidores desde Caseros glorioso: sigue adelante iluminando á la patria con los vivificantes fulgores que surgen de la razón en que se funda la ciencia, que es la verdad!

J. C. VARALLO,
(Alumno de 5º año.)

El Colegio Nacional del Uruguay es la barrera de granito que defiende el principio de la libertad del pueblo: la educación, y á la cual ni la acción destructora del tiempo podrá roer, ni avasallar el poder que coopera á la esclavitud: la ignorancia.

J. BRIRÓ,
(Alumno de 5º año.)

La fundación del Colegio Nacional del Uruguay ocupa una página de eterna gloria en la grandiosa epopeya del ilustre vencedor de Caseros.

F. ORRIGUINO,
(Alumno de 5º año.)

El Colegio Nacional del Uruguay es el arca salvadora que navega en medio de las desencadenadas

deradas tempestades, conduciendo á la juventud argentina que se educa, para librarla del choque contra los escollos de la ignorancia.

FERNANDO W. RAFFO,
(Alumno de 4° año.)

No se eclipsa con la tiranía el meteoro de la civilización que, en épocas dadas, derramara sus luces por todos los ámbitos de un país: siempre queda un lugar, por recóndito que él sea, en el que dicha luz se conserva.

El Colegio del Uruguay alumbró á los pueblos durante la tiranía; fué el lugar recóndito en el cual se conservaron las luces de los patriotas del año 10, y cuyos ilustrados hijos lavaron con su sangre generosa las manchas que el tigre de Palermo derramara en el altar de la patria.

J. J. GONZÁLEZ,

El 28 de Julio de 1849 esparcía por primera vez sus brillantes rayos un astro luminoso: nuestro histórico Colegio Nacional alumbrando el ancho camino del saber á los que seguían la oscura y angosta senda de la ignorancia.

J. A. MONASTERIO,
(Alumno de 4° año.)

El Colegio Nacional del Uruguay es el coloso de la educación argentina, que lanza las luces del saber por todos los ámbitos de la República; que templa y vivifica el espíritu de los que diariamente concurren á sus aulas, y que realiza uno de los más marcados fines á que deben aspirar los establecimientos de su índole, al ofrecer, ya sea en aras de la ciencia, ya en holocausto del arte, los resultados con que concurre al adelanto de la civilización en nuestra patria.

La numerosa falange de hábiles soldados que anualmente presenta al campo de las ciencias y las letras, á quienes el pueblo de Mayo debe en parte las glorias del pasado, el bienestar del presente y la prosperidad del porvenir, pregona la justa y merecida fama de que goza.

P. T. VIGNAU,
(Alumno de 4° año.)

Sin el Colegio Nacional del Uruguay, quién sabe si el presente de la República Argentina fuera tan feliz como lo es.

AMADEO V. CAUSI,
(Alumno de 4° año.)

El Colegio Nacional del Uruguay es la fuente de que han de surgir nuevas glorias patrias, que aumentan el crecido número de las que produjo ya.

G. RAÚL URIBURU,
(Alumno de 4° año.)

Cuarenta y cinco años de existencia tiene este histórico Colegio, y recordando los hombres notables y abnegados defensores de la patria que en él se han formado, podemos decir: corta ha sido su existencia ante la magnitud de los beneficios que ha reportado.

FRANCISCO MADARIAGA,
(Alumno de 4° año.)

El derrocamiento de la tiranía es la gloria militar del general Urquiza, el Colegio Nacional del Uruguay el mejor pedestal del monumento que las generaciones presentes levantan á su memoria.

BLAS P. RIVERO,
(Alumno de 4° año.)

La gloria de las glorias del vencedor de Caseros fué la fundación del hoy histórico y renombrado Colegio Nacional del Uruguay, en una época fatal para la República Argentina, en que las puertas de la educación estaban cerradas por orden de aquel tirano que, con mano férrea, oprimía á este hermoso país.

S. J. SARTORIO,
(Alumno de 4° año.)

El foco que ilumina á una parte de la juventud entrerriana para que no sucumba en la lucha que sostiene con la ignorancia, es el Colegio Nacional del Uruguay.

MIGUEL BORDATO,
(Alumno de 4° año.)

Así como el sol disipa las tinieblas de la noche, el Colegio Nacional del Uruguay, á su aparición, disipó las tinieblas de la ignorancia en toda la vasta extensión de la provincia de Entre Ríos.

PASTOR E. BRITOS,
(Alumno de 4° año.)

El Colegio Nacional del Uruguay es el faro que evita con sus rayos que el barco conductor de la juventud naufrague ante el escollo de la ignorancia.

RAMÓN A. ROJAS,
(Alumno de 4° año.)

El Colegio Nacional del Uruguay, fecundo como la madre tierra, es el establecimiento educativo que ha dado á la República el mayor y el más distinguido número de hijos intelectuales.

D. RIQUELME,
(Alumno de 4° año.)

El Colegio Nacional del Uruguay es el foco de luz y de saber que esparce refulgentes rayos para iluminar el vasto campo de las artes y de las ciencias, y para propender con su concurso eficaz al adelanto del pueblo argentino.

C. F. LEGARRETA,
(Alumno de 4° año.)

Biblioteca "ALBERTO LARROQUE"

Los documentos siguientes explican el origen, objeto y estado actual de la Biblioteca «Alberto Larroque», que aun espera el contingente de los que deben al Colegio, además de gratitud, esta prueba sensible de los beneficios que cosecharon en él,

Uruguay, Mayo 1° de 1893.

Señor.......

Figura en primera línea, entre mis preocupaciones respecto de este Colegio Nacional cuya dirección se me ha confiado, la de vincular estrechamente la presente generación que la frecuenta y las futuras que lo concurran, con los que tan justo y merecido renombre le han conquistado, y es mi aspiración que estos vínculos nazcan no sólo del fraternal sentimiento del compañerismo ó el más elevado de la gratitud, que á unísono me esmero en cultivar arrancando del seno del olvido hasta los paseos en comunidad, los juegos y el traje de la época histórica de Larroque, cuya figura se agiganta á medida que nos alejamos de él, sino de la idea que tan conspicuos representantes tiene entre los miembros de las varias generaciones que han recibido el agua bautismal de la ciencia en esta casa de educación. Obedeciendo á estos propósitos y al no menos legítimo de poder exhibir ante propios y extraños cuán grande y brillante es el caudal moral acumulado por los profesores y ex-alumnos de este histórico Colegio, ordené, tan luego como tomé posesión del honroso puesto que desempeño ahora, la construcción de una biblioteca especial destinada á contener única y exclusivamente las obras literarias, científicas y artísticas de los que he mencionado, en cuyo número se encuentra Vd.

Tengo, pues, el honor de dirigirme á Vd. rogándole se sirva remitirme á la brevedad posible, por cuanto se trata de inaugurar la nueva biblioteca el 28 de Julio próximo cuadragésimo tercero aniversario de la fundación del Colegio, las tesis, los folletos, los libros ó cualquiera otra producción literaria, científica ó artística, impresa ó manuscrita, si se trata de las primeras, de que sea Vd. autor ó lo sea algún ex-profesor ó ex-alumno de este Colegio, á algunos de los cuales, por ignorancia ú olvido involuntario, quizá no dirija esta circular. Lugar preferente tendrán también en esa biblioteca los autógrafos de los que, á su juicio, sean distinguidos representantes de las generaciones que se han sucedido en su recinto.

En la seguridad de que mi pedido cuente de antemano con su favorable acogida, me permito rogarle así mismo que al contestarme la presente, si ésta merece ese favor, se sirva dejar, en la carta ó nota respectiva, un margen idéntico al que contiene ésta, pues con todas las respuestas que reciba, que espero sean autógrafas, se formará el primer libro, y por supuesto, el no menos interesante de la futura biblioteca.

Saludo á Vd. fraternalmente,

J. B. ZUBIAUR.

JULIO A. ROCA, saluda atentamente al doctor J. B. Zubiaur y le acusa recibo de la circular de 1° de Mayo del año pasado, diciéndole en contestación, que verá de conseguir alguna cosa para la biblioteca «Alberto Larroque» por cuya fundación así como por sus iniciativas tendentes á mantener la importancia del histórico Colegio, le envía sus mas cordiales felicitaciones.

Junio 26 de 1893.

Señor Rector del Colegio Nacional del Uruguay.

Recibo por segunda vez su circular respecto al envío de libros á la biblioteca especial que usted quiere formar. El contenido de ese documento me ha conmovido haciéndome recordar tiempos pasados y trayendo á mis sentimientos los melancólicos halagos de toda reminiscencia. Usted hace bien y de su acto y su propósito brota una nota sentimental más meritoria que la de todo intento puramente intelectual y calculado solo para enriquecer la dotación material de su Colegio. Si tuviera obras mias se las mandaría orgulloso del pedido y contento de la ofrenda. No tengo ninguna. Las ediciones de mis trabajos publicados se han agotado y más fácil será encontrar algunos ejemplares en manos de cualquier condiscípulo que en poder de los libreros.

Allá en el Uruguay debe ser fácil hallar un ejemplar de mi tesis de filosofía escrita en ese Colegio y que tiene por título «Comparación entre la filosofía antigua y la moderna». ¡Imagínese usted tal tema tratado por mí en la completa adolescencia! Sin embargo, mi tesis fué premiada. El Colegio era pobre y el premio consistió en hacerla imprimir por cuenta de la Secretaría. Creo que hasta entonces no había ocurrido caso análogo. ¡Cuánto me gustaría que la Biblioteca tuviera un ejemplar de esa tesis tal como fué publicada! En las imprentas de esa debe haber. ¿Quiere usted tratar de procurarse una? Yo por mi parte voy á ver si le formo una colección y se la remito.

Entre tanto acepte mi gratitud por su recuerdo y no olvide á su amigo de tanto tiempo.

E. WILDE.

Distinguido señor:

Tengo el agrado de contestar su apreciable carta de última fecha en la cual se sirve pedirme los escritos que haya publicado para destinarlos á la Biblioteca de ese histórico Colegio, en el cual tuve el honor de cursar mis estudios preparatorios.

Correspondo á sus deseos y me permito enviarle la *Biografía del Dr. Rawson. Jurisprudencia y Legislación Municipal y Juicio Crítico de las poesías de O. V. Andrade,*

sintiendo no poder remitir á Vd. otros trabajos mios por no tenerlos á la mano en estos momentos.

Deseo que lleve á feliz término su idea patriótica de reunir en esa Biblioteca las producciones intelectuales de los ex-alumnos del que Vd. tan acertadamente preside, y aprovecho con tal motivo la ocasión que se me presenta para suscribirme de Vd. muy atento servidor y compatriota.

JACOB LARRAIN.

Ackermann, A. T.—Libro de lectura inglesa.

Alió, Agustin M.—Apuntes de literatura hispano-americana.

Aramburú, Domingo (Abogado).—Causa célebre. Defensa de Pedro Macedo acusado de ser uno de los autores de la muerte del Brigadier General D. Venancio Flores.—Defensa del Teniente Coronel D. Francisco Lorenzo.—Defensa de la sucesión de D. Augusto Dem[illegible] en autos con el concurso de D. Silvestre Lacaze [illegible].—Defensa de D. Tomás Carboy en el pleito con D. Luis [illegible] sobre desalojo de un campo y cobro de arrendamientos.—El pleito de Huertas Marengo y Cª contra la Sociedad Anónima «Caja Nacional de Préstamos Prendarios y Descuentos».—Memoria presentada por el Directorio del Banco Hipotecario del Uruguay á la 1ª Asamblea general de accionistas.—Cuestiones jurídicas.

Araoz, Guillermo—Navegación del Rio Bermejo y viaje al Gran Chaco.

Araoz, Luis F. (Abogado).—Poder competente para fijar el estado de sitio en la República Argentina.—Memoria de la Dirección de Ferro-carriles Nacionales (1890).—Id. id. (1890).—Id. id. (1891).—Distancias kilométricas y alturas sobre el nivel del mar de las estaciones de los Ferro-carriles.—Distancias kilométricas entre las estaciones de los Ferro-carriles de la República Argentina.—Informe de la Comisión investigadora y del Presidente de la Dirección sobre los Ferro-carriles Nacionales del Norte.—Leyes, decretos, contratos, etc. sobre Ferro-carriles Nacionales (1854 á 1891).—Anexos al Informe de la Comisión investigadora de la Cámara de Diputados sobre el viaducto y túnel del Saladillo.—Mapa de los Ferro-carriles de la República Argentina y de los países limítrofes.

Arrieta, Eladio—Operación de Esclander.

Avendaño, Rómulo—Memoria presentada al Jurado de los Certámenes Históricos de 1888.

Avila, Justo F. (Abogado).—Las leyes civiles con relación al tiempo.

Anónimo—[illegible]—Colección de leyes y decretos sobre las tierras de pastoreo de Entre Rios.

Barroetaveña, Francisco A. (Abogado).—Matrimonio Civil.—Cuestiones de Derecho.—Discurso en la manifestación liberal.—Inconstitucionalidad de la Ley convocatoria de Asamblea Constituyente en la Provincia de Entre Rios (1883).—Prescripción treintenaria.—Manifiesto del Club Liberal.—Reglamento del Centro Jurídico.—Ensayos periodísticos.—Carta orgánica y Convención electoral de la Union Cívica.—Origen, organización y tendencias de la Union Cívica.—«El Siglo» (artículo publicado el 17 de Diciembre de 1892).

Basualdo, Benjamin (Abogado).—Derecho Civil Constitucional.—Autos y sentencias.—Informe de la Comisión de Códigos sobre el Código de Comercio.—Contestación del Apoderado General de la Provincia de Santa Fe á la demanda promovida por D. Cecilio [illegible].

Beracochea, Manuel (Abogado).—Estudio sobre las personas jurídicas.—Sentencia pronunciada por el Juez de 1ª Instancia y su confirmación por la Exma. Cámara de Apelaciones de la Provincia de Santa Fe.—Alonso [illegible] con la sucesión de García de Zúñiga sobre aprobación judicial de una mensura.—Un contrato de locación.—Reformas al Código de Procedimientos en materia Civil y Mercantil.

Beratervide, Manuel, y otros ex alumnos—Proyectos de Leyes de Entre Rios.

Castillo, Lucilo del (Médico).—Enfermedades reinantes en la campaña del Paraguay.—Memoria de la Dirección General de Lazaretos (1887).—Un caso raro de histerismo complicado con extraordinarios fenómenos [illegible].

Chiletegui, J. (Médico).—Contribución al estudio de la me[illegible] con [illegible].

Clariá, Prudencio (Abogado).—Intervención.

Cordero, Clodomiro (Abogado).—Escuelas de Entre Rios.—La libertad de la prensa.—La Argentina: Su vida y sus instituciones.

Cordero, José Mª—Recuerdo al Colegio Nacional del Uruguay.

Coronado, Martin (Bachiller).—Salvador.—Cortar por lo más delgado.

Damianovich, Jorge (Abogado).—El doctor Nicolás Avellaneda (discurso).—Tesis para obtener el grado de Doctor en Jurisprudencia.

Diaz, José V. (Abogado).—Ilegitimidad del poder temporal del Papa.

Diaz Julio V. (Agrimensor).—Defensa ante el Juzgado Federal de Sección.

Diaz, Santiago C. (Médico).—Ventajas de la antisepsia [illegible] demostrada por la estadística de fiebre tifoidea.

Durand-St., O.—Un poco de Geología et de Paleontología á travers la Mesopotamie Argentine.

Esquivel, Juan A.—Lo que no se debe hacer (traducción).

Fernandez, Felipe (Agrónomo).—Entomología agrícola argentina.

Fernandez, Francisco F.—El 25 de Mayo de 1810.—Informe presentado al señor Ministro de Instrucción Pública por el Jefe de la Inspección General de Educación, correspondiente al año 1879.

Fernandez Espiro, Diego—Espejismos.

Fernandez Espiro, Ernesto (Médico).—Contribución al estudio etiológico y profiláctico de la [illegible] en Montevideo.

Ferreira, Juan B. (Abogado).—Memoria del Ministerio de Gobierno (Entre Rios), 1878.—Memoria de la Contaduría General de Buenos Aires, 1880-81.—Facultades del Presidente del Tribunal de Cuentas.

Fonrouge, Julio (Abogado).—Informe *in voce* pronunciado ante la Exma. Cámara en lo Comercial y Criminal, en los autos sobre declaratoria de quiebra de los señores Ramos Pietranera y Cª.—El Banco Argentino contra los señores Unzué (Demanda, alegato de bien probado del Síndico don Victoriano A. Ramirez).

Franckenberg, Juan.—Curso de Historia Universal (tomo Iº.—Antigua, Oriental, Grecia y Roma).—Ensayo sobre las relaciones políticas de los Estados del Rio de la Plata (obra escrita en aleman).—Chronologia Universal para o uso dos Collegios do Brasil.

Gadea y Grane, Ignacio R. (Abogado).—El derecho militar ante la ciencia de la legislación y la disciplina militar.

Garcia, Bartolomé (Abogado).—Discusión y exámen de la legitimación.

Garcia Quirno, S. (Abogado).—Disertación jurídica para obtener el grado de doctor en jurisprudencia.

Gonzalez Oliver, Aquiles y otros.—Ofrenda del «Eco de la Juventud» á la primera excursión escolar realizada por alumnos del Colegio Nacional del Uruguay (1887).

Gouchon, Emilio (Abogado).—Apuntes sobre Inmigración y Colonización.

Grane, Facundo (Abogado).—De la hipoteca.—Centenario del General San Martin (discurso).

Irtart, Antonio (Médico).—Inyecciones hipodérmicas.

Larrain, Jacob (Abogado).—Biografía del doctor Guillermo Rawson.—Legislación y Jurisprudencia Municipal.—Ensayo crítico sobre las obras poéticas de Olegario V. Andrade.

Larroque, Benjamin (Médico).—Exámenes [illegible] de la parálisis general.—Relación de dos partos [illegible].—L'érysipèle et sa contagion.

Leguizamon, Onésimo (Abogado).—Disertación jurídica.—El progreso de las ciencias experimentales (discurso).—La instrucción pública en la República Argentina.

Leguizamon Martiniano (Abogado).—La bandera de los Andes.—Las leyes de la guerra continental.—Estado (breves apuntamientos sobre el artículo 224 del Código Penal).—Pleito Spinetto-Giudice (informe *in voce* sobre depósito de maíz).

Levingston, Luis A. (Médico).—Ingerto animal.

Levingston, Roberto (Abogado).—Informe *in voce* pronunciado ante la Corte Suprema de Justicia Nacional.—La Nación ante los tribunales.—Pluralidad de sucesiones testamentarias.—Un cuestión [illegible].—Proyecto de Banco Hipotecario privado.—Discursos.

Lorentz, Pablo G. (Doctor en ciencias).—Cuadro de la vegetación de la República Argentina.—La vegetación del Nordeste de Entre Rios.—Viajes y excursiones.—Vegetación de la República Argentina.

Luna, Antonino (Abogado).—Compendio de Historia de América.—Historia de la República Argentina y de las del Paraguay y Banda Oriental.—Manual del estudiante sobre Derecho Internacional.—Manual de Derecho Criminal.—Apuntes de cátedra sobre la fundación de una casa de crédito provincial denominada «La Bienhechora de Entre Rios».

Machado, José O. (Abogado).—Comentario al título de los Contratos.—Instituta del Código Civil Argentino.—Acusación del doctor don Joaquin Menendez.—Informe *in voce*.

Maniero, Juan A. (Abogado).—Informe *in voce*.

Marchini, Emilio (Abogado).—El matrimonio.

Martinez, Benjamin D. (Médico).—Las enfermedades generales en su relación con la Patología ocular.—Tratamiento de la angina diftérica y del crup.—El [illegible] (Higiene y Medicina infantil).

Martinez, Benigno T.—Lecciones de Geografía Argentina.—Apuntes históricos sobre la Provincia de Entre Rios.—Lecciones de Geografía arregladas al programa de las escuelas comunes (libro 1º—1º, 2º y 3º grado).—Id. id. id. (libro 2º—4º grado).—Id. id. id. (libro 3º—[illegible] grado).—Antología Argentina.—Instrucción Secundaria y Normal (guía general).—Archivo histórico de la Provincia de Entre Rios (1868-1880).—Nociones generales de Geografía, y en particular, de la República Argentina.—Lecciones de Aritmética para las escuelas elementales y de aplicación.—Lecciones de Geometría.—Curso elemental de Historia Argentina (1888 á cuarenta días).—Id. id. (1º curso).—Diccionario Biográfico Bibliográfico.—Nociones de Historia Argentina.—Introducción al curso de Historia de América.—Memoria acerca de la conquista y fundación de los pueblos de Entre Rios.—Reminiscencia histórica á propósito de la cuestión Capital de la Provincia de Entre Rios.—Un genio americano.—Los oradores del Congreso Pedagógico.—Catálogo de las obras y colaboraciones.

Martinez, Juan Angel (Abogado).—Derecho penal ante la ciencia.—Sistema político argentino.—Los premios á la virtud.—Cordillera [illegible] (conferencias).—Adolfo Alsina (XIII aniversario de su muerte).

Martinez, Miguel A.—Discurso pronunciado el 1º de mayo de 1878.

Mason, Enrique (Abogado).—De las penas.

Mason, Mariano (Médico).—Ensayo de higiene de la armada nacional.

Matorras, Fenelon (Médico).—Tisis tuberculosa y neumónica.

Medina, Antonio (Abogado).—Idea general sobre las sociedades mercantiles.—Proyecto de ordenanza sobre tierras del municipio de Gualeguay.

Mendez Casariego, A. (Médico).—La viruela.—La criminalidad en Buenos Aires.

Miguez Práxedes, E. (Abogado).—Sociedad del trabajo (disertación).

Miranda, Eliseo (Médico).—Estudio sobre las [illegible] sanguíneas.—Disertación sobre [illegible].—Disertación sobre la pena de muerte.

Montes, Victoriano E. (Abogado).—El pintor de batallas.—Parlamento de la lengua castellana.—La legislación escolar de Entre Rios.

Moreno, Esteban Mª (Abogado).—Alegato de la sucesión del señor capitan general don Justo José de Urquiza.—La testamentaría del señor general don Justo José de Urquiza, demandada por algunos parientes de dicho general, sucesores de los señores del mismo, los finados don Juan José Ramon y don Cipriano M. de Urquiza, sobre pretendida usurpación de ganados.—Contestación de los albaceas del general Urquiza á la expresión de agravios presentada por el representante de la sucursal del Banco Argentino en el Rosario ante la Exma. Cámara de Justicia.

Moron, Manuel R. (Abogado).—Estudio sobre los cheques.

Nocetti, Domingo P.—Cuarta excursión científico-escolar, llevada á cabo por alumnos del histórico Colegio nacional del Uruguay á la ciudad de Gualeguaychú y pueblo de Fray-Bentos.

Ojeda, Olegario.—La soberanía nacional ante la Corte.

Ortiz, Arturo (Abogado).—Estudio sobre la tutela.

Peyret, Alejo.—Historia contemporánea.—Almanaque americano.—Conferencia sobre la historia de las instituciones libres.—Cartas sobre la intervención á la provincia de Entre Rios.—Algunos apuntes sobre colonización para la provincia de Entre Rios.—Historia de las religiones.—Cuentos literarios.—Las máquinas agrícolas en la exposición de Paris.—Una visita á las colonias de la República Argentina.—Cartas sobre Misiones.—Una visita á las colonias de la República Argentina.

Peyret, Luis A. (Abogado).—Propiedad territorial.—Manual del registro del estado civil.

Pietranera, E. (Médico).—La ergotina en la hemostasia local.

Pietranera, Teófilo (Médico).—Consideraciones sobre un caso de [illegible] maligna.

Plaza, Victorino de la (Abogado).—Discurso.

Raffo, Juan (Médico).—Resección del Astrágalo.

Raña, Eduardo S. (Agrónomo).—Proyecto de construcciones rurales.

Retamar, Romualdo (Abogado).—Monseñor el doctor don Juan J. Alvarez, deán de la catedral del Paraná.—El doctor Ramon Calderón, diputado á la legislatura provincial, condenado á dos años de prisión y multa, por calumniador.

Roca, Julio A.—Mensaje al congreso nacional (Mayo de 1880).

Roca, Leonardo (Abogado).—Tesis presentada en la universidad de Buenos Aires para recibir el grado de doctor en jurisprudencia.

Ruiz, Miguel M. (Abogado).—Contestación á una expresión de agravios.

Ruiz de los Llanos, Rafael (Abogado).—Alegatos y sentencias en la causa criminal seguida en el departamento judicial del sud á los señores don Eusebio [illegible] y don Antonio M. Alday, por pretendido abigeato.—Expresión de agravios presentada á la Exma. Cámara de Apelaciones en lo Civil, por la empresa del ferro-carril de la Ensenada.—Escrito oponiendo la excepción de falsedad en la ejecutoria en el juicio seguido por los señores Rosas hermanos contra Clark y Cª, sobre cumplimiento de una sentencia que declara válido un laudo arbitral anteriormente declarado nulo por un fallo judicial con fuerza de cosa juzgada.—Escrito presentado por Clark y Cª en contestación á la demanda interpuesta por los señores Lisandro Sanchez y Carlos Malmén, por pago en oro de un contrato, ante el juez de 1ª instancia doctor don Angel Pizarro.—Escrito presentado al señor juez de 1ª instancia doctor Pizarro por los señores Clark y Cª, contestando la demanda y alegando de bien probado en los autos sucesivamente promovidos por los señores Rosas hermanos, sobre indebido cobro de pesos.—Informe *in voce* pronunciado ante la Cámara de lo Comercial, en los autos del concurso de los señores Ramos Pietranera y Cª.

Ruiz Moreno, Martin (Abogado).—Apuntes sobre el jurado en materia criminal.—El pleito sobre reivindicación de bienes, daños y perjuicios, perdido por los herederos del finado don Cipriano J. de Urquiza.

Segovia, Lisandro (Abogado).—Código Civil de la República Argentina con explicaciones y críticas en forma de notas.—Proyecto de Código de Comercio de la República Argentina.—El derecho internacional privado y el Congreso Sud-Americano de Montevideo.—Explicación y crítica del nuevo Código de Comercio de la República Argentina.

Silguru, Juan B. (Abogado).—La religión y el Estado.—Escrito de contestación á la demanda en el juicio seguido por D. [illegible] Meggot contra la Municipalidad de Federación.

Suangemberg, Enrique (Abogado).—De los fiscales.

Spilbury, J. H. Gybbon (Dr. en Filosofía).—El Santo Evangelio traducido del original á la lengua Quichua.

Taboada, Juan Carlos (Abogado).—Manual sobre la prueba en materia Civil y Mercantil.

Tahier, Amador J. (Abogado).—Estudio sobre los sistemas penitenciarios.

Tahier, Leopoldo (Abogado).—El divorcio.

Tamassia, Sidney (Médico).—Comparación de la escuela Francesa é Italiana en las medicaciones [illegible] y [illegible].—Memoria presentada al Gobierno de la Provincia por el Presidente de la Junta de Sanidad (cólera de 1887).—Tesis de Filosofía: «Bacon y Descartes».—Tesis de Filosofía: «Afectos sociales y de familia».—Disertación de Historia: «La Reforma».

Tezanos Pinto, David de (Abogado).—De los hijos naturales.

Tezanos Pinto, E. (Médico).—Contribución al estudio de la [illegible] Neurosis en general.

Turino, Martin (Médico).—Emociones depresivas en la infancia.

Ugarteche, Alberto (Médico).—Enfermedades del hígado.

Ugarteche, Manuel N.—Al Colegio Nacional del Uruguay en su 47º aniversario. Treinta años de administración.

Urquiza, Cipriano D.—Memoria presentada por el [illegible] C. D. de «La Fraternidad».

Varios ex-alumnos del Colegio—Conferencia celebrada en conmemoración del XXXV aniversario de la fundación del Colegio del Uruguay por los alumnos [illegible] de la Academia Científico Literaria. (29 de julio de 1884.)

Vassallo, Manuel (Médico).—Delirio de las persecuciones.

Vazquez, Juan A. (Abogado).—Sentencias del Juez Letrado de Comercio de la República Oriental del Uruguay en las cuestiones sobre pagos en oro.

Villafañe, Emilio (Abogado).—Equilibrio internacional. Ensayo sobre su origen y aplicaciones en Europa y en América.

Villagra, Camilo (Abogado).—Sociedades comerciales.

Virasoro, Valentin (Agrimensor).—Límites internacionales: La cuestión Misiones.

Vivanco, Eliseo J. (Médico).—De la alcora local y su tratamiento por la electricidad.

Warren, Carlos (Abogado).—El Poder Ejecutivo.—Biografía del Dr. Tedilo Gil.

Wilde, Eduardo (Médico).—El hipo.

Zubiaur, José B. (Abogado. Rector actual del Colegio Nacional).—La protección al niño (tesis).—La prevención del crimen por medio de la educación y corrección de la infancia.—Cómo educa Gertrudis á sus hijos, por Pestalozzi (traducción).—L'instruction publique en présent dans la République Argentine.—La sección escolar francesa de instrucción primaria en la Exposición Universal de Paris de 1889.—La Escuela primaria en Francia.—Bernardino Rivadavia.—El doctor Alberto Larroque (bosquejo biográfico leído en el 40º aniversario del Colegio).—Memoria sobre el Colegio Nacional del Uruguay (1892).—Id. id. (1894.)

Periódicos (colecciones encuadernadas).—La Aurora.—El Bachiller.—Fiat Lux.—La Reacción.

ACTA

En la ciudad del Uruguay, á los doce días del mes de Octubre de mil ochocientos noventa y dos, reunidos los abajo firmados y muchas otras personas con el objeto de inaugurar la biblioteca especial destinada á contener las obras de los ex-profesores y ex-alumnos y actuales y sucesivos profesores y alumnos de este Colegio Nacional, el Rector del mismo declaró solemnemente inaugurada la nueva biblioteca con el nombre de "Alberto Larroque", manifestando que ella contenía ya cerca de 200 libros, folletos, manuscritos, etc., y haciendo público una vez más que al propiciar su formación había sido guiado por el propósito de vincular estrechamente la presente generación que frecuenta el histórico Colegio y las futuras que lo concurran con las que tan justo y merecido renombre le han conquistado, siendo su aspiración que estos vínculos nazcan, no sólo del fraternal sentimiento del compañerismo, ni el más elevado de la gratitud, sino de la idea, que tan conspicuos representantes tenía entre los miembros de las varias generaciones que han recibido el agua bautismal de la ciencia en esta casa de educación.

Terminado el acto, se firmó la presente para su constancia.

VICE RECTOR — RECTOR — SECRETARIO

PROFESORES

ALUMNOS

ORIGEN DE ESTE NÚMERO ÚNICO

La circular siguiente, remitida á cerca de cuatrocientas personas, explica el origen de este *Número único:*

Uruguay, Abril 1° de 1898.

Obedeciendo á los mismos propósitos generales que dieron nacimiento á la biblioteca «Alberto Larroque» destinada á contener las producciones de los ex-profesores y ex-alumnos y actuales y sucesivos profesores y alumnos de este Colegio Nacional, y al muy especial de conmemorar dignamente el 49° aniversario de su fundación, he resuelto hacer una publicación con vistas y fotografías referentes al mismo y con artículos ó pensamientos de los que, como Vd., se encuentran en el número de sus hijos intelectuales. Con tal motivo tengo el agrado de dirigirme, pues, á Vd., pidiéndole encarecidamente se sirva remitirme, antes del 31 de Mayo, algún artículo ó pensamiento que se refiera al objeto mencionado.

Al mismo tiempo me complazco en avisarle que el 28 de Julio,(1) en que se cumple aquel aniversario, se colocará la piedra fundamental del monumento destinado á perpetuar nuestra gratitud y la memoria del fundador de este Colegio, el general Urquiza, y la de sus organizadores, los señores Larroque y Clark, para cuyo acto queda Vd. desde ya invitado.

Saludo á Vd. con mi más distinguida consideración.

José B. Zubiaur.

(1) Por motivos relacionados con el mejor éxito de este *Número Único*, se postergó su aparición, así como la colocación de la piedra fundamental del monumento á que se hace referencia en esta Circular, hasta el 1° de Setiembre, verdadera fecha de la fundación del Colegio, según la autorizada opinión del Dr. D. Martín Ruiz Moreno, ex-alumno y ex-profesor del Colegio y encargado actualmente del desmantelado archivo de la Provincia, donde existe, según él, el decreto probatorio de su afirmación.

MONUMENTO

Á

URQUIZA, LARROQUE Y CLARK,

EN EL PATIO DEL COLEGIO

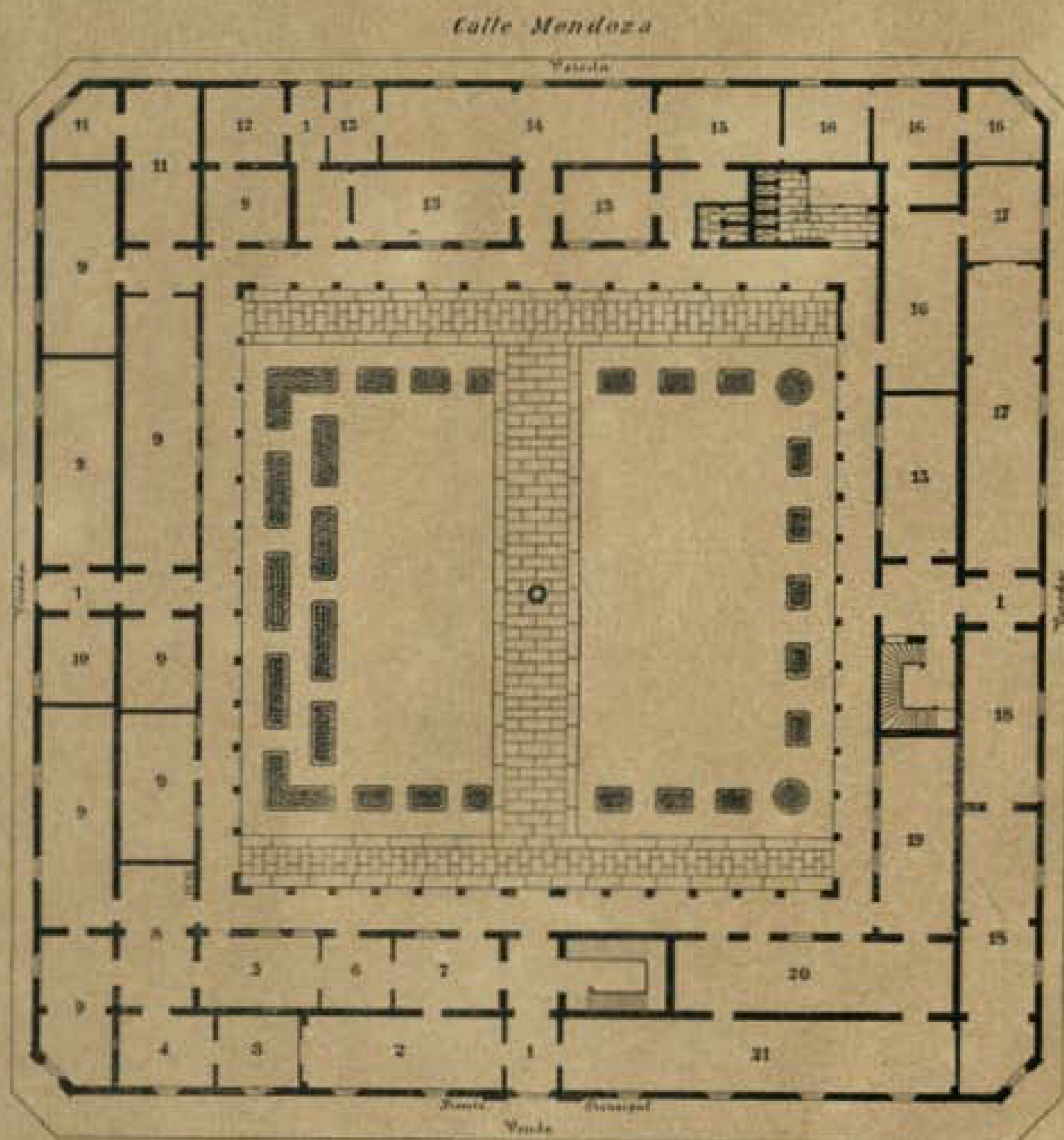
LISTA DE SUSCRICION

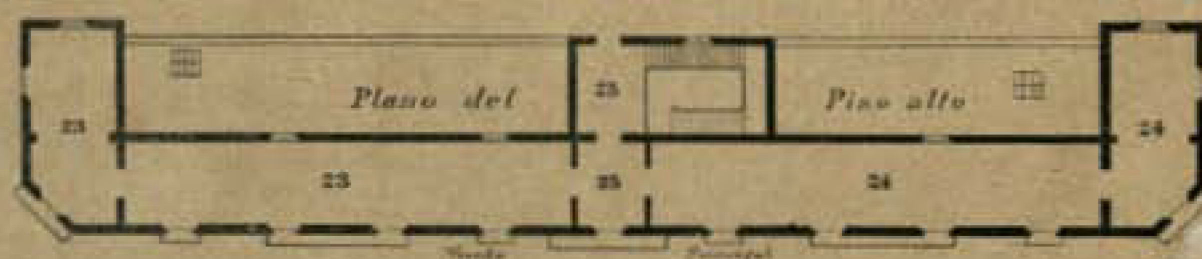
Directores, profesores y alumnos actuales del Colegio . . . . $ 300

(Las personas que deseen contribuir para la erección del MONUMENTO cuya piedra fundamental se ha colocado hoy, se servirán dirigirse á cualquiera de los profesores á cuyo cargo ha estado la confección de este «Número único», señores Zubiaur, Alvarez, Martínez, Ugarteche y Tibiletti.)

COLEGIO NACIONAL DEL URUGUAY

PLANO GENERAL DEL EDIFICIO





Comp. Sud-Amer. de Billetes de Banco—Buenos Aires

